Dionisio Byler

El diablo y los demonios según la Biblia



EL DIABLO Y LOS DEMONIOS SEGÚN LA BIBLIA

Dionisio Byler

El diablo y los demonios según la Biblia

 Biblioteca Menno

m Biblioteca Menno
Secretaría de AMyHCE

ISBN: 978-1494290467

Contenido

Prólogo

En Burgos tenemos una iglesia algo insólita. Sin saber exactamente cómo ha sido posible, hemos descubierto que Dios ha ido uniendo los diversos testimonios evangélicos en la ciudad. Empezamos con algo que se suele hacer en muchas partes: reuniéndonos los pastores para orar juntos. Entonces Dios derramó sobre nosotros un profundo amor. Hemos ido descubriendo que es cierto lo que da a entender el apóstol en Efesios 4,3, que la unidad no es algo que forjamos nosotros, sino que es un don divino. Él la ha dado y a nosotros sólo nos corresponde potenciarla mediante vínculos de paz. Así por lo menos es como lo estamos viviendo nosotros.

Sin embargo la unidad también tiene sus inconvenientes. Los pastores a quienes Dios pretende unir hemos sido formados en distintas tradiciones evangélicas y hemos estudiado teología en instituciones distintas, con perspectivas distintas sobre el mensaje bíblico. A veces uno se agarra la cabeza y exclama: «¡Señor! ¿Cómo es posible que mi hermano realmente crea eso?»

Normalmente hemos tenido muy claro que lo que nos ha unido y lo que nos tiene que unir siempre es el amor que Dios ha derramado sobre nosotros. De manera que casi nunca hemos intentado aunar crite-

rios doctrinales. Sabemos que ese camino conduce a la división. Lo sabemos por la historia de la Iglesia y lo intuimos en nuestra propia relación.

Cuando los pastores renunciamos a la posibilidad de enseñar todos exactamente lo mismo y a la vez proseguimos con la unidad, evidentemente abrimos la puerta a que de vez en cuando nuestra gente acabe algo confundida.

El tema de la posesión demoníaca es uno de los que ha generado algo de tensión en ese sentido. Descubrimos que nuestros consejos y nuestra manera de proceder en algunas situaciones es distinta. Alguno niega la posibilidad de que un cristiano pueda estar endemoniado. Algún otro ha expulsado demonios de cristianos, incluso de cristianos bautizados en el Espíritu Santo, por lo que le resulta imposible negar que sea posible.

El problema no es exclusivamente doctrinal, que si lo fuera probablemente las divergencias serían más llevaderas. Pero afecta nuestra conducta práctica del ministerio. En general nos hemos propuesto que cada uno debe tener la más plena y absoluta libertad para ministrar a miembros de cualquiera de nuestros grupos, según sienta delante del Señor. Pero si alguien cree discernir que el problema de un hermano en la comunidad de otro pastor (quien cree que esto es imposible) es uno de posesión demoníaca, ¿cómo ha de actuar?

Frente a la confusión originada me propuse estudiar el Nuevo Testamento, intentando leerlo con ojos

nuevos, tratando de despejar de mi mente lo que creía saber. Evidentemente esto es imposible al cien por cien. Uno siempre acaba influenciado por sus conceptos previos. Sin embargo ha sido asombroso para mí descubrir cuánto hay en el Nuevo Testamento sobre este tema que a mí me resultaba novedoso.

Este libro es el fruto de aquel estudio. En su concepción actual abarca desde el origen del mal en el cosmos hasta la experiencia práctica del ministerio cristiano a personas con carnalidad insuperable. Sin embargo alguna vez el lector notará que el tema conflictivo original («Si la [pretendida] expulsión de demonios es un ministerio positivo cuando se trata de cristianos con problemas profundos») orienta los comentarios.

Realicé el estudio en dos etapas, una en 1989 y otra en 1990. Las dos etapas del estudio se ven reflejadas en la organización de este libro.

La Primera Parte trata de demonios, que era el tema que había originado las controversias. Sin embargo al presentar mis resultados a mis colegas, descubrí que había sido demasiado limitado en mis pesquisas bíblicas. Que se imponía profundizar más en la naturaleza y persona de Satanás y el origen del mal en el cosmos. Este tema es el que se desarrolla en la Segunda Parte. El lector notará que aunque he pretendido limitarme al Nuevo Testamento, también he acabado recogiendo bastantes conceptos del Antiguo.

La Tercera Parte aparece como tal invirtiendo el orden real de mis estudios sobre el tema. Empecé con la concordancia griega en mano, procurando examinar cada ocasión en que el Nuevo Testamento menciona a Satanás o los demonios (y otras palabras afines: Beelzebú, «espíritu inmundo», «el maligno», etc.). Los resultados de esta investigación exhaustiva en el Nuevo Testamento aparecen en la forma de una concordancia comentada. Allí he apuntado sobre la marcha las diversas ideas que se me ocurrían al leer detenidamente cada uno de estos pasajes.

Allí hallará el lector, entonces, los siguientes tres elementos: (1) Una lista completa de todos los versículos en los que el Nuevo Testamento menciona a Satanás, demonios o palabras sinónimas y afines. (2) Un resumen somero de lo que ese pasaje pone con referencia a la cuestión. (3) En muchos casos figuran comentarios de variada longitud sobre diversas cuestiones surgidas del intento por comprender lo que el versículo nos indica acerca de Satanás y los demonios.

Estos versículos y estos comentarios que figuran en la Tercera Parte son los ladrillos con los que he construido lo que aquí figura como Primera y Segunda Parte. Es decir que éstas constituyen una presentación razonada y ordenada de las conclusiones surgidas al elaborar la Tercera Parte. Muchos de los versículos estudiados y comentados no figuran en el texto de la Primera y Segunda Parte. He procurado que la repetición entre ese texto y la Concordancia Comentada fuera mínima. El lector hallará que ciertas

preguntas u objeciones que puedan surgir ante la mención de un versículo determinado en el texto, frecuentemente se explican recurriendo al comentario sobre ese versículo que figura en la Tercera Parte.

He decidido presentar este ensayo en el orden que aquí aparece porque creo que las dos primeras partes serán más fáciles de leer, al resumir con mayor organización y secuencia lógica lo recogido en los diversos versículos bíblicos estudiados. Sin embargo, es posible que el lector quiera empezar, como lo he hecho yo mismo, con la Concordancia Comentada.

Aprovecho este prólogo para expresar mi gratitud a Dios por mis seis pastores hermanos en Burgos, y agradecer especialmente a Roberto, José y «Chusmi» sus diversas perspectivas que han estimulado enormemente mi pensamiento en lo referente a estas cuestiones.

Sólo me restaría observar que soy consciente de las deficiencias de este estudio. Lo ofrezco humildemente como un ensayo: un esfuerzo precario que apunta hacia lo que espero sea una enseñanza tenazmente bíblica sobre el tema. Enseñanza que a la vez espero incida positivamente en nuestra fe, nuestra esperanza y nuestro ministerio cristiano.

Cuando ya todo se ha dicho, sea para satisfacción, sea para disgusto del lector, siempre nos queda una exclamación con la que todos estaremos de acuerdo: ¡Cristo ha vencido!

PRÓLOGO A LA REEDICIÓN DE 2014

Más de veinte años después, no deja de sorprenderme el interés que ha suscitado —y sigue suscitando— este trabajo desde que primero apareció. Como se comprenderá, aunque la victoria de Cristo es maravillosa, entrar a tratar sobre el diablo y los demonios no me ha resultado nunca agradable.

Sé que el tema fascina a algunos; a mí más bien me aburre y dista mucho de mi pensamiento. Si hoy fuera a escribir sobre el diablo y los demonios, tendría que confesar que me descubro cada vez más «ateo» acerca de ellos —a la par que me mantengo con una fe sin fondo en la realidad y el amor personal de Dios. Esto es decir que —como ya sospechaba cuando escribí este libro— he descubierto que es perfectamente posible vivir una vida cristiana plena y victoriosa sin prestar atención al diablo, permitiendo que sea el Señor quien acapare toda mi atención.

Hay otras cosas que ahora, al cabo de cuatro décadas de ministerio, matizaría o explicaría de otra manera. Sin embargo he decidido dejarlo todo como estaba en lugar de emprender una revisión. A fin de cuentas, si ahora vuelvo a publicarlo es porque ha sido de utilidad y edificación cristiana para sus lectores y lectoras. Lo que me vienen reclamando es que vuelva a ser posible conseguir este libro, no que lo transforme en otra cosa que lo que ya era.

Dionisio Byler
Burgos, 2014

Primera parte

El fenómeno de los demonios según el Nuevo Testamento

CAPÍTULO 1.

La experiencia de la humanidad

LA REALIDAD DE LOS SERES ESPIRITUALES

> *¿Cómo me podré librar de este espíritu tiránico que parece poseer mi cuerpo y mi alma? Durante muchos días este espectro horrible me ha perseguido con saña. Se me ha pegado a la espalda y no me suelta. En la quietud de la noche me llena de terror. El cabello de mi cabeza se eriza, mis ojos se salen de sus órbitas. Roba la fuerza de mi cuerpo. ¿Por qué me ha elegido a mí este espíritu? ¿Es acaso alguien de mi familia? ¿Es alguien que ha sido asesinado? ¿Qué puedo hacer para aplacarle? ¿Qué le puedo ofrecer a cambio de mi libertad?*
>
> —Texto de una tabla de arcilla,
> Nínive, 2000 a.C.[1]

[1] Citado por David W. Augsburger, *Pastoral Counseling Across Cultures* (Philadelphia: Westminster Press, 1986), p. 273. Mi traducción.

La presencia y actividad de seres y voluntades que vienen de más allá de la experiencia física o material, es reconocida con toda naturalidad por los documentos del Nuevo Testamento. En este sentido, el Nuevo Testamento refleja experiencias comunes a muchísimas culturas muy dispares, y adopta una explicación de esas experiencias que es casi universalmente aceptada por la humanidad: Hay «seres espirituales» que influyen en la salud, en el comportamiento y en el destino de los seres humanos. Esta realidad que llamamos «seres espirituales» abarca la totalidad de este tipo de experiencia, desde los dioses hasta los demonios; espíritus benéficos y espíritus maléficos. Incluye también apariciones visuales (*fantasma* en griego) de seres incorpóreos; estas apariciones normalmente causaban gran espanto.

La realidad espiritual incluye también cualidades y características de la personalidad humana: Decir que alguien «tiene un espíritu de sabiduría» no es otra cosa que decir que es sabio. Por otra parte, decir «hay mal ambiente» o «aquí se respira tranquilidad» es exactamente equivalente a hablar de «un mal espíritu» o «un espíritu de tranquilidad».

En este sentido, la creencia en demonios, dioses, genios, espíritus y fantasmas no es un artículo de fe cristiano, sino parte de la experiencia universal humana. No se es más o menos cristiano por aceptar o no una determinada doctrina sobre demonios. El Nuevo Testamento no contiene una doctrina sobre demonios, como no contiene tampoco una doctrina sobre la ley de la gravedad. La característica excepcio-

nal del Nuevo Testamento en cuanto a este tema, es el convencimiento de que en la medida que ese mundo de seres espirituales pueda ocasionar problemas y peligros para el ser humano, Jesucristo es solución y protección suficiente y absoluta.

En la experiencia de los autores del Nuevo Testamento los problemas y peligros que el mundo espiritual podía ocasionar, tiene unas características bastante claras:

a) Un buen número de las enfermedades tenían su origen en poderes espirituales. Esta realidad ocasionaba gran terror, puesto que la enfermedad ocasiona sufrimiento y frecuentemente conduce a la muerte. Recobrar la salud milagrosamente equivalía a ser liberado del poder de espíritus que ocasionan enfermedad. El poder de Jesús y los apóstoles para sanar atrajo a muchísima gente.

b) Ciertas conductas y personalidades totalmente desorganizadas también se debían a la actividad de los espíritus/dioses/demonios. Esta realidad espiritual también ocasionaba un gran terror. ¿Qué puede haber que sea más terrible que la contradicción de comportarse de tal manera que uno se ocasiona a sí mismo sufrimiento y aislamiento social? Recobrar la salud mental era exactamente lo mismo que ser liberado del poder de espíritus que ocasionan trastornos mentales. Jesús y los apóstoles también demostraron capacidad para sanar a gente que padecía esta condición. En muchos casos de sanación, ya sea física o mental, no se menciona que haya sido echado un

espíritu. No podemos saber si esto es (1) porque no todas las enfermedades eran atribuidas a espíritus, o todo lo contrario (2) porque se daba por sobreentendido que sí; y por eso no hacía falta mencionarlo.

c) La experiencia de «tentación» tenía origen espiritual. Jesús y los apóstoles también tenían poder excepcional en esta área. En este contexto notaron que cuando resistían al diablo, él huía. Atribuyeron esto a su comunión con el Espíritu Santo, que les transformaba a ellos mismos en personas espirituales. El poder del Espíritu Santo que vive dentro de los que le obedecen y los llena, capacitando a los cristianos para la vida ética y moral, es también uno de los grandes temas de liberación en el Nuevo Testamento.

Una palabra corriente en el Nuevo Testamento para describir el poder de Jesús para sanar enfermos y rehabilitar al ser humano para la vida moral, es «salvación». Jesús salva al ser humano de los peligros que emanan del mundo espiritual invisible.

POSESIÓN, EXORCISTAS Y EXORCISMOS

El filósofo Apolonio de Tyana era un maestro itinerante (pagano) que operaba en Asia Menor durante el primer siglo d.C. Tenía fama de gozar de poderes para sanar a los enfermos. Se cuenta de él que en cierta ocasión se hallaba en Atenas, y entre los que le oían hablar había un joven de muy mala fama. La vida de éste era tan corrupta que los atenienses llegaron a componerle canciones de burla. En medio del discurso filosófico de Apolonio, este joven soltó una carcajada

indecente. Apolonio le miró fijamente y dijo: «No eres tú el que blasfema aquí, sino el espíritu maligno que te posee».

En realidad estaba poseído sin saberlo. Reía cuando ningún otro reía, lloraba sin motivos, y cantaba y hablaba solo. La gente había creído que esto se debía a su vida depravada; pero en realidad lo dominaba un demonio malvado que hacía que su conducta impía pareciera la de un borracho.

Ahora, bajo la mirada fija e indignada de Apolonio, el demonio gritó como una persona sometida a torturas, y juró que abandonaría al joven y nunca más molestaría a un ser humano. Entonces Apolonio le amonestó con gran indignación, como un amo enfadado que corrige a un esclavo desobediente e insolente. Luego le ordenó que se manifestara visiblemente. Entonces el demonio gritó: «Derribaré aquella estatua», e indicó una estatua del pórtico real. En ese momento comenzó a moverse la estatua y se cayó. ¡Qué miedo y admiración! ¿Quién lo puede describir?

Pero en ese momento el joven se frotó los ojos como quien acaba de despertar, y miró hacia el sol. Luego tuvo gran vergüenza porque todos le miraban. Desde aquel momento nunca más se comportó de aquella manera salvaje e irrefrenada que antes lo había caracterizado, sino que volvió a aparecer su naturaleza saludable, como si le hubiesen tratado con medicinas[2].

---

[2] Recogido de Eduard Lohse, *The New Testament Environment* (Nashville: Abingdon, 1976) p. 227. Mi traducción y adaptación.

Lo siguiente sucedió entre los Gururumba de Nueva Guinea, en 1965:

> *Un grupo de hombres había ido a la selva de la montaña en búsqueda de nueces de pandano silvestres. Mientras estaban allí, algunos decidieron cazar canguros trepadores. BonGire, uno de los cazadores, se separó de los demás, y volvió repentinamente al campamento cuando ya era muy de noche. Le sangraba la nariz y su cuerpo presentaba arañazos múltiples. Corrió hacia la fogata y se estuvo quieto un instante. De repente empezó a gritar de una manera salvaje y atacar a los demás, hasta que lograron prenderle y atarle a un árbol. Este comportamiento fue interpretado como un caso de posesión por un espíritu. Atizaron el fuego y luego le echaron hojas húmedas para que produjera gran cantidad de humo. Luego ataron a BonGire de manos y pies a un tronco delgado, y lo suspendieron sobre el fuego hasta que el humo le hizo vomitar. Al cabo de cinco minutos de esto dio gritos con su voz natural, pidiendo que lo sacaran del humo. Esto indicaba que había sido expulsado el espíritu y que BonGire había recobrado la normalidad*[3].

En el pequeño pueblo de Ranchi, India, en 1966, sucedió esto:

> *Una niña de once años repentinamente sintió que una sensación extraña invadía su cuerpo y empezó a mecerse dramáticamente. Luego anunció: «He venido. Estoy aquí». Al ser convocado el exorcista del pueblo, la*

[3] Augsburger, p. 299.

niña le reprendió con gran severidad por no haberse dado cuenta que ella era Muruga. El exorcista no le prestó atención y comenzó a danzar y canturrear alrededor de ella. Entonces la diosa, exasperada, cogió un puñado de brasas del fuego y dijo: «Toma esto como tu paga y no me molestes más». Cuando la gente vio que no se había quemado, se convenció de que realmente era Muruga, de modo que se inclinaron y la adoraron. La diosa dijo que no se le habían hecho ciertos sacrificios que se le habían prometido, y que había venido para reclamar lo suyo. Entonces se acomodó en la casa de un vecino y profetizó toda la noche. Se juntaron grandes multitudes, y luego otros también fueron poseídos. Una muchacha de dieciocho años aseguró ser Kali; un niño de ocho, Shiva; otra mujer un avatar; luego varios otros. Al cabo de una semana, todos recuperaron su personalidad normal[4].

Las técnicas de exorcismo varían notablemente de una cultura a otra, pero por lo que he leído, normalmente tienen algunos factores en común:

a) El exorcista típicamente está el mismo poseído por un espíritu, que es el que interviene por mediación del exorcista. En algunos casos este espíritu viene por voluntad de la persona: se consigue con ayuno y otras disciplinas, se va al bosque a encontrarlo, etc. En otros casos la posesión es involuntaria: típicamente ha sido transferida de una generación a otra en una misma familia. La persona con esta cualidad es conocida por todos y tiene una función reconocida en la

---

[4] Ídem, p. 301.

sociedad. Su condición es especial y frecuentemente inspira temor.

b) El exorcista típicamente necesita saber con quién está tratando. Necesita descubrir la identidad del espíritu que desea expulsar y las circunstancias y motivos de la posesión.

c) Típicamente se llevan a cabo una serie de acciones y pronunciamientos rituales que obligan al espíritu a salir: danzas, ayunos, sacrificios, invocación de espíritus más fuertes, cantos, frases mágicas o sin sentido, palabras de poder, la pronunciación de nombres poderosos. Un conjuro asirio decía, entre otras cosas:

> *Por la vida de Shamash [el dios del sol], el poderoso, te exorcizo;*
>
> *Por la vida de Asaruludu, sacerdote de los encantamientos de los dioses, te exorcizo;*
>
> *Por la vida de Gira [diosa del fuego], quien te consume, ciertamente te exorcizo*[5].

Aquí es útil recordar a los exorcistas judíos a los que los discípulos de Jesús reprendieron por utilizar el nombre de Jesús a pesar de no seguirle. También cabe recordar los exorcistas judíos ambulantes que añadieron a sus conjuros la frase: «Os conjuro por Jesús, el que predica Pablo», con resultados desastrosos. Lo normal en los exorcistas judíos era conjurar por el Nombre (Yahveh). Aquí recordamos el conjuro

---

[5] *Interpreter's Dictionary of the Bible* (Nashville: Abingdon, 1962), Vol. 2, p. 199. Mi traducción del inglés.

del sumo sacerdote que obligó a Jesús a revelar su identidad. También recordamos que cuando los fariseos acusaron a Jesús de echar demonios por el poder de Beelzebú, él respondió que deberían ser juzgados por los propios exorcistas fariseos. Para éstos sin duda ese poder residía únicamente en el Nombre; ellos sabrían que los que acusaban a Jesús, en realidad blasfemaban.

La palabra «exorcismo» significa «conjuro». Se refiere a las fórmulas mágicas, a las palabras que es preciso pronunciar para que un poder obligue al espíritu a salir.

d) El exorcista no siempre tiene éxito. Por ejemplo, los enfermos frecuentemente se mueren a pesar de todo. Esto se puede deber a que el espíritu que se intenta expulsar es más fuerte o por algún motivo no está obligado a obedecer al espíritu del exorcista. O sea, que el exorcista no tiene suficiente poder.

También se puede deber a que el rito se haya celebrado de una manera incorrecta. Quizá se vio interrumpido por la llegada de una persona que no debía estar presente. Posiblemente hacía falta invocar otras fuerzas más poderosas que las utilizadas en el conjuro. Tal vez faltaba más disciplina ascética, ayuno, frenesí, gritos y cantos, danza, etc.

CAPÍTULO 2

Demonios y malos espíritus en el Nuevo Testamento

EL «ESTILO» DE JESÚS Y EL NUEVO TESTAMENTO FRENTE A LOS DEMONIOS

> *Al anochecer llevaron a Jesús muchas personas endemoniadas; y con una sola palabra expulsó a los espíritus malos, y también sanó a todos los enfermos. Esto sucedió para que se cumpliera lo que anunció el profeta Isaías, cuando dijo: «Él tomó nuestras debilidades y cargó con nuestras enfermedades»* (Mateo 8,16-17 VP).

Frente a lo visto en el capítulo anterior, Jesús y el Nuevo Testamento presentan cierto «estilo» muy particular en su enfrentamiento con los poderes espirituales que perjudican a la gente.

a) En la iglesia del Nuevo Testamento no hay ningún reconocimiento de personas especialmente capacitadas para efectuar exorcismos. En ninguna de las listas de dones y ministerios que nos han llegado mediante el Nuevo Testamento, figura el de «exorcista». El pasaje que más se aproximaría a esto sería 1

Co 12, que menciona el don de «discernir espíritus». «Discernir espíritus» y «echar demonios» son dos cosas claramente diferentes. Nosotros podemos suponer que el que discierne espíritus procederá a echar a los que son maléficos, y posiblemente estemos en lo cierto. Sin embargo el texto no lo pone.

En vista de la frecuencia con la que Jesús echó demonios, podría parecer asombroso o contradictorio que la iglesia no reconociera este don y ministerio en su experiencia posterior.

La explicación de esto sin lugar a dudas está en que el Nuevo Testamento supone que todos los cristianos están llenos del Espíritu Santo, el cual es el Espíritu de Cristo, el Espíritu todopoderoso de Yahveh de los Ejércitos. Cuando cada cristiano tiene acceso directo e íntimo al Espíritu de Dios mismo, se hace innecesario el «experto» que pueda conjurar los espíritus malignos recurriendo a otros más poderosos. Si todos han recibido el Espíritu Santo, la figura de un personaje que está en contacto con un espíritu benéfico deja de sobresalir. Ya no es excepcional. Su función social desaparece, absorbida por el sacerdocio de todos los creyentes.

b) En el ministerio de Jesús y los apóstoles no es frecuente ni necesario identificar al demonio que se desea echar. Normalmente se le conoce por sus obras: «un espíritu sordo y mudo»; «un espíritu de adivinación».

El único caso en el que Jesús le pregunta su nombre a un demonio es el del endemoniado «gadare-

no». Este episodio cuenta con notable confusión en su transmisión evangélica. Cada evangelio da a su pueblo de origen un nombre distinto[1]. Ni siquiera se ponen de acuerdo en cuanto al número de endemoniados. (Según Mateo eran dos.) Sin embargo, tiene que tratarse de un único hecho, puesto que los evangelios coinciden en cuanto a la manera de proceder de Jesús, la respuesta de los demonios a la pregunta sobre su nombre, y su transferencia a los cerdos. Probablemente habría que tener la cautela suficiente como para no basar una doctrina de técnicas exorcistas en un único incidente, cuando a la vez el informe de éste nos ha llegado confusamente.

Y es que además el proceder de Jesús en este caso es absolutamente atípico. No sólo pregunta el nombre de los demonios, sino que conversa con ellos, regateando hasta dar con unas condiciones de expulsión que sean de común acuerdo. Esto parece indicar que los demonios acaban saliendo por voluntad propia más que por obediencia a una autoridad incontestable. No; este incidente decididamente no es típico de Jesús.

De todos modos, el hecho de que los demonios se hayan negado a revelar su nombre, dando como única respuesta su número («legión») a modo de evasiva, puede indicar parte del motivo por el que en ninguna otra ocasión en el Nuevo Testamento se produce un diálogo con un demonio: Jesús dijo que Satanás es el

---

[1] Mateo, «gadarenos», Marcos, «geraseno»; Lucas, «gergeseno».

padre de las mentiras. Lo único que se puede esperar de la voz de los demonios son mentiras. Mentiras acerca de su identidad. Mentiras acerca del momento y las circunstancias en que han poseído a la víctima. Mentiras acerca de su poder, número, organización y jerarquía.

¡Es asombroso escuchar en boca de predicadores, y leer en algunos libros supuestamente evangélicos y bíblicos, descripciones del mundo demoníaco, su organización y jerarquía… basadas en presuntas revelaciones hechas por demonios! «Revelaciones» que surgen de conversaciones durante exorcismos o que les han sido dadas a practicantes del ocultismo que se han convertido posteriormente. ¿Quién se atreve a asegurar que estas «revelaciones» puedan ser ciertas, dada su proveniencia?

De modo que no es difícil imaginar por qué Jesús y los apóstoles no solían mantener conversaciones con los demonios: ¡No pensaban que ellos pudieran decir nada que fuera cierto ni mínimamente útil!

c) Así como la iglesia del Nuevo Testamento no reconocía dones y ministerios de exorcismos, el Nuevo Testamento tampoco registra rituales ni fórmulas, encantamientos, conjuros, etc., para exorcismos. Dicho de este modo puede resultar ofensivamente obvio. Pero posiblemente sea necesario recordar que los cristianos creemos que la liberación no viene por nuestras palabras y acciones, sino por la misericordia de Dios, que nos ama e interpreta el anhelo de nuestros corazones aunque no sepamos expresarlo.

En ese sentido, la frase «En el nombre de Jesús» no es una fórmula mágica, ni pronunciarla una condición indispensable para que se desate el poder liberador. El cristiano siempre ora, habla y actúa en el nombre de Jesús, aunque no repita la frase en determinado momento. Tampoco importa si «reprendemos» en lugar de «echar» al demonio. ¡Dios sabe perfectamente bien lo que queremos decir, aunque lo expresemos mal! ¡Dios no juega con nosotros, esperando a que demos con las palabras precisas antes de actuar!

Del mismo modo, aunque dar voces en lenguas, cantar, danzar, ayunar, y otras cosas que pudiéramos hacer no están mal, tampoco son típicas de lo que vemos en el Nuevo Testamento. Sí son típicas de lo que viene haciendo la humanidad desde hace tiempo inmemorable para quitarse de encima a los espíritus indeseables. Aunque las prácticas ascéticas (como el ayuno) no son específicamente cristianas, tampoco tienen nada de objetable, siempre y cuando no se pretenda con ello obligar a Dios a hacer lo que el hombre desea que haga.

Aquí es bueno notar la respuesta de Jesús cuando los discípulos le preguntaron por qué no habían podido liberar al joven endemoniado en Mr 9,29: «Esta clase solamente puede salir mediante la oración». Algunos manuscritos añaden «y ayuno». Esos mismos manuscritos han copiado este versículo también en Mt 17 (donde aparece como el vers. 21). Sin embargo, los manuscritos más antiguos y fiables solamente tienen la frase en Marcos, y allí no hacen mención del ayuno. Si examinamos el texto cuidadosamente, notaremos

que ni siquiera nos dice quién es el que debe orar. ¿La víctima? ¿El exorcista? ¿Toda la iglesia? Yo personalmente me inclino por pensar que el que debía orar era el padre del joven. Al fin de la anécdota el joven queda liberado, y el único que se sepa que haya clamado a Dios (por lo menos a Jesús) es precisamente él, el padre[2].

Entonces, deducir de este incidente una doctrina acerca de la importancia de ciertos actos y rituales, aunque sean siquiera la oración y el ayuno, probablemente es suponer que el texto del evangelio dice más que lo que en realidad dice.

El concepto de «exorcismo» o conjuro, como se entiende normalmente en multitud de culturas y épocas, no describe adecuadamente lo que nos relata el Nuevo Testamento en cuanto a Jesús y los apóstoles.

---

[2] Idéntica cuestión nos plantearía aceptar la versión de aquellos manuscritos que mencionan el ayuno. ¿Quién debe ayunar? El Dr. W. M. Alexander nos informa que los médicos griegos de aquella época frecuentemente hacían ayunar al endemoniado, dirigiéndose a la cura del cuadro clínico presentado por los posesos. La recomendación de «oración *y ayuno*» emplearía, en su opinión, prácticas espirituales (oración) para los síntomas espirituales y prácticas médicas (ayuno) para los síntomas físicos. William Menzies Alexander, *Demonic Possession in the New Testament* (Grand Rapids: Baker Book House, 1980) (1ª edición, 1902), p. 267.

(Sin embargo yo acepto la opinión unánime de los estudiosos del texto griego: las palabras «*y ayuno*» no son auténticas.)

d) Jesús y los apóstoles siempre tuvieron éxito. (El único caso contrario es el que ya hemos mencionado, en Mr 9. Pero también en ese caso, el endemoniado acabó siendo liberado ese mismo día por la intervención de Jesús.) Esto nos trae a lo que más llamó la atención de la gente en cuanto a Jesús y los apóstoles, frente a los demonios:

Su poder.

La autoridad incuestionable de Jesús frente a todo el mundo de seres espirituales incorpóreos es claramente la novedad del mensaje bíblico. Esta autoridad de Jesús, autoridad que él hace extensible a *todos* sus seguidores, no sólo a unos pocos exorcistas especializados, libera a la humanidad de la opresión del temor a las fuerzas demoníacas. Así como la luz tenue de una vela no es nada en comparación con el sol, los problemas y el peligro que pueden ocasionar los seres espirituales no son nada en comparación con la protección y salvación que tenemos en Cristo Jesús.

En este sentido, el mensaje del Nuevo Testamento es increíblemente optimista. Incluso algún pasaje como Ef 6, que nos recuerda que tenemos lucha contra fuerzas espirituales de «las tinieblas de este siglo», no deja ver el más mínimo atisbo de temor. No es posible dudar de que la experiencia de la iglesia del Nuevo Testamento, en este sentido, haya sido una de victoria incondicional. El enfrentamiento espiritual se lleva a cabo entre fuerzas tremendamente desiguales.

Lo más asombroso es que ésta haya sido la actitud de la iglesia primitiva incluso cuando se enfrentaban a

persecuciones y martirio. Los cristianos del Nuevo Testamento no parecían creer que su persecución y sufrimiento estuvieran gestados en un infierno tenebroso y terrorífico. Al contrario, el martirio era la victoria de su identificación con el sufrimiento vicario de Jesucristo. Así incluso el Apocalipsis, que es el único libro del Nuevo Testamento que se explaya en cuanto al poder de las fuerzas espirituales de oscuridad, abraza gozosamente el sufrimiento y el martirio. Los cristianos se enfrentaban valientemente a las fuerzas de opresión estatal, liberados de una vez por todas del temor a caer en las garras de una sombra fantasmagórica y enloquecedora. Sufrir por Cristo otorga dignidad; la posesión por un espíritu deshumaniza. ¡Y esto último es lo que no temían! Era un tema ya acabado.

Tampoco el «aguijón en la carne» de Pablo, que él califica de «un mensajero de Satanás» (2 Co 12,7), le intimida, ni disminuye su actitud de victoria. Pablo parece suponer, como supone el autor de Job, que de todos modos Satanás solamente puede actuar bajo las órdenes de Yahveh.

Este poder, este optimismo irrenunciable, este desprecio del supuesto poder del enemigo, contrasta notablemente con el testimonio de algunos exorcistas cristianos, que hablan de luchas tremendas, acompañadas de todo tipo de manifestaciones demoníacas sobrenaturales, en las que solamente mediante grandes privaciones de la carne han podido heroicamente lograr la victoria.

Recuerdo un pastor amigo mío, ahora anciano y jubilado que, aleccionado por la experiencia sumamente desagradable de tener que experimentar alteraciones sobrenaturales de la paz y el orden en su propia casa, decidió que no se sentía llamado a andar a la caza de demonios. Desde ese momento su ministerio no fue más eficaz que antes. Tampoco fue menos eficaz. Sencillamente vivió y ministró sin temor, con el poder y la gracia del Espíritu Santo. ¡Sabía que Jesús estaba siendo victorioso contra todas las fuerzas espirituales de maldad en la iglesia que él pastoreaba, sin tener que estar él mismo observando de cerca los pormenores desagradables de la batalla!

OBSERVACIÓN MARGINAL: EL ORIGEN DE LA INCREDULIDAD OCCIDENTAL

> **DEMONIO** n. m. (gr. *daimonion*). En la antigüedad, divinidad o espíritu bueno o malo, adscrito al destino de un hombre, una ciudad, etc. // Diablo, nombre dado en las diversas religiones a los ángeles rebeldes.
>
> **DEMONOMANÍA** n. f. Manía del que se cree poseído del demonio.
>
> —De la *Nueva Enciclopedia Larousse*[3]

El hombre occidental moderno se felicita de que, por definición, los demonios sean un fenómeno atribuible a la superstición de la antigüedad (nadie

---

[3] *Nueva Enciclopedia Larousse* (Barcelona: Editorial Planeta, 1988), Tomo 6, pp. 2801-2.

hoy cree en demonios), y que creerse poseído por demonios es una enfermedad psicológica con nombre y todo (es una manía, que como todas las manías, no tienen ningún fundamento en la realidad).

En otras culturas, la mayoría de la gente se mueve en un mundo personal; entienden que todo lo que les sucede depende de voluntades personales. Si he vendido a buen precio es porque he logrado que el cliente se fije en mí, personalmente, y atienda a mis razones en el regateo. Hacer el ridículo no depende de mi acción, sino de que los demás se burlen. Si vencemos en la guerra, es porque los dioses reconocen la justicia de nuestra causa. Si fallan las cosechas, es que hemos ofendido a los dioses. Si enfermo, es porque un demonio me persigue.

El occidental moderno se mueve en un mundo material: entiende que todo lo que sucede responde a causas «naturales», es decir, impersonales. El precio de venta está determinado (impersonalmente) por el mercado de oferta y demanda. Mis acciones son ridículas, racionales, rectas o malas en sí mismas: piensen lo que piensen de ellas los demás, respondo sólo ante mi conciencia. Vencer o no en la guerra depende de la cantidad, calidad y tecnología del material bélico; los dioses no figuran. Tampoco figuran en el clima y las cosechas. Si enfermo se debe a un desequilibrio químico o biológico de mi cuerpo; no preciso exorcismo, sino medicamentos.

¿A qué se debe esta actitud en occidente?

Sin duda nuestra mentalidad ha sido forjada por un número de factores muy variados. Entre esos factores tiene que figurar el cristianismo. Al fin y al cabo ha sido la religión dominante en occidente. Concretamente, es probable que la presente incredulidad en cuanto al mundo de los espíritus tenga raíces en la actitud que hemos observado en los cristianos del Nuevo Testamento.

Como hemos visto, los cristianos del Nuevo Testamento eran increíblemente optimistas en cuanto a la totalidad de la victoria de Jesús sobre todas las fuerzas espirituales de opresión. Los seguidores de Jesús lograron algo único en la historia de la humanidad: Superaron el terror que inspiran los espíritus. Los dioses ya no intimidan. Los demonios huyen. Los antepasados que no hallan reposo no tienen autoridad para fastidiar la vida de los que viven en Cristo.

Ésta es una de las consecuencias notables de la victoria de Cristo en la cruz. Entender esto enriquece nuestro concepto de lo que es la salvación. Los misioneros en pueblos que aún viven esclavizados por el temor a los espíritus saben perfectamente qué tremenda es esta salvación. Hoy día en África, por poner un ejemplo, el principal motivo por el que la gente viene a Cristo es su deseo de liberarse del terror que inspiran los seres incorpóreos. En mi experiencia con los aborígenes Toba del norte argentino, el interés central de su vida cristiana era el poder de Cristo sobre los espíritus que causan las enfermedades. Recuerdo cómo danzábamos con entusiasmo, intercediendo por los enfermos. Cantábamos: Cristo da

poder, Cristo da poder, etc. y etc. Pese a ello, la mayoría no sanaba.

He aquí un conflicto. La doctrina cristiana afirma que los demonios han sido despojados de su autoridad sobre nuestros cuerpos. Pero seguimos padeciendo enfermedades. Descartada la interferencia de seres personales incorpóreos (vencidos ya por Cristo), habrá que examinar otras causas.

Y así el hombre occidental, nacido en una cultura nutrida por el cristianismo, se halla libre para descubrir otro tipo de causa que la voluntad personal. ¿Y si no fuera un ser consciente lo que crea mi enfermedad? ¿Y si fuera una «cosa», un «algo»?

La actitud secularizante y materialista de occidente no nace exclusivamente del ateísmo y la incredulidad. Pienso que entre sus raíces probablemente figure la fe cristiana en que Jesús ha vencido a los demonios.

CAPÍTULO 3.

Cada uno es responsable de sus acciones

> *Cada uno es tentado cuando de su propia concupiscencia es atraído y seducido. Entonces la concupiscencia, después que ha concebido, da a luz el pecado; y el pecado, siendo consumado, da a luz la muerte. Amados hermanos míos, no erréis* (Santiago 1,14-16).

El principio de responsabilidad personal de cada ser humano por su conducta es tan claro en la Biblia, que parecería no necesitar que se insista en ello. Sin embargo algunos creen que la conducta inspirada por un demonio es una excepción a ese principio bíblico.

Si la Biblia es nuestra fuente de verdad inspirada, hay algunas cosas que creo que podemos decir sin titubeos.

Los que no son salvos no serán juzgados por lo que les han hecho hacer los demonios que los pueden haber poseído, sino por su propia conciencia de pecado. Romanos 1,28-2,16 indica claramente que incluso los que no han recibido la Ley, no tienen

excusa por sus pecados. Según el argumento que hallamos ahí, todo ser humano demuestra que tiene criterios morales para distinguir el bien del mal, mediante el hecho de que critica la maldad del prójimo. ¡No se tiene conocimiento de que haya existido un ser humano que nunca haya discernido la maldad del prójimo! Podríamos añadir que tampoco se sabe de ningún ser humano que haya actuado toda su vida, en todo momento, bajo posesión demoníaca. Por consiguiente, el juicio de Dios contra un pecador es siempre justo, fueren cuales fueren las demás realidades espirituales de su existencia.

La persona poseída por demonios, por definición, no está viviendo la realidad de la salvación que brinda Jesucristo. La salvación de Jesús, entre otras cosas, es salvación del poder de las tinieblas de este siglo. Si un poseso alega ser cristiano, posiblemente es que se le ha predicado un evangelio truncado, un evangelio incompleto, carente de poder. Es posible que esté intentando vivir en dos mundos; seguir a Jesús sin renunciar a Satanás y todas sus obras. O sea, que no se ha arrepentido; no ha cambiado de lealtad fundamental. Pero este arrepentimiento es una de las características esenciales del cristiano. Lo más probable es que un poseído por demonios ni siquiera pretenda ser un seguidor de Cristo; normalmente estará entre los que se burlan de los cristianos y los persiguen.

A la vez es importante que evitemos una concepción estática de la salvación. Lo que intentamos describir cuando hablamos de salvación no es un

estado, sino una relación y un proceso, una aventura para toda la vida. Es mucho más esclarecedor pensar que la conversión y el crecimiento cristiano o maduración, son diferentes aspectos de una misma realidad. Evidentemente debe haber un «nacer de nuevo», un comienzo. Pero la metáfora de «nacer de nuevo» es especialmente acertada porque sugiere un estado muy primitivo, ingenuo, inocente e indefenso. Es vida nueva, pero vida que requiere y obliga el crecimiento, sin el cual el nacimiento es poco más que un aborto.

Algo similar sucede con el bautismo del Espíritu Santo. No otorga un estado, sino la profundización de una relación. Una relación que hay que mantener viva, cultivar y seguir profundizando. Una relación abierta a las nuevas revelaciones del otro ser, abierta a la sorpresa. Una relación en la que es posible distanciarse y volver a recuperar nuevas dimensiones de intimidad. El Nuevo Testamento nos cuenta de personas que fueron llenas del Espíritu Santo reiteradamente.

En la vida cristiana, en la medida que maduramos, vamos descubriendo nuevas áreas de pecado e inmadurez. Nos volvemos a enfrentar constantemente con nuestra fragilidad y predisposición al pecado. Este descubrimiento requiere nuestra constante atención y santificación. Otra manera de describirlo sería decir que constantemente necesitamos «ser salvos» de ciertas actitudes y conductas características de nuestro viejo hombre. De modo que el lenguaje de salvación también es apto para describir el proceso de santificación.

Del mismo modo, es posible que descubramos áreas de nuestras vidas en las que, sin habernos percatado de ello, hemos seguido siendo sensibles a la influencia de Satanás y los demonios.

Pueden ser hábitos y actitudes de pecado sobre los que hemos perdido el control consciente. Ya no «decidimos» actuar o pensar de determinada manera, sino que asumimos conductas y actitudes que hemos establecido en el pasado. Posiblemente las hayamos asumido frente a traumas recibidos en la infancia o adolescencia.

Hay pecados habituales de actitud y comportamiento que son típicos de cada familia. Esclavitudes al pecado que hemos recibido de nuestros antepasados mediante el ambiente familiar de nuestra infancia. Descubrimos que en algunos rasgos negativos de nuestra personalidad nos parecemos a un abuelo, un tío, la madre, etc. Tarde o temprano, en nuestro proceso de conversión y maduración cristiana, podemos «ser salvos» de esto también.

Si es a esto que algunos se refieren cuando liberan de demonios a los cristianos, hay que admitir que se ajustan a una clara realidad humana. Ser salvo de esa sensibilidad especial a Satanás en ciertos tipos de tentaciones y circunstancias, es evidentemente una experiencia de liberación. El cristiano descubre una nueva libertad para asumir actitudes y conductas que antes escapaban a sus posibilidades.

Esta liberación, esta salvación de la cautividad a las tinieblas en cierta parte de la existencia, no pone

en duda que el compromiso previo del cristiano con Jesucristo como Señor y Salvador haya sido auténtico. Así como la necesidad constante de arrepentirnos de nuestro pecado y volver a recuperar la intimidad perdida con el Espíritu Santo tampoco supone que estamos «perdidos» o no hayamos sido un día bautizados en el Espíritu. La liberación es parte de la dinámica de salvación que caracteriza toda una vida de santificación y maduración cristiana.

Sin embargo el Nuevo Testamento no nos da ni un solo ejemplo de un cristiano poseído por un demonio hasta tal punto que no puede ser responsable de sus acciones. Aunque Pedro discernió que el pecado de Ananías y Safira estuvo ocasionado por la entrada de Satanás a sus corazones (Hch 5,3), lo que sucede a continuación no es un exorcismo, sino la muerte por causas sobrenaturales.

Es cierto que la tentación es un campo en el que las fuerzas espirituales de maldad continúan ejerciendo cierta influencia en la mente y el corazón cristiano. Pero el cristiano tiene a su alcance recursos espirituales suficientes para vencer la tentación. Aunque no eche mano de ellos durante la tentación, esos recursos han estado a su disposición y por tanto no tiene excusa. La «culpa» es del cristiano que, sabiendo la verdad, le ha dado la espalda a la verdad y se ha dejado engañar en la tentación.

Hay cristianos que parecen luchar constantemente con alguna debilidad de su carne. Hay cristianos que parecen bloqueados en su crecimiento y maduración

espiritual. Hay cristianos que nunca obtienen victoria sobre ciertas áreas de sus vidas. ¿Se debe esto a posesión demoníaca? No hay nada en el Nuevo Testamento que sugiera esta posibilidad.

El Nuevo Testamento habla de cristianos carnales. El Nuevo Testamento habla de cristianos que ponen la mano sobre el arado pero luego miran para atrás. El Nuevo Testamento habla de cristianos que viven conforme al viejo hombre. Como dijo alguien, «Hay cristianos que huelen mal; el viejo hombre está muerto y se pudre, pero no se han despojado de él ni se han revestido del nuevo hombre».

El Nuevo Testamento habla de cristianos que todavía tienen que beber leche, que siguen siendo bebés espirituales, porque no tienen los sentidos ejercitados en el discernimiento del bien y del mal. El Nuevo Testamento habla de cristianos que no velan ni están en guardia, de cristianos que son como el perro que vuelve a su vómito, de cristianos que se dejan seducir por cualquier viento de doctrina o por las pasiones de la carne.

Pero nunca habla de cristianos que pierden momentáneamente su responsabilidad moral porque un espíritu haya anulado su voluntad. Ni habla tampoco de cristianos cuyo estancamiento espiritual se deba a demonios, ni a espíritus que se trasmiten de generación en generación dentro de una familia.

Mientras alguien no me convenza mediante las Escrituras que los demonios pueden anular la responsabilidad moral de un cristiano, seguiré persua-

dido de que no es por causa de los demonios que se estancan los cristianos, sino por el pecado. Pecado del que ellos mismos se saben bien responsables. Sin excusas.

Todo cristiano que quiere resistir la tentación, puede hacerlo. Para eso le ha sido dado el Espíritu Santo. Esto lo tenemos con toda la autoridad y confianza que nos inspira la Biblia.

¿Dónde nos deja esto en cuanto al discernimiento de demonios que opera en algunos siervos de Dios que efectúan liberaciones en tales cristianos? Opino que no yerran del todo. Tales personas sí necesitan ser liberadas, como ya hemos comentado. Sin embargo no estoy persuadido de que aquello de lo que necesitan ser liberados sea precisamente un demonio. Lo que realmente necesitan es establecer victoria sobre el pecado. La fuerte experiencia emocional y espiritual de someterse a un exorcismo puede ser el revulsivo que dé lugar a nuevas actitudes que logren esa victoria.

Sin embargo, con exorcismo o sin él, su lucha continuará en pie y seguirá siendo contra el pecado más que contra demonios.

Entonces, dada la carencia total de ejemplos de expulsión de demonios de cristianos en el Nuevo Testamento y dado el peligro real de fomentar sugestiones y temores innecesarios en mentes débiles e impresionables, me parece un proceder sumamente dudoso.

Mucho más bíblico sería orar para que sean llenos del Espíritu Santo y exhortarles con la Palabra, que es el instrumento perfecto «para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra» (2 Ti 3,16-17).

CAPÍTULO 4.

Experiencia contemporánea y enseñanza bíblica

Íbamos cuatro en el coche. Uno de nuestros amigos había pedido que contáramos lo que había sido nuestra experiencia en diez años de ministerio cristiano en Burgos. Yo conducía y preferí dejar que mi esposa, Connie, narrara la historia. A medida que ella hablaba yo me ponía más y más nervioso. Era asombroso descubrir cuántos episodios ella recordaba «mal», cuántas cosas importantes no mencionaba y cuántas cosas sin importancia adornaban su relato. Lo que más nervioso me ponía eran sus juicios de valor, de causas y de significado. «Aquello sucedió porque…» ¡Yo sabía *que las causas y los significados de los sucesos habían sido otros!*

Por fin me eché a reír. Cuando los demás en el coche quisieron saber de qué me reía, comenté: «Estoy aprendiendo una gran lección acerca de lo tremendamente subjetiva que es nuestra noción de la realidad. Os aseguro que si yo hubiera contado la historia de nuestros diez años en Burgos, hubierais oído una historia distinta. Sin embargo tengo que reconocer que Connie

estuvo allí, fielmente a mi lado todo este tiempo. Lo que ella vio y vivió es tan real como lo que he visto y vivido yo. Ella no se ha inventado nada, ni ha retorcido nada por motivos deshonestos. Os ha contado fielmente lo que ella ha vivido. Descubro que hemos vivido las mismas experiencias pero frecuentemente les hemos ido dando distintas interpretaciones».

Me pidieron mi propia versión de los hechos, pero me negué. No podía contradecir a Connie. En un momento de claridad existencial me había dado cuenta que mi versión de los hechos no podía ser superior a la suya. Distinta, sí. Pero tan personal y sujeta a deformaciones de interpretación como cualquier otra. ¿Para qué confundirles? La historia que ella había contado era tan real como la que contaría yo.

Es necesario que sepamos diferenciar entre la experiencia y la teología bíblica. La experiencia humana puede admitir un gran número de explicaciones, de teorías acerca del porqué de lo sucedido. No todas ellas son igualmente válidas.

Un fenómeno material, como la gravedad, puede admitir explicaciones tan contradictorias como las de Newton y Einstein. (Newton sostenía que los cuerpos físicos se atraen; Einstein, que el espacio los empuja uno contra otro.) Si en el mundo material, directamente observable, frecuentemente es difícil saber explicar qué es exactamente lo que está sucediendo, ¿cuánto más en las cosas espirituales? Debemos tener todos la valentía de admitir, como ya lo hizo Pablo,

que «ahora vemos como en un espejo, confusamente» (1 Co 13,12).

Me parece que nadie sería capaz de negar la realidad de su propia experiencia personal. Cada uno sabe lo que ha vivido. O lo que cree que ha vivido, que desde el punto de vista propio es lo mismo. Sin embargo necesitamos todos mucha humildad acerca de nuestra capacidad real de describir los fenómenos que vivimos. Tenemos que admitir que nuestra descripción de lo que ha pasado surge de nuestra propia perspectiva. ¿Es justo presumir de que la perspectiva de uno tiene que ser obligatoriamente idéntica a la perspectiva de Dios? Al contrario, es más que probable que Dios vea las cosas de otra forma.

Si podemos admitir esto, estamos admitiendo la necesidad de guiarnos por la revelación bíblica en nuestras formulaciones doctrinales. No negamos la validez ni la realidad de la experiencia propia; sencillamente rehusamos elevarla por encima de las Escrituras.

Tengo entre mis libros uno escrito por un inglés, un médico de confesión anglicana, que cree que gran parte de los trastornos de la humanidad se debe a la obra de las almas en pena. Son los espíritus de los difuntos que no han podido hallar reposo en el más allá, y que acosan a sus descendientes o a los que viven donde ellos fueron asesinados. La solución que este hermano ha hallado, una solución que además

documenta ampliamente, es la misa para los difuntos, del rito anglicano[1].

Imposible cuestionar la validez de sus experiencias. No digo que los testimonios que ha recogido, algunos de ellos conmovedores, por cierto, sean falsos. Creo que cuando los cristianos nos dirigimos a Dios con el corazón sincero, la compasión y la misericordia de nuestro Padre amante desata sobre nosotros su salvación, salud y bienestar. Aunque nos valgamos del disparate de una misa para los difuntos.

Pero eso no me obliga a aceptar su explicación de los hechos. La experiencia personal no hace que cualquier teología sea legítima. De lo contrario tendríamos que admitir como legítimas todas las religiones del mundo. Después de todo, si la experiencia de sus fieles dejara de ser convincente y real, ninguna religión duraría más de una generación.

Me parece maravilloso que algunos den testimonio de la liberación sobrenatural que han recibido cuando se ha echado demonios de ellos después de que llevaran años de seguir a Cristo con integridad y sinceridad. En este instante estoy recordando con claridad cristalina una ocasión de ese estilo en la que tuve el privilegio de participar activamente, y que acabó en la recuperación asombrosa de la salud de una hermana. Tales experiencias me parecen maravillosas en cuanto son testimonio de la gracia, el amor, y la liberación que tenemos en Cristo Jesús. Y si fuera a

---

[1] Dr. Kenneth McAll, *Healing the Family Tree* (London: Sheldon Press, 1982), 138 pp.

construir teología sobre la base de mi experiencia, yo también podría dar testimonios, si bien no muchos ni tan dramáticos como los que otros cuentan.

He oído testimonios de cristianos que mientras se oraba para liberarles de demonios han vomitado, han dicho y hecho groserías, han manifestado estados trastornados, personalidades y voces ajenas a la suya propia, etc.

«Algo» sin duda ha sucedido en estas experiencias. ¿Quién se atreve a negarlo? Los testimonios que acepto como válidos tienen como común denominador el poder tremendo de Dios y la expresión sublime de su amor incomparable. Pero algunas explicaciones que he escuchado y que yo mismo alguna vez he esgrimido, ya no me convencen. Los testimonios sí me convencen, pero la doctrina no del todo.

«Doctrina» es lo que enseñamos como normal y normativo para la fe cristiana. Si no queremos convertirnos en meros sectarios llevados de aquí para allá por cualquier viento de doctrina, nuestra enseñanza tiene forzosamente que arraigarse en la Biblia.

Siempre hemos de alabar a Dios por todos aquellos hermanos que tengan una experiencia de avivamiento y renovación espiritual personal. Alabemos a Dios por todos los que vuelven a dedicar su vida y sus energías al reino de Dios con gran pasión y gratitud. Alabemos a Dios por todos los hermanos que recobran la salud milagrosamente. Cada caso de éstos, no me cabe ninguna duda, es la respuesta a muchas

oraciones. En algún caso, alguna de estas oraciones puede haber sido la de un hermano que haya pretendido echar demonios. Si Dios en su misericordia ha querido aprovechar aquella ocasión para comenzar un nuevo capítulo en la vida de un hermano, ¿quién osará oponerse?

Sn embargo lo que *enseñamos* deber ser el mensaje bíblico, cuyo contenido es la total y absoluta libertad de los temores que ocasionan los demonios entre los paganos. Lo que enseñamos debe ser que si alguien ha entregado su vida a Cristo, es *Cristo* el que posee su vida. ¡Aleluya! ¡Arrojemos de nuestras vidas toda duda, todo engaño de Satanás, que con sus mentiras intimidatorias pretende despojarnos de nuestro derecho y patrimonio en Cristo Jesús!

Creo que es aconsejable depurar nuestra descripción de fenómenos distintos, empleando para cada uno de ellos palabras distintas. ¿Es necesario hablar siempre de «posesión», como si los demonios siempre tuvieran el mismo efecto en el ser humano? ¿Realmente es útil describir el proceso de maduración y victorias periódicas que caracterizan la vida cristiana, con las mismas palabras con que el Nuevo Testamento describe las sanaciones milagrosas?

Hay una gama extensa de actividad demoníaca o diabólica. Satanás y sus demonios tienen que ver con la tentación más corriente. Al otro extremo está la posesión propiamente dicha, con su consecuente deformación total de la voluntad y la personalidad,

que puede incluir alteraciones de la voz y las facciones y trastornos de la salud física.

El Nuevo Testamento no nos enseña a suponer que siempre que se manifiesta el diablo o sus demonios, forzosamente nos encontramos ante un caso de «posesión». Puede tratarse sencillamente de un caso de «tentación».

También he oído distinguir entre «posesión» y «opresión». Si he entendido esa distinción, la idea sería que el demonio que «posee» opera desde dentro del ser humano, mientras que el que «oprime» lo hace desde fuera. No me parece una manera muy feliz de expresarlo. Hay cierto sentido en el que *toda* la actividad diabólica que nos afecta tiene forzosamente que surgir desde nuestro interior. Jesús enseñó que lo que contamina al hombre tiene su origen en el interior del hombre (Mr 7), y no hay nada en el pasaje que indique que está pensando en la posesión demoníaca. Según Santiago, la tentación también viene de nuestro interior.

Sin embargo, aunque la diferencia entre la obra de demonios «desde dentro» y «desde fuera» no sea la mejor manera de expresarlo, simpatizo con este intento de diferenciar entre distintos fenómenos espirituales. Entonces distinguir entre «opresión» y «posesión» demoníacas promete ser esclarecedor, aunque quede todavía como asignatura pendiente definir exactamente lo que eso significa.

Si no metemos todos los fenómenos espirituales malignos en el mismo saco de «posesiones», evitare-

mos mucha confusión. Confusión en algunos que podrían volver a caer en un malsano temor a los demonios. ¡Temor del que posiblemente ya habían sido salvados! Confusión también en los pastores, que pueden sentir la tentación de emplear la artillería pesada antidemonios cuando el pobre creyente solamente necesitaba unos consejos y una oración de apoyo pastoral. Ésta es una tentación que podemos sentir cuando nos hallamos frustrados en nuestra tarea pastoral, al ver que un hermano no progresa. Pero nuestra frustración y sentimientos de insuficiencia pastoral no deben condicionar nuestro discernimiento de la realidad. El hecho de que el hermano necesite liberación (¿quién no la necesita?) no debe obligarnos a suponer que está «poseído».

Por otra parte, ¿es obligatorio suponer que cuanto más vive uno la experiencia dinámica del Espíritu Santo, más experimentará también la dinámica de la presencia y actividad de los demonios? Este es un tema que me preocupa desde hace años. Hallo esta convicción con bastante frecuencia entre carismáticos y pentecostales. Y aunque me identifico como carismático, es una de las cosas que ocasionan mi más profundo y vigoroso rechazo. ¡Si vivir cada día más cerca al Espíritu Santo obliga a vivir cada día más cerca a los demonios, el cristianismo es un timo!

Estoy seguro de que veremos lo que predicamos. Veremos lo que creemos. Si predicamos demonios, si creemos que los estorbos a la vida cristiana victoriosa se deben a los demonios, entonces veremos demonios. Si con nuestra autoridad pastoral sobre la iglesia

convencemos a los creyentes de que sus tropiezos y caídas se deben a estados posesivos, ellos serán consecuentes con lo que les decimos. Acabaremos teniendo que tratar con manifestaciones sobrenaturales diabólicas en nuestro ministerio. Tendremos que enfrentarnos con toda la escoria que Satanás quiera hacer desfilar ante nuestros ojos. Aunque obtengamos victorias mediante exorcismos, he observado en gente que se dedica a ministrar de esta forma que Satanás se acaba llevando buena parte de la gloria.

Nuestra comprensión de la realidad determina la realidad que vivimos. Como dijo un sabio chino, si en otras ciudades sólo has encontrado gente perversa y malvada, también encontrarás sólo malvados y perversos en esta ciudad; pero si en otras partes has hallado gente generosa y amable, aquí también la hallarás. Encontramos lo que estamos convencidos que vamos a encontrar. La realidad que vivimos está condicionada por nuestro concepto de la realidad.

En este sentido, la actividad de los demonios necesita el suelo fértil de la creencia en los demonios[2]. Casi se diría que es el *producto* de esa creencia en ellos. ¿Por qué están libres del terror casi universal a los demonios, los secularistas materialistas occidentales? ¡Necesitan ir al cine para ver demonios! Luego, cuando se encienden las luces, se ríen del miedo que pasaron. ¡Cuántos paganos, y también cuántos cristianos, pueden envidiar esa risa despreocupada!

---

[2] Me refiero aquí a su actividad sobrenatural. Su actividad moral no requiere fe.

Mi inquietud y malestar profundo frente a la enseñanza de algunos de mis hermanos carismáticos y pentecostales se resume en la siguiente pregunta: ¿Acaso es una *virtud* volver a despertar en los cristianos el terror a las fuerzas demoníacas?

Hace muchos años un anciano indio toba me comentó algo que él había podido comprobar durante su larga vida. Los espíritus que oprimen al pueblo Toba, según él, no tienen ningún poder sobre los hombres blancos. Me lo dijo con cierta envidia. ¡Claro! ¡Si los blancos no suelen creer que haya espíritus en la selva!

Hace algunos años una cristiana madura y responsable en Cristo me comentó que hay que boicotear los pitufos. Dios testimonio de cómo la gente de su iglesia, que en general respeto y admiro muchísimo, empezó a quemar sus tebeos de pitufos, a destruir pitufos de peluche, de goma y de plástico, a deshacerse de todo lo que tuviera que ver con los pitufos. Este bello testimonio acababa glorificando a Dios por su gran poder liberador, hecho notorio en muchas vidas previamente esclavizadas por los pitufos. Se ofendió cuando me reí.

Veremos, insisto, lo que predicamos. Si predicamos que los pitufos son dañinos en el hogar, luego tendremos que ir liberando a la gente de la influencia de los pitufos. Esto puede hacernos parecer grandes líderes espirituales, de insigne discernimiento y gran poder para liberar a los oprimidos por Satanás. Apar-

te de aumentar nuestra fama, poco más se habrá logrado.

Veremos lo que predicamos. Dentro de la confesión católico-romana, que enseña a creer que la Virgen se nos puede aparecer en cualquier momento y lugar la gente, efectivamente, recibe visitas de la Virgen. Sé que muchos evangélicos atribuyen estas apariciones al demonio. Pero si somos capaces de escuchar sin prejuicios, los testimonios de apariciones de la Virgen normalmente hablan de un poder totalmente benigno. Ella ayuda y consuela a la gente. Glorifica a Jesucristo. El mensaje más típico de la Virgen, cuando se aparece, es que los fieles adoren a su Hijo. No, esa experiencia no nos remite a los demonios, sino a la madre de Jesús.

Pero ella solamente se manifiesta allí donde se ha predicado que esto es posible. La creencia en ello *determina* que exista en la experiencia de los creyentes. Para mí la influencia de la Virgen, suponiendo que existiera, sería totalmente insignificante. Sería una realidad espiritual totalmente teórica. En absoluto sería una realidad vivida existencialmente y vista con mis ojos. ¡Puedo asegurar sin ninguna duda que a mí nunca se me aparecerá la Virgen! Me falta la credulidad que es requisito previo para sus apariciones.

Pero la Virgen, según cuentan, es buena, es benigna, es todo amor y dulzura. ¡Con cuánto más motivo deseo evitar el terreno fértil de la credulidad que me abra a manifestaciones del diablo y sus demo-

nios! ¡Dios me libre de fomentar esa credulidad en mis hermanos!

Es evidente que aunque nadie creyera en demonios, el mal y la maldad seguirían existiendo. Si creemos el testimonio del Nuevo Testamento, el mal y la maldad tienen su origen en Satanás y sus demonios. Creamos o no en ellos. Veamos o no los gestos sobrenaturales con los que intentan impresionar a la gente.

En el caso, muy teórico y difícil de imaginar, de que ya nadie creyera en los demonios, posiblemente dejaría de ser necesario echar demonios de la gente. Sin embargo la lucha contra lo demoníaco en la humanidad seguiría en pie. El diablo seguiría esclavizando a la gente mediante enfermedades mentales y psicosomáticas, perversiones del poder político, perversiones sexuales, el materialismo y el egoísmo en todas sus variantes.

La lucha seguirá siempre en pie. La batalla será siempre real.

Pero también son reales los logros obtenidos. También es real la victoria sobre el temor. También es real la victoria sobre la esclavitud a la que los dioses y demonios del paganismo oprimen a los que viven en tinieblas sin haber oído el evangelio.

Mientras vivamos en el mundo conoceremos el sufrimiento, las circunstancias desagradables, la enfermedad, la opresión política, las manipulaciones psicológicas, la persecución y la muerte. Pero los que hemos recibido el anuncio de buenas noticias en Jesús vivimos confiados. Los demonios han perdido su

poder sobre nosotros. Ya no nos impresionan. Ya no admiramos su poder.

Esa es la más perfecta y grande liberación del poder de los demonios, de la que también damos testimonio.

Segunda parte
Satanás y el problema del mal en el mundo

CAPÍTULO 5.

La importancia de un monoteísmo radical

En la Biblia sólo se admite la existencia de un Dios único. Éste tiene que ser el punto de partida fundamental para cualquier cosa que se pretenda decir acerca de Satanás. Una religión politeísta podría admitir la existencia de dos dioses, uno bueno y otro malo; incluso postulando que el bueno fuera más poderoso y que al fin venciera. Este tipo de planteamiento era sumamente corriente en las mitologías paganas. Los dioses paganos batallaban entre sí, y alguna vez un dios podía obtener tal preeminencia sobre su rival que prácticamente suponía la desaparición del dios vencido.

Obsérvese, por ejemplo, este fragmento de un mito ugarita, en el que se describe el desenlace de la rivalidad entre Baal y Yam:

Los dioses estaban ante la mesa,
los santos se habían sentado a comer,
Baal estaba junto a El.
Ahora los dioses los vieron:
cuando vieron a los mensajeros de Yam,
los enviados del gobernador Nahar,
los dioses dejaron caer sus cabezas
sobre sus rodillas…

[Sin embargo Baal les amonesta por su temor. Se presentan ahora los mensajeros de Yam. No hacen reverencias ante el dios supremo, El. Los mensajeros de Yam presentan a El su ultimátum:]

«Mensaje de Yam, tu señor,
tu amo, el gobernador Nahar:
"Entrega, oh El, al que tú proteges,
el que está protegido por huestes de hombres;
entrega a Baal y sus sirvientes,
el hijo de Dagan, para que me apodere de
su hacha de guerra"».

Y el Toro respondió, su padre, El:
«Tu esclavo, o Yam, tu esclavo será Baal
para siempre».

[Pero Baal se resiste. Armándose con un hacha de combate que le da Kusharu-hasisu, arremete contra Yam.]

El hacha de combate desciende en la mano de Baal,
como un águila entre sus dedos.

Hiere los hombros del Príncipe Yam,
entre las manos del gobernador Nahar.

Yam es fuerte, no cae,
sus piernas no se doblan
su espada no está rota…

[Ahora Kusharu-hasisu le da otra hacha, más fuerte. Baal hiende con ella el cráneo de Yam. Baal ha vencido. Aparece entonces Ashtarat (una diosa que, como Baal, ya conocemos por la Bblia), que había sido prisionera de Yam. Le ruega a Baal que «disuelva» a Yam. El mito concluye con las palabras:]

«¡Yam ha muerto de verdad: Baal ha de ser rey!»[1]

Válganles tales historias y mitos a los paganos. Pero los cristianos solamente aceptamos la existencia de un solo Dios. Y aunque decimos que Padre, Hijo y Espíritu Santo son todos ellos Dios, insistimos a la vez que los tres son solamente uno. De forma que nuestra manera de entender qué o quién es Satanás tiene su punto de partida en esa fe monoteísta. ¡Nuestra manera de entender el conflicto entre Dios y Satanás nunca puede revertir al nivel de los desacreditados mitos cananeos! Aceptar tal mitología sería caer en la trampa en la que cayeron tantas veces los israelitas del Antiguo Testamento, con resultados tan desastrosos para su nación. Tenemos que aliarnos con los profetas. Decir: ¡Esos dioses no existen! ¡Esos mitos son mentira de principio a fin! Un hombre tala un árbol; con parte

---

[1] Mito ugarita recogido por Walter Beyerlin, *Near Eastern Religious Texts relating to the Old Testament* (London: SCM, 1978, pp. 203-206. Mi traducción del inglés.

de la madera hace un fuego y se calienta, y con el resto hace un dios y le adora… y eso es más o menos lo que valen estas historias paganas.

El monoteísmo radical de los profetas tuvo que hallar respuestas profundas a la permanencia del mal en el mundo. Israel pagó sus culpas con el exilio. Sin embargo el regreso del remanente a su tierra no supuso la desaparición del mal en la creación ni en el mundo; ni siquiera en Israel mismo. Ante el sufrimiento y el ocaso político del pueblo judío surgieron dos clases de explicación religiosa. Una de ellas profundizaba las raíces clásicas de la fe hebrea: En la Biblia, esta es la respuesta que da el libro de Job. Job representa una fe radical en el monoteísmo predicado por los profetas hebreos. Satanás, el acusador de los hombres y origen de sus sufrimientos, no es más que un sirviente del Dios único. El hombre no es quién para cuestionar los designios divinos. Dios no necesita justificarse ante el tribunal de la humanidad; es el hombre quien está ante el tribunal divino.

Mientras tanto, la cultura persa, cuyo imperio dominaba a la sazón, ofrecía un concepto dualista de la existencia. Según las creencias persas dos dioses, hermanos gemelos, luchan por el destino del universo. Uno es el principio del bien, el otro el principio del mal. El mundo presente está dominado por el mal; pero los que entregan sus vidas a las buenas obras accederán, con el fin de este mundo, a la esfera de la luz en el mundo venidero. La otra respuesta al problema planteado por la continuidad del mal y el sufrimiento en Israel fue entonces la apertura a algu-

nos conceptos persas. El judaísmo del primer siglo de nuestra era y, por lo tanto, también el cristianismo asimilan, siempre con ciertas reservas, algo del dualismo de los persas.

En la Biblia (y apócrifos) hallamos esto en la literatura apocalíptica. Esta literatura también está en continuidad con los profetas clásicos: es la radicalización de la esperanza en el futuro, que pone sus miras ahora en la reivindicación final y total del pueblo de Dios, más allá de este mundo corrompido.

Ambas soluciones al problema del mal coexisten, si no muy cómodamente, en el judaísmo y en el cristianismo y por tanto en la Biblia. Es imprescindible entender que ambas son necesarias, se corrigen y relativizan mutuamente, y nos impulsan más allá de sí mismas. Si ambas son ciertas, las dos son incompletas. La respuesta de Job, sin una esperanza escatológica, podría conducir a la desesperación y el fatalismo. El dualismo de la literatura apocalíptica, sin Job, nos acabaría por hacer pensar que Dios pudiera admitir la existencia de un rival.

La esperanza escatológica (y por tanto la resurrección) es uno de los pilares inconmovibles de la fe cristiana. Como razonó Pablo, si no habrá resurrección Jesús tampoco pudo haber resucitado; y si Jesús no resucitó los cristianos damos pena. Pero aunque la consumación final de los propósitos de Dios se puede describir legítimamente como una victoria contra el mal (y contra Satanás), no podemos olvidar que Satanás siempre ha estado subordinado a Dios. Siempre

ha sido de alguna manera su creación y un siervo a sus órdenes.

CAPÍTULO 6.

El Consejo Divino

Decir que un cierto dualismo coexiste en el pensamiento bíblico con la convicción radical de que sólo puede haber un solo Dios, tiene que afectar nuestra comprensión de aquellos pasajes del Nuevo Testamento que mencionan a Satanás. Curiosamente, aunque muchos cristianos se sienten perfectamente cómodos con el concepto de una batalla cósmica entre Dios y Satanás, están mucho menos familiarizados con el concepto que bíblicamente tiene la función de matizar ese dualismo: el de Satanás como integrante del Consejo Divino. Sin embargo, como notaremos, algunos pasajes del Nuevo Testamento son perfectamente comprensibles desde esa perspectiva.

Esta manera de entender la relación entre Dios y Satanás también tiene un cierto ancestro politeísta. Muchos pueblos paganos creían en la existencia de un consejo de dioses como el que vimos en el mito ugarita citado. Allí convivían en palacio El, Baal, y los demás dioses. El, el Dios principal, era como un rey con sus muchos consejeros y ministros, rigiendo el destino de la humanidad. Sin embargo algunos de los

otros dioses, por ejemplo Yam y Baal, rivalizaban con El en cuanto al poder real que ostentaban. Esta explicación del orden del universo fue adoptada por los pensadores inspirados hebreos, pero con una modificación fundamental. En el Consejo Divino bíblico reina una única divinidad. Los demás están tan subordinados a su voluntad y soberanía que en absoluto se les puede concebir como dioses en su propio derecho.

El Salmo 82 nos muestra claramente la transformación que nos lleva del consejo de dioses politeísta al imperio de un Dios bíblico único, cuyo Consejo Divino le está radicalmente subordinado. Este salmo empieza describiendo la reunión de los dioses, el Consejo Divino sobre el que preside el Dios de Israel:

Dios está en la reunión de los dioses;
en medio de los dioses juzga.

Ahora bien, Dios amonesta a los dioses porque no juzgan a los hombres como debieran:

¿Hasta cuándo juzgaréis injustamente,
y aceptaréis las personas de los impíos?
Defended al débil y al huérfano;
haced justicia al afligido y al menesteroso.
Librad al afligido y al necesitado;
libradlo de mano de los impíos.

Ahora el salmista añade su propio comentario acerca de estos dioses a quienes sirven las demás naciones:

No saben, no entienden,
andan en tinieblas.

En este momento sucede algo sorprendente. De ahora en adelante hemos de ver a estos dioses convertidos en meros mortales:

Tiemblan los cimientos de la tierra.
Yo dije: Vosotros sois dioses,
y todos vosotros hijos del Altísimo;
pero como hombres moriréis,
y como cualquiera de los príncipes caeréis.

Por último, el salmista expresa su propia fe severamente monoteísta. ¡Desde ahora Dios juzgará, él solo, el destino de todas las naciones!

Levántate, oh Dios, juzga la tierra;
porque tú heredarás todas las naciones.

SATANÁS EN EL CONSEJO DIVINO

En los primeros dos capítulos de Job, Dios está en palacio y vienen a presentarse delante de él sus hijos, «entre los cuales vino también Satanás» (Job 1,6). Estamos claramente espiando una reunión del Consejo Divino. Y Satanás figura legítimamente entre los hijos de Dios que se sientan a juzgar a la humanidad.

¿Cuál es la función de Satanás en este Consejo? ¿A qué se dedica? Satanás viene «de rodear la tierra y andar por ella». La conversación subsiguiente nos indica cuál es el propósito de su andadura por la tierra. Se supone que Satanás ha estado investigando cada vida, para denunciar los pecados ante Dios. Llegando al caso de Job, al no hallar nada que denunciar, Satanás le propone a Dios un examen más

riguroso. Examen al que Dios consiente con toda naturalidad, como si fuera lo más normal del mundo. Dios entrega a Job a Satanás, para que lo someta a las pruebas y sufrimientos que él estime necesarios para establecer su verdadera lealtad. A la vez, Dios no se desentiende de Job. Da orden de que se le respete la vida.

En las dos conversaciones que Job nos relata entre Dios y Satanás en el Consejo Divino, no hay ningún indicio de rivalidad entre ellos. Satanás es claramente un hijo de Dios, subordinado y obediente a sus órdenes. Sin embargo su función específica dentro del Consejo Divino es sumamente desagradable desde el punto de vista humano. Es una especie de fiscal acusador ante el trono divino, que puede también hacer las veces de alguacil ejecutor de la sentencia. Su tarea específica en esta segunda función es la de poner a prueba la lealtad del ser humano, afligiéndolo con toda suerte de sufrimientos y tentaciones por ver si reniega de Dios. Sin embargo, su poder y su autoridad para esto le viene siempre derivada del poder y la autoridad de Dios mismo.

Si bien estos capítulos de Job son los más completos en la elaboración de esta manera de entender cómo funciona Satanás en el Consejo Divino, este pasaje no es la única instancia en la que lo vemos actuar.

En Zacarías 3,1-5 tenemos el examen de Josué, por ver si será apto para hacerse cargo del sumo sacerdocio. Satanás está presente junto al examinado, en

funciones de fiscal acusador (Zac 3,1). Evidentemente las acusaciones que presenta Satanás en este caso son muy débiles. Tanto es así que ponen a prueba la paciencia de Dios. Sin embargo la intención de Zacarías 3,2 no es indicar que exista alguna rivalidad o enemistad entre Dios y su fiscal Satanás. El propósito de este versículo es, sencillamente, demostrar que Josué es absolutamente digno del cargo al que se le ha elevado. Es uno de los dos *mesías* (ungidos) que están delante del Señor de toda la tierra (Zac 4,14).

En 1 Reyes 22,19-23 el profeta Micaías relata un nuevo episodio del Consejo Divino. Aquí no se menciona a Satanás por su nombre. Si no se trata de él, es otro consejero con funciones muy parecidas. ¿Quién inducirá al rey Acab para que vaya a la guerra en la que perderá su vida? «Un espíritu» se ofrece voluntario. ¿Cuál será su método? «Yo saldré, y seré espíritu de mentira en boca de todos sus profetas». El plan agrada a Dios, quien le envía para ejecutarlo. Tampoco está indicado aquí interpretar que haya rivalidad o enemistad entre Dios y su consejero. Al contrario, el efecto del plan es que «Yahveh ha puesto espíritu de mentira en la boca de todos tus profetas».

Algo de la desesperación de Job sufrieron Pedro y los demás apóstoles con los sucesos de la pasión de Jesucristo. «Y Pedro, saliendo fuera, lloró amargamente» (Lu 22,62), en su sencillez y brevedad, es un poema de patetismo. ¿Cómo hemos de describir esa experiencia? Jesús mismo halla los términos justos para describirla cuando le previene antes de los hechos: «Simón, Simón, he aquí Satanás os ha pedido

para zarandearos como a trigo; pero yo he rogado por ti, que tu fe no falte; y tú una vez vuelto, confirma a tus hermanos» (Lu 22,31).

Parece ser que la función y prestigio de Satanás en el Consejo Divino es tal que Jesús no puede (o no cree oportuno) intervenir para evitar que él someta a sus discípulos a tan terrible agonía mental. Los que Satanás ha pedido zarandear como a trigo, le serán entregados. Lo único que resta es interceder en oración para que Pedro supere rápidamente la prueba y luego acuda a prestar ayuda a los demás.

LOS ÁNGELES QUE VIGILAN A LA HUMANIDAD

Cuando Job nos informa que Satanás anda sobre la tierra y la rodea, espiando los pecados humanos para dar cuenta de ellos a Dios, recordamos otros episodios bíblicos en los que descubrimos que estamos sometidos a la vigilancia de seres celestiales de parte de Dios.

Un caso ilustrativo es el de Jacob en Betel (Gn 28). En su sueño los ángeles primero ascienden (Gn 28,12). Suben al cielo con su informe de lo que sucede en la tierra. El informe de la vida de Jacob no puede ser positivo. Se ha comportado siempre de una manera sumamente egoísta. Y sin embargo los ángeles vuelven a descender. Como indicando que Dios no está dispuesto a rechazarle por su egoísmo, por su pasado, sino que insiste en estar cerca a pesar de todo. En su pecado y egoísmo Jacob había imaginado que no

había Yahveh. Pero Yahveh, aunque está enterado de todo, sigue acercándose a él.

La reacción de Jacob es el temor. Ante el factor inesperado, no tomado en cuenta, de que Dios existe y se interesa en sus asuntos, Jacob descubre que sus acciones se manifiestan como egoísmo y pecado. Las acciones que podían parecer lógicas y justificables si no existiese Dios, parecen mezquinas y malvadas en su presencia.

Aquel lugar se había llamado *Luds*: «separación, exilio, perversión, maldad». Esa había sido la vida de Jacob hasta ese momento. Perversión y maldad que habían conducido a la separación de su familia y el exilio de su tierra. Pero ahora aquel lugar será llamado *Bet-El*: «casa de Dios». Ni el pecado ni el exilio lo pueden separar de Dios. ¡Sus ángeles han vuelto a descender a la tierra!

El lugar de acción de los ángeles es, entonces, la tierra. Aquí andan y merodean, trayéndonos a veces el consuelo, la presencia y la ayuda de Dios. Otras veces, como Satanás en Job, recogerán informes para llevar al Consejo Divino o ejecutarán pruebas y aflicciones sobre la humanidad.

En Zacarías 1,7-17 tenemos una visión en la que se combina esta función vigilante de los seres celestiales con el concepto de Consejo Divino. Soñando, como su antepasado Jacob, Zacarías ve «un varón que cabalgaba sobre un caballo alazán [...] y detrás de él había caballos alazanes, overos y blancos» (sin jinetes). Picado por la curiosidad, Zacarías pregunta: «¿Qué

son estos, Señor?» La respuesta: «Estos son los que Yahveh ha enviado a recorrer la tierra. Y ellos [los caballos] hablaron a aquel ángel de Yahveh que estaba entre los mirtos, y dijeron: Hemos recorrido la tierra, y he aquí toda la tierra está reposada y quieta». Su misión es entonces como la de los ángeles en el sueño de Jacob y como la de Satanás en Job 1 y 2.

A continuación el sueño de Zacarías nos transporta al Consejo Divino, donde «el ángel de Yahveh» entabla una conversación con Yahveh mismo acerca del juicio que se ha de ejecutar sobre los seres humanos a la brevedad.

Estos pasajes no mencionan a Satanás por nombre. Pero son útiles para ilustrar la naturaleza de su función en el Consejo Divino.

«El tal sea entregado a Satanás»

Los primeros capítulos de Job nos han suministrado otro dato que nos resultará sumamente esclarecedor. Hemos visto que Dios entregó a Job en manos de Satanás para poner a prueba el verdadero alcance de su lealtad. Algo que también les sucedió a los apóstoles cuando la muerte de Jesús.

En 1 Corintios 5,3-5 Pablo manda a los cristianos de Corinto entregar un hermano fornicario a Satanás, para destrucción de la carne y salvación del espíritu.

Existen dos líneas generales de interpretación acerca de lo que esto significa. Por un lado hay quien entiende que se trata de una maldición. Una ceremonia

de maleficio sagrado, en el nombre y en el poder del Señor Jesucristo (1 Co 5,4), que ocasionará la muerte instantánea del hechizado. Hans Conzelmann, en su monumental comentario sobre 1 Corintios, opina: «La destrucción de la carne no puede significar otra cosa que la muerte»[1]. A la vez, confiesa hallarse perplejo sobre el significado de la frase siguiente, la que se refiere a la salvación del espíritu de la víctima del hechizo, pronunciándola «una declaración enigmática»[2].

Los que prefieren esta interpretación no parecen caer en la cuenta de que en 2 Co 2,5-11 Pablo muy probablemente menciona a la misma persona, que sigue viva y ya ha merecido el perdón del apóstol. Si Pablo realmente estuviera recomendando la invocación de un maleficio mortal, estaría en la misma situación que aquellos discípulos que quisieron enviar fuego sobre los samaritanos. Jesús les reprendió severamente: «Vosotros no sabéis de qué espíritu sois; porque el Hijo del Hombre no ha venido para perder almas de los hombres, sino para salvarlas» (Lc 9,55-56). Jesús, evidentemente, creía que matar a una persona en su pecado significaba perder su alma. Precisamente lo contrario era lo que suponían los inquisidores cuando (¿se basarían acaso en este versículo, 1 Co 5,5?) quemaban en la hoguera el cuerpo de los herejes pensando salvar así sus almas.

---

[1] Hans Conzelmann, *1 Corinthians* (Philadelphia: Fortress, 1975), p. 97. Mi traducción del inglés.

[2] *Ibíd.*, p. 98.

Y es que esta manera de entender el versículo resulta normal dentro de las tradiciones eclesiásticas que están asociadas al poder. Al mismo Conzelmann, aunque ironiza sobre los inquisidores, no le resulta ofensivo pensar que los apóstoles anden por ahí matando a la gente con sus embrujamientos, ya que lo que está en juego es la santidad de la iglesia. Conzelmann se halla en aquella tradición eclesiástica a la que le resulta normal recurrir a la violencia y a la guerra cuando las circunstancias perecen justificarlo.

Pero desde la tradición pacifista que encontramos en algunos grupos minoritarios que fueron sometidos a terribles persecuciones por los católicos y protestantes que se encontraban a la sazón en el poder, la interpretación más normal de 1 Corintios 5,5 es entender que la «destrucción de la carne» es la destrucción de la esclavitud al pecado. Después de todo es bien sabido que «la carne» en Pablo puede significar una predisposición al pecado, a la que se puede «morir» sin dejar de vivir biológicamente (*cf.* Ro 7,5-6).

Así por ejemplo Menno Simons, un perseguido líder de los anabaptistas del siglo XVI, entiende que 1 Co 5,5 habla solamente de una excomunión provisional, que será quitada en cuanto el pecador se arrepienta:

> *Aprendemos [aquí] que debemos entregar un transgresor que no se arrepiente a Satanás. Hermanos, no es que no fuera ya una posesión de Satanás antes de ser expulsado. En cuanto volvió su corazón contra el Señor y se hizo impío, se hizo propiedad de Satanás, de la misma manera que un pecador arrepentido es propie-*

dad de Cristo. Mas ahora en voz alta por medio de la iglesia se le dice que es rechazado de la comunión de Cristo y de su iglesia, y se le dice que es enteramente de Satanás hasta que produzca frutos de verdadero arrepentimiento ante Dios y su iglesia. Esto se hace para que su carne adúltera, avariciosa, rebelde e idólatra llegue a su fin, y que se avergüence y arrepienta ante tal declaración y tal ostracismo por parte de los santos; a fin de que se hunda totalmente en cuanto a la carne, o sea, sus lujurias carnales; para que pueda de esta manera efectuarse en él el arrepentimiento y la salvación de su alma en el día del Señor Jesús[3].

Pero si recordamos que Dios mismo entregó a Job en manos de Satanás (Job 2,6), descubrimos que si bien Menno probablemente estaba en lo cierto en cuanto al arrepentimiento y reintegración a la comunidad cristiana como meta, Conzelman puede estar en lo cierto en cuanto a que el ataque afecte su integridad física.

El libro de Job nos ofrece entonces la mayor esperanza, desde dentro de la Biblia misma, de intentar adivinar lo que pensaba Pablo que sería el resultado de entregar una persona a Satanás. Desprotegido de la cobertura espiritual de Cristo y de la iglesia, el hermano excomulgado vivirá toda suerte de problemas a manos de Satanás. Pruebas y aflicciones que podrían incluir la muerte de parientes cercanos, la pérdida de su fortuna y la enfermedad de su propio

---

[3] Menno Simons, *The Complete Writings*, J. C. Wenger, ed. (Scottdale: Herald, 1956), pp. 469-70. Mi trad. del inglés.

cuerpo. Hundido en la miseria y la desesperación luchará consigo mismo y con Dios, intentando entender el porqué de su penosa condición. Como Job descubrirá, cuando ya no le quede nada, que a pesar de todo no es capaz de renegar de Dios. Se aferrará más que nunca a Dios, reconociendo su propia pequeñez e ignorancia. Al contrario de Job, en este caso tal reconocimiento tendrá que dar lugar forzosamente al arrepentimiento y el cambio de conducta. Pero este arrepentimiento (y su posterior readmisión a la comunión de la iglesia) vendrá de que en la prueba (bajo la autoridad de Satanás) ha descubierto que lo único que le interesa de verdad es serle fiel a Dios. Por lo menos esto sería lo que esperaba Pablo, ya que expresa una confianza incondicional en su salvación.

Algo así también parece ser lo que tuvo en mente Pablo el día que entregó a Himeneo y Alejandro a Satanás «para que aprendan a no blasfemar» (1 Ti 1,20). Pablo no pretende su muerte, sino su instrucción. Después de todo en este mismo capítulo Pablo confiesa haber sido él también blasfemo. En cuanto a su propio caso dice: «Mas fui recibido a misericordia porque lo hice por ignorancia, en incredulidad. Pero la gracia de nuestro Señor fue más abundante con la fe y el amor que es en Cristo Jesús» (1 Ti 1,13-14). ¿Acaso es posible imaginar que Pablo pensara que el resultado final en Himeneo y Alejandro sería distinto? Sometidos a fuertes pruebas y tribulaciones en manos de Satanás aprenderán, como Job, la justa medida de la reverencia a Dios.

Pero si Dios entregó a Job en manos de Satanás siendo Job justo, también empezamos a entender algunos de los padecimientos de Pablo. Según 2 Co 12,7-9 Pablo mismo, siendo apóstol, ha sido entregado a Satanás por Dios como Job. Pablo entiende que su enfermedad es claramente un mensajero de Satanás. Es una aflicción de su carne de la misma especie que los sufrimientos que padeció Job. Sin embargo, el motivo de este sufrimiento es el de mantenerle humilde. Satanás no lo tiene para hundirlo o destruirlo, ni mucho menos para sumirlo en vicios, depravaciones y pecados. Satanás le manda su mensajero, este aguijón en la carne, para perfeccionar en él una virtud cristiana. Cuando Pablo protesta delante de Dios por el impedimento a su ministerio que supone esta debilidad física, Dios mismo le explica la importancia de que siga sufriendo.

Aquí Satanás no puede ser un enemigo ni un rival de Dios. Como en todos aquellos pasajes que subordinan a Satanás bajo Dios en un Consejo Divino, Satanás es «un mandado» que ejecuta las inescrutables directrices de Dios.

¿Entonces existe alguna relación entre 1 Ts 2,18 y Hch 16,6-7? En 1 Ts 2,18 Satanás impide a Pablo llevar a cabo un viaje apostólico que tenía pensado. En Hch 16,6 el Espíritu Santo hace otro tanto, y en Hch 16,7 es el Espíritu de Jesús el que impide la ejecución de sus planes. Evidentemente sería escandaloso intentar equiparar a Satanás con el Espíritu Santo y el Espíritu de Jesús. Sería algo así como la imperdonable blasfemia contra el Espíritu Santo. Lo cual no nos impide

observar que dado el concepto de subordinación de Satanás bajo Dios en el Consejo Divino, las tres alteraciones de los planes de Pablo podrían atribuirse a la intervención de Dios. Posiblemente podríamos decir que en aquella ocasión (1 Ts 2,18) Dios haya entregado a Pablo en manos de Satanás para impedir su viaje.

CAPÍTULO 7.

La caída de Satanás

Una de las doctrinas populares acerca de Satanás enseña que él es un ángel caído. La *Nueva Enciclopedia Larousse*, en su artículo sobre la palabra «diablo» reza:

> *La fe cristiana enseña que Dios creó a todos los ángeles puros y buenos, y que los sometió a una prueba. Mientras unos salieron vencedores de la misma, otros resistieron a Dios, quien los condenó a los suplicios del infierno: éstos son los diablos o demonios*[1].

Lamentablemente, el articulista de la enciclopedia no nos informa de dónde saca «la fe cristiana» tan peculiar enseñanza.

De la Biblia por supuesto que no. El Antiguo Testamento prácticamente desconoce la existencia de demonios, y el Nuevo Testamento evita especulaciones acerca de su naturaleza y origen. En cuanto a Satanás, como hemos visto, la enseñanza es sumamen-

---

[1] *Nueva Enciclopedia Larousse*, Tomo 6 (Barcelona: Planeta, 1988), p. 2912.

te diversa. La versión citada por la enciclopedia no figura.

Esa versión surge en la literatura apocalíptica judía de los siglos inmediatamente anteriores a Jesucristo. Literatura en cuya inspiración divina nunca han creído ni la iglesia ni la sinagoga.

La vida de Adán y Eva, escrita en el primer siglo d.C., refleja el pensamiento fantástico típico de la época. Cuando Dios crea a Adán y Eva, manda a sus ángeles adorarles, ya que en Adán y Eva ha puesto su mismísima imagen. El ángel Miguel adora a los humanos gustosamente, pero el diablo se niega. Adán y Eva son los «hermanos menores» de la creación, y al diablo le parece injusto que los ángeles, siendo mayores y más gloriosos, los adoren. Muchos otros ángeles coinciden con él. Por esta desobediencia acaban siendo expulsados del cielo y rondan por la tierra. Entonces el diablo, para vengarse de los humanos porque entiende que ellos son la causa de su desgracia, engaña a Eva con el asunto del fruto prohibido.

Más influyente en el pensamiento de la iglesia fue el mito de los Guardianes. Aparece en varias versiones en distintos libros, y su punto de partida es el relato del matrimonio entre «los hijos de los dioses» y «las hijas de los hombres» que recoge Génesis 6. La versión de 1 Enoc es típica. Aquí el episodio bíblico toma un giro fantasioso y mitológico[2]. Dios puso

---

[2] Yo estoy convencido de que Génesis 6 es una crítica al sistema político autoritario imperante en el Medio Oriente en tiempos del Antiguo Testamento. Véase mi *Como un grano de*

Guardianes (ángeles) sobre la tierra, que se rebelaron contra Dios y contrajeron matrimonio con las mujeres humanas, originando una serie de contratiempos para la humanidad. Al morir los hijos de estos matrimonios híbridos, sus almas incorpóreas son lo que conocemos como demonios.

Justino Mártir, escribiendo hacia el 150 d.C., es el primer autor cristiano en recoger aspectos de esta versión como artículo de fe:

> *Dios estableció a sus ángeles, a quienes dio potestad sobre la humanidad, para que cuidaran a los hombres y a todas las cosas bajo el cielo. Sin embargo los ángeles abusaron de su cargo y cayeron en pecado con las mujeres, engendrando hijos, llamados demonios*[4].

Los dioses que adoran los paganos, prosigue Justino Mártir, son en realidad esos Guardianes o ángeles caídos. Ellos y su prole (los demonios) son la causa de guerras, adulterios, disipación y pecado.

Esta sarta de disparates no merecería respuesta si no fuera porque hoy hay gente que se lo cree. Génesis dice claramente que fue al hombre y a la mujer que se les dio potestad y señorío sobre la tierra, no a los ángeles. Si Satanás y los demonios cayeron 500 años (varias generaciones) más tarde, ¿quién tentó a Eva en el Edén?

---

mostaza (Terrassa: CLIE, 1988). pp. 51-55. También en: www.menonitas.org/coleccion/mostaza06.htm

[4] 2 Apol. 5. Mi traducción de una traducción al inglés.

De todas formas tanto Tertuliano como Orígenes (siglo III d.C.) siguieron esta pista, marcando el rumbo del pensamiento cristiano acerca del origen de Satanás y los demonios. Orígenes fue el primero en trazar la conexión entre el mito de los Guardianes y los pasajes de Isaías y Ezequiel que hablan del orgullo como motivo de la caída[5]. Para hacer esto hubo que entender que Génesis 6 e Isaías 14 son mitos. Luego hubo que suponer que ambos mitos son uno mismo.

Huelga observar que aquellos cristianos que se precian de bíblicos no se hallan obligados a creer estas tonterías.

EZEQUIEL 28:1-19

Ya que desde hace muchos siglos es tradición entender que Isaías 14 y Ezequiel 28 nos instruyen acerca de la caída de Satanás, es menester ver qué es precisamente lo que ponen. Cualquiera de los dos pasajes serviría para este propósito. He preferido examinar Ezequiel 28,1-19. Isaías nos daría idéntico resultado.

Para poder entender este pasaje, aunque sorprenda, hay que conocer algunas creencias cananeas. Las excavaciones de Ugarit nos brindan algunos conocimientos sobre este pueblo cuyas abominaciones Israel debía borrar de la tierra. Uno de sus mitos tiene que

---

[5] Según Jeffrey Burton Russel, *The Devil: Perceptions of Evil from Antiquity to Primitive Christianity* (Ithaca: Cornell University Press, 1977), p. 195, n. 34.

ver con la muerte de Baal, muerte que guarda relación con el cambio de las estaciones del año. El ciclo de historias que rodean este mito contiene una muy interesante. Al morir Baal, la diosa Ashirat procura que uno de sus hijos sea nombrado para sucederle. El, el dios principal, consiente con su plan.

Entonces respondió Ashirat, Señora del mar:
«¿Acaso no debíamos hacer de Ashtar, el terrible,
nuestro rey?
¡Sea Ashtar, el terrible, rey!»

Entonces Ashtar, el terrible, ascendió a la cima de
Zafón.
Se sentó sobre el trono de Baal el poderoso.
Sin embargo sus pies no llegaban al estrado,
su cabeza no llegaba a su extremo.

Y Ashtar, el terrible, habló:
«¡No puedo ser rey sobre la cima de Zafón!»
Entonces Ashtar, el terrible, descendió,
se bajó del trono de Baal el poderoso,
y gobernó sobre la tierra como su dios[6].

Parece ser que este mito cananeo sobre un dios inferior que hace el ridículo por intentar ocupar el trono dejado vacante provisionalmente por la muerte de Baal el poderoso, le vino de perlas a Ezequiel el día que Dios le inspiró para que ironizara sobre el rey de Tiro. Tiro era una ciudad cananea y su rey, Itobaal II, sin duda conocía bien el cuento. El mito habla de la

---

[6] Mito ugarita recogido por Beyerlin, *op. cit.*, pp. 215-16. Mi traducción del inglés.

ambición desmesurada que acaba haciendo el ridículo. Habla de aspiraciones de grandeza, de creerse capaz de codearse con los dioses cuando en realidad su lugar está en la tierra, su esfera de gobierno limitada a los seres humanos.

El toque de humor, en el que se descubre que «Ashtar el Terrible» no es más que «Ashtar el enano» es delicioso. Y venía perfectamente a cuento para lo que Ezequiel quería decir sobre Itobaal II.

Una profecía (Ez 28,1-10) describe el tema del orgullo del rey, que se hace aclamar como un dios. La muerte del rey que Ezequiel anuncia está asociada a una derrota militar. Su muerte a mano de hombres demuestra eficazmente su humanidad; Dios mismo no necesita intervenir para destruirle.

A continuación una endecha (Ez 28,11-19) describe más detalladamente la riqueza del rey y el hecho de que ha llegado a su posición política exaltada porque Dios mismo así lo ha dispuesto. Paralelamente, será también Dios quien le destruya.

Del contexto en esta sección de Ezequiel descubrimos que éste no es un suceso aislado. Dios está juzgando a todas las naciones del mundo y a sus líderes políticos. Nos encontramos en un momento histórico en el que Dios se está manifestando como juez de toda corrupción y altivez, en particular la de las fuerzas políticas. La evidencia más clara de esta realidad a la vez cósmica e histórica es que Dios ha permitido (o va a permitir en breve) la caída de Jeru-

salén y el templo dedicado a él mismo, que ha sido profanado.

Hemos mencionado que el pasaje nos indica que el rey se considera un dios. Los fenicios no creían en la divinidad de sus reyes, aunque otras culturas contemporáneas sí; notablemente los egipcios. La mención de su estancia en el monte santo de Dios (¿el monte Zafón? *cf.* Is 14,13; éste era el «Olimpo» cananeo) parece ser otra referencia a su presunta divinidad. La mención de su presunta presencia en el Edén parecería indicar que el rey pretendía que se le tuviera por inmortal. La mención de las piedras de fuego (¿un altar?) y de las nueve piedras preciosas que lo adornan (ecos del pectoral del sumo sacerdote hebreo) podrían indicar que el rey empezó su carrera como sacerdote. Es posible que aprovechara su condición sacerdotal para hacer creer que su política era divina.

La frase «querubín protector» reviste especial interés. Sabemos que los querubines, grandes seres alados intermediarios entre los dioses y los hombres, figuraban en la decoración del trono del rey de Biblos, ciudad próxima a Tiro. Posiblemente se creyera que protegían al reino de posibles calamidades. Parece ser que Itobaal II pretendía que se le considerase a él mismo como «querubín protector»: un emisario sobrenatural de la gracia y protección divina que presuntamente descansaba sobre su ciudad.

Todos estos presuntos atributos sobrenaturales no hacen más que dar mayor fuerza a la realidad de la derrota y la muerte que le espera.

¿Cómo se le pudo ocurrir a Ezequiel echar mano de tales frases fantásticas para describir la exaltación engreída de Itobaal II?: «En Edén, en el huerto de Dios estuviste… Tú, querubín grande, protector, yo te puse en el santo monte de Dios… Perfecto eras en todos tus caminos desde el día que fuiste creado…»

Se me ocurren tres posibilidades; puede haber alguna más. La primera, es que estas frases son hipérboles cuya intención es, de todas maneras, atribuir a Dios el poder y la influencia de la que goza Itobaal II. La segunda posibilidad, inimaginable, es que Ezequiel se hubiera creído la propaganda del culto a su personalidad fomentada por el rey de Tiro. Pero también, la tercera, podría suceder que a Ezequiel le parecieron tan absurdas, incluso cómicas, las pretensiones de Itobaal II, que se sintió libre para emplear estas frases (como el mito cananeo había usado la frase «Ashtar el Terrible») precisamente para mofarse de él.

De todas maneras es imposible suponer que Ezequiel nos estuviera revelando con este párrafo la historia verídica del intento de un ángel por ocupar el trono de Yahveh. Esta fantástica suposición no tiene ni pies ni cabeza. No viene a cuento en absoluto para los propósitos de este capítulo, en esta sección de este libro profético. Ezequiel es el profeta que más gráficamente denuncia las infiltraciones paganas al culto de Jerusalén. ¿Iba a ser él, precisamente, quien diera crédito a un viejo mito cananeo para enseñarlo como doctrina obligada? Todo lo contrario: Si emplea esta terminología sólo puede ser porque la considere tan

desacreditada, tan inofensiva ya, que no supone ningún peligro para la fe hebrea.

Su empleo de este mito es *radicalmente secularizante*. Ya no se trata de un dios que aspira a ocupar el trono de los dioses. (¡Ni qué hablar de un ángel que aspira al trono de Yahveh!) Es solamente un político con aspiraciones desmesuradas, a quien le espera una humillante derrota ante la superioridad militar de los babilonios. Es una especie de Adolfo Hitler, pero en pequeño.

Ya es triste que «la fe cristiana» haya adoptado como dogma este mito cananeo. ¡Pero sería una ironía humillante que se recurriera precisamente a Ezequiel para defender tamaño disparate! Al que denunció tan vehementemente las abominaciones paganas en el templo, al que vio salir del templo la nube de la gloria de Dios, porque no podía convivir con las creencias paganas, no se le debe retorcer el significado de sus palabras para hacer de él un paladín de la mitología cananea.

Como ya hemos mencionado, Isaías 14,4-23 es un pasaje paralelo a Ezequiel 28,1-19. Es probable que Ezequiel conociera este antecedente profético, dirigido a la sazón contra un emperador babilónico.

Un tercer pasaje es levemente paralelo. Se trata de 2 Ts 2,3-12. Allí vemos que Pablo y los tesalonicenses tenían conocimiento de que aparecería un personaje descrito diversamente como «el hombre de pecado, el hijo de perdición» y «aquel inicuo», quien se haría pasar por Dios. En la tradición de Isaías 14 y Ezequiel

28, parece referirse a un emperador romano. Sin embargo 2 Ts 2,9-12 indica claramente que la suya es una actividad satánica dispuesta (o por lo menos consentida) por Dios.

EL OCASO DE SATANÁS

El Nuevo Testamento nos dice que Satanás ha sido expulsado del cielo. Sin embargo el momento de su expulsión y lo que significa (y por tanto lo que la motiva) es muy distinto al mito de su presunta rebelión primordial.

Uno de los pasajes clave está en Lc 10,18: «Yo veía a Satanás caer del cielo como un rayo».

¿Cuándo? ¿Cómo? ¿Qué significa «yo veía»? El empleo del tiempo imperfecto griego nos brinda tres posibilidades para este caso.

El aoristo indica una acción pasada que se ha completado («yo vi»). En el caso de este verbo en particular, la acción se podría haber prolongado durante algún tiempo, pero el aoristo describiría (gramaticalmente) todo el tiempo transcurrido como un mismo «momento». Si el evangelio hubiera empleado aquí el aoristo, el sentido sería algo como: «Yo vi [en un instante, en un momento particular, irrepetible] a Satanás caer del cielo…» El imperfecto, por lo contrario y en primer lugar, indica una acción prolongada y continuada («yo veía»). Entonces el sentido sería algo como: «Yo veía [continuamente, durante un tiempo extenso en el pasado] a Satanás caer del cielo…»

El tiempo imperfecto también puede indicar la relación de la acción con respecto a otra acción o actividad. Observando el contexto en el que Jesús pronuncia esta frase, el significado sería algo como: «Yo veía [mientras vosotros estabais en vuestra misión apostólica y en relación con esa actividad] a Satanás caer del cielo…»

La tercera posibilidad que nos ofrece el tiempo imperfecto griego es lo que se llama el imperfecto iterativo. Se trataría de una acción repetitiva. Volviendo a examinar el contexto de esta frase en el evangelio, si este es un caso de imperfecto iterativo leeríamos algo así como: «Yo veía [cada vez que un demonio se os sujetaba en mi nombre] a Satanás caer del cielo…»

Ahora estamos en condiciones de intentar descubrir qué fue lo que quiso decir Jesús.

Lo que no pudo querer decir es que en algún momento lejano en el pasado, en los albores de la creación, Jesús (mejor dicho «el Verbo», antes de su encarnación como Jesús) fue testigo de la expulsión de Satanás del cielo por haberse rebelado contra Dios. Esto requeriría el aoristo, lo cual significaría una enmienda injustificable del texto evangélico.

El contexto de esta frase en el evangelio nos exige una de las dos últimas posibilidades que hemos expuesto:

a. *Una acción en relación con la misión apostólica.* En este momento histórico en particular, hacia el año 30 d.C., mientras los setenta discípulos de Jesús anunciaban el evangelio, confirmado por grandes prodigios

sobrenaturales (en particular el sometimiento de los demonios al nombre de Jesús) y posiblemente por causa de esa misión, Satanás cayó del cielo como un rayo. Hubo algo de trascendencia cósmica en el lanzamiento del evangelio, que alteró definitivamente el orden espiritual. Satanás ya no está más en el cielo.

¿Dónde está, entonces, a partir de ese momento? ¿En la tierra? ¿En el infierno? Jesús no lo indica. Tampoco es posible saber cuál modo de entender la actividad satánica tiene en mente Jesús. ¿Es Satanás aquí un enemigo derrotado? ¿Es un miembro del Consejo Divino cuya utilidad y función ha desaparecido para siempre, y que por lo tanto ya no tiene entrada al Consejo Divino? (El verbo «caer» nos indicaría que este descenso desde el cielo no sería equiparable a las otras veces que Satanás haya bajado a la tierra para observar y poner a prueba a los hombres. Se trataría de una expulsión del Consejo Divino.) Curiosamente, si es difícil saber cuál de las dos perspectivas tiene en mente Jesús en este momento, es porque en este caso da igual. De cualquier manera, desde la perspectiva de los hombres, es un adelanto.

b. *Una acción que se repetía cada vez* que uno de los setenta sujetaba un demonio en el nombre de Jesús. Esta posibilidad al principio sorprende un poco, pero pensándolo bien tiene sentido. Significaría que cada vez que una persona es liberada de un demonio (dando por supuesto que esto es lo que significa que los demonios se hayan «sujetado»), Satanás pierde la autoridad de afligir y hacer sufrir a un ser humano. Entonces la caída de Satanás del cielo es relativa a la

persona que está siendo liberada de su poder. No sería una caída del cielo absoluta, sino con respecto a ese ser humano en particular.

Aquí tampoco importa qué modo de concebir la relación entre Dios y Satanás haya tenido en mente Jesús.

Si Satanás es un enemigo que ha sido derrotado, la derrota se repite cada vez que un endemoniado es liberado. Si esa persona estaba «en la mano» de Satanás al estilo de Job, ahora está «en la mano» de Jesús ante cuyo nombre los demonios se han sujetado. Entonces diríamos que dentro de la «política» del Consejo Divino, Satanás ha sido desplazado en cuanto al control de un ser humano en particular. Sería, sí, una caída; pero no en el sentido militar, sino en el sentido político, como la caída de un ministro de gobierno. Una pérdida de influencia y autoridad directa sobre esa vida.

En Apocalipsis tenemos otra versión de la caída de Satanás. Se halla en dos parte complementarias, en los capítulos 12 y 20. Al tratarse de literatura apocalíptica estamos claramente ante una concepción dualista de la relación entre Satanás y Dios. No obstante, hay algunos factores que nos demuestran hasta qué punto es un dualismo matizado, relativizado por la fe monoteísta. Por ejemplo, Dios nunca necesita tomarse la molestia de intervenir personalmente contra Satanás, bastando para derrotarle el ángel Miguel.

La naturaleza de la literatura apocalíptica es tal que es extremadamente fácil acabar uno «entendien-

do» más de lo que realmente pone. Dos mil años de las más extraordinarias y fantásticas interpretaciones y sectarismo surgidos en torno a esta literatura tienen que enseñarnos a extremar la cautela. Es necesario optar por una interpretación minimalista; decir el mínimo absoluto que es clara y objetivamente recogible de estos párrafos.

En Apocalipsis 12 tenemos, en primer lugar, un parto que parecería indicar el surgimiento de la comunidad cristiana. La mujer (¿Israel?), a pesar de enormes contratiempos que amenazan con destruirla (¿la guerra del 66-70 d.C.?) ha logrado sobrevivir, si bien en el desierto (¿la diáspora?). Su perseguidor es un dragón, identificado como Satanás (hebreo) y Diablo (griego), la serpiente antigua (¿del Edén?), que engaña al mundo entero. Satanás intenta acabar con la incipiente comunidad cristiana desde sus mismos comienzos, pero no lo logra.

La batalla en el cielo parece describir la misma realidad desde otra perspectiva. La persecución que está sufriendo la comunidad cristiana es un reflejo del conflicto en las esferas celestiales. El resultado de ese conflicto es la derrota de Satanás.

¿A qué se debe esta derrota? Desde la perspectiva del conflicto celestial se debe a que Miguel ha prevalecido sobre él.

Pero aquí surge otra vez un cambio de perspectiva: La victoria sobre Satanás se debe a «nuestros hermanos» y es por medio de la sangre del Cordero y el testimonio de los mártires (Ap 12,10-11). A pesar de

las apariencias, el testimonio (martirio) de los cristianos dispuestos a unir su sangre a la derramada por el Cordero, constituye una victoria y no una derrota.

El efecto es claro: Ya no se halla lugar para Satanás en el cielo. ¿Ecos del Consejo Divino a pesar del marcado dualismo de este cuadro? Efectivamente. El resultado es que ya no hay quién acuse a nuestros hermanos delante de nuestro Dios.

¿A cuáles hermanos? Concretamente son estos mismos testigos (o mártires) los que ya no podrán ser acusados por Satanás. ¿Y los demás cristianos? Imposible determinarlo: Satanás está ahora en la tierra, sometiendo a terribles pruebas a sus moradores. Como Israel ha desparecido de la escena (está «en el desierto», ha perdido protagonismo) son los seguidores de Jesucristo («los que guardan los mandamientos», como Job) los que sufren su embate. Podría ser que este periplo de Satanás por la tierra reflejara una decisión tomada en el Consejo Divino.

Sin embargo, el lenguaje de derrota y expulsión del cielo parecería excluir esa posibilidad. Se ha desvanecido la perspectiva del Consejo Divino que apareció momentáneamente y vemos otra vez la perspectiva de un conflicto escatológico. Ahora bien, la persecución y el martirio en la iglesia, a la vez que revelan una enemistad irreconciliable con Satanás, paradójicamente se constituyen también en su derrota.

Habíamos observado que Jesús veía a Satanás caer del cielo como un rayo durante la misión de los

setenta y en relación a su ministerio de liberación de endemoniados (Lc 10,31). Ahora observamos que la visión de Juan nos indica que también existe una conexión entre la fidelidad hasta la muerte de los mártires cristianos y la caída de Satanás desde el cielo

¿Qué aprendemos en Apocalipsis 12 acerca de la caída de Satanás, entonces? De momento lo más claro sería que los que sufren el martirio, aunque sea Satanás quien los ha matado en la persecución, por el mismo testimonio de su martirio se han librado de que él les pueda acusar delante de Dios. Han sido sometidos a la prueba máxima y no han renegado de Dios. Los cristianos que siguen vivos continuarán padeciendo el ataque furioso de Satanás. Pese a ello, pueden confiar en que si son fieles hasta la muerte le habrán derrotado.

Esto parecería confirmar que la caída de Satanás que mencionó Jesús (Lc 10,31), haya sido relativa a la vida de cada persona liberada, más que una vez por todas.

Esto no excluye la desaparición total de Satanás al final de los tiempos. Ap 20,10 nos remite a la esperanza de que llegará el día en el que nadie más tenga que entendérselas con él[7]. (En este capítulo 20 también es curioso observar que a pesar de su dualismo clarísimo en la confrontación entre el bien y el mal —y la

---

[7] En Hebreos 2,14 esta esperanza es ya una realidad presente. La muerte de Jesucristo *ha destruido* (RV-60) al diablo. Esta traducción del verbo *katargéō* no es la más normal, pero tampoco es imposible.

victoria absoluta del bien—, el vers. 3 nos vuelve a despertar la sospecha de que los ataques de Satanás obedecen las directrices de la voluntad inescrutable de Dios.)

En vista de lo expuesto hasta aquí, un último párrafo merece mención cuando hablamos de la caída de Satanás, su expulsión del cielo según el Nuevo Testamento. Se trata de Ro 8,28-39. Aquí leemos, entre otras cosas: «¿Quién acusará a los escogidos de Dios? Dios es el que justifica» (Ro 8,33). ¿Significa esto que ya no hay acusador, ya no existe un fiscal en el Consejo Divino que pueda oponerse a la justificación de los escogidos de Dios? Esta posibilidad arroja su luz particular sobre los versículos siguientes, Ro 8,35-39, con su largo catálogo de las cosas o las personas que no pueden separarnos del amor de Cristo. Entre ellas llama la atención «ni ángeles, ni principados, ni potestades». Es imposible precisar si al redactar este párrafo Pablo tenía en mente algo parecido a la caída de Satanás descrita por Jesús y por el Apocalipsis. Es una posibilidad interesante.

CAPÍTULO 8.

El acusador y la integridad humana

La compleja figura bíblica de Satanás se complica todavía más cuando empezamos a examinar lo que se desprende del uso de la palabra *diábolos* en el Nuevo Testamento. Por un lado, «el diablo» puede ser Satanás mismo. Por otro lado, puede haber multitud de «diablos», o sea calumniadores, acusadores y tentadores. Estos no son demonios, sino seres humanos cuando actúan de la manera que estas palabras describen. Por este motivo es sumamente difícil en muchos pasajes del Nuevo Testamento saber si el acusador o calumniador en cuestión se trata de un ser humano o de Satanás.

Una manera de establecer una conexión entre todos los empleos de esta palabra podría ser atribuir al diablo la capacidad de inspirar la calumnia y acusación en el ser humano. Atribuimos las buenas obras humanas a la influencia de Dios en los hombres, sean o no cristianos, sin por ello negar que haya sido el ser humano el que ha decidido y ejecutado la acción. Algo así, salvando las distancias evidentes, podría ser lo que sucede con la conducta diabólica (la acusación a traición, la difamación).

Esto sería como decir que cuando se pronuncia una mentira se manifiesta «un espíritu de mentira» o que si se comete un asesinato opera «un espíritu de asesinato», sin que en un caso ni en el otro disminuya la responsabilidad del ser humano como agente moral. Otra manera de describir la situación, empleando un giro semita, sería decir que cuando una persona actúa de determinada manera, se comporta como un hijo de Satanás o del diablo.

Una tercera especie de expresión bíblica podía tener aquí también su explicación: Decir que Satanás o el diablo ha entrado en la persona, o que ha llenado su corazón, sería decir que su conducta es como la de Satanás o el diablo. Los escasos ejemplos de esta expresión en el Nuevo Testamento no dan pie a suponer que la responsabilidad del ser humano como agente moral disminuya en estos casos. La persona ha decidido conscientemente comportarse de esa manera. De ahí su culpa.

Ya que la palabra *diábolos* describe a una persona cuando ésta se comporta de una manera determinada, la actividad o influencia de Satanás está tan próxima a los cristianos como a cualquier otro ser humano con capacidad de decisión moral. Un cristiano también puede ser un *diábolos*, o sea, un acusador o difamador; es decir, que puede comportarse como un «hijo del diablo»; puede dar cabida al diablo en su corazón. Esto no establecería nada en absoluto acerca de su salvación o la integridad de su relación fundamental con el Espíritu Santo. Sencillamente describiría su conducta (o actitud) en esas circunstancias.

De ahí la importancia en la enseñanza apostólica de resistir el diablo (Stg 4,7) y no darle lugar (Ef 4,27).

Así también empezamos a entender por qué Satanás o el diablo es mentiroso y «padre de mentira» (Jn 8,44). En Apocalipsis descubrimos que su actividad más típica y perjudicial es engañar a todo el mundo, siendo la serpiente del Edén (Ap 12,9).

Es el que nos mete ideas falsas en la cabeza.

En primera instancia, éstas son ideas falsas con respecto al prójimo (acusaciones y difamaciones) que incluso pueden conducir al asesinato; de ahí que Jesús llama al diablo «homicida» (Jn 8,44). Pero también pueden ser ideas falsas acerca de Dios y el orden moral de su creación. Si el ser humano no está en guardia, el diablo puede acabar por trastocar y confundir sus nociones del bien y del mal. Es decir, «se disfraza como ángel de luz» cuando en realidad nos acerca a la muerte y las tinieblas (2 Co 11,14).

El verbo griego *peirázō* resume en una palabra todos los aspectos de la actividad diabólica o satánica. Significa «poner a prueba, examinar». Esta es la prueba de la integridad moral del ser humano. Integridad moral que solamente se manifiesta cuando existe la posibilidad de confundir el bien y el mal, de renegar de Dios y vivir en desobediencia. La prueba puede tomar la forma del sufrimiento inexplicable que obliga a la persona, como Job, a decidir si a pesar de todo seguirá confiando en Dios. La persecución que sufrió la iglesia del Nuevo Testamento es una variante de este tipo de prueba, que los mártires demostraban

haber superado. En otras ocasiones la prueba será totalmente interior. Lo que comúnmente denominamos «tentación» de pecado. Siempre está en juego lo mismo: descubrir si nos mantendremos fieles a Dios.

La tentación de rebelarnos contra Dios (o renegar de su fidelidad bajo la prueba) es, por definición, contraria a Dios. Por eso es tan eminentemente lógica la aseveración de Santiago: «Dios no puede ser tentado por el mal, ni él tienta a nadie» (Stg 1,13). Desde este punto de vista Satanás es, inevitablemente, la enemistad, el antítesis, la oposición radical a Dios.

Sin embargo, ya hemos visto que la Biblia nos ofrece una variedad de perspectivas sobre el bien y el mal y sobre la identidad y función de Satanás en la creación. Satanás puede ser un enemigo a derrotar, pero también puede ser un siervo de Dios, un miembro del Consejo Divino.

Ahora observemos que si las decisiones morales del ser humano han de tener integridad, tiene forzosamente que existir la posibilidad de decidir en contra de Dios. Desde esta perspectiva, el diablo es aquella fuerza espiritual que, tentándonos con la posibilidad opuesta, es necesaria para que la decisión de obedecer a Dios sea una decisión real. Dios quiso crear esta raza humana a su imagen y semejanza. Podría habernos creado como robots; seres que la alabáramos porque no tuviéramos elección, habiendo sido creados sin otra posibilidad que la alabanza. Es posible que los ángeles, querubines y serafines sean algo así. Una especie de máquina irreflexiva que alaba porque no

tiene más remedio que alabar. Pero Dios se propuso que la alabanza del ser humano fuera superior. Que nuestro reconocimiento de él fuera elegido.

Esto hace necesaria la «prueba», la tentación. Es imposible que Dios nos tiente en contra de sí mismo. ¡En ese caso ceder a la tentación seguiría siendo obediencia a Dios! Por lo tanto es necesaria la figura del diablo, tentador nuestro y difamador de Dios. El orden divino de la creación, nuestra naturaleza como agentes morales con decisión propia, hacen obligatoria su existencia.

Diciendo esto ya hemos alcanzado el límite de lo permisible si queremos atenernos estrictamente a la Biblia. La Biblia no nos dice que Dios haya *creado* a Satanás con este fin. Esto podría parecer lógico o incluso necesario, pero es una especulación ajena a la revelación bíblica.

Es posible aseverar que Satanás, al tentarnos, está cumpliendo una función legítima bajo las órdenes de Dios. Por lo menos aquellos pasajes que entienden que Satanás es un miembro del Consejo Divino así parecerían indicar.

No faltan pasajes bíblicos que den a entender que Dios tiene alguna relación con la tentación y con el funcionamiento de Satanás en la conciencia humana. El *Padrenuestro* reza: «No nos metas en tentación» (Mt 6,13). El evangelio relaciona la entrada de Satanás en Judas con la iniciativa de Jesús: «Remojó el pedazo de pan y se lo dio a Judas, hijo de Simón Iscariote. Y

junto con (*méta*) el pedazo de pan en ese momento (*tóte*) entró Satanás en él» (Jn 13,26-27).

Sin embargo, no es legítimo entender más de lo que nos sea estrictamente revelado por la Palabra. Si empezamos a desarrollar teorías para explicarlo todo, es fácil acabar responsabilizando a Dios (por indirectamente que fuera) del mal y del pecado, lo cual, amén de ser una blasfemia, es la misma contradicción lógica que rechaza Santiago al negar que Dios nos tiente (Stg 1,13). (La contradicción consiste en que la presunta desobediencia no sería tal, ya que sería fiel a una iniciativa de Dios; el pecado sería entonces un concepto imposible.)

Hasta aquí solamente podemos llegar entonces. Satanás, el diablo, el que nos ofrece la posibilidad del mal que da integridad a nuestra elección del bien, es necesario para que el ser humano sea «hijo», semejante a Dios. Desde el punto de vista antropológico, Satanás es una función de la integridad humana como agente moral. Tanto es así, que Satanás tiene obligatoriamente que tener acceso a la mente y al corazón de todo ser humano. Incluso de los que están llenos del Espíritu Santo.

Como vemos en los evangelios, esto incluye también a Jesús. Es tan necesaria su experiencia de la tentación que es el mismísimo Espíritu Santo el que lo lleva al desierto. Es porque lo ha elegido conscientemente después de considerar otras opciones, que el camino de Jesús hacia la cruz tiene valor. De ahí que en los relatos evangélicos la tentación de Jesús casi

parezca el producto de una conspiración entre el Espíritu Santo y Satanás.

De manera que la acción de Satanás en la mente y el corazón de los cristianos es inevitable y, según cómo se entienda, positiva. La opción por Dios que elegimos frente a la tentación es una constante victoria para la gloria de Dios. Así se nos ofrece la oportunidad de manifestar continuamente nuestro convencimiento de que el camino de Dios es el mejor.

CAPÍTULO 9.

Satanás y la posesión demoníaca

El tema de la posesión demoníaca y la liberación radical del temor a este fenómeno que ofrece Jesús ya ha sido abordado en los capítulos 1 al 4. Por lo tanto, nos atendremos aquí solamente a unas breves puntualizaciones que parten de observar lo que el Nuevo Testamento tiene que decir específicamente sobre Satanás o el diablo.

Satanás y los demonios parecen repartirse diferentes campos de acción, aunque todos ellos relacionados.

Como hemos observado en aquellos capítulos, en el pensamiento del Nuevo Testamento los demonios parecen manifestar su posesión en dos áreas de la experiencia humana:

Una es la enfermedad. Es imposible precisar si según el pensamiento del Nuevo Testamento todas las enfermedades se deben a los demonios. Lo que sí se puede decir es que los autores bíblicos suelen utilizar intercambiablemente, incluso con referencia a un mismo episodio, los conceptos de sanar y de liberar al enfermo de un demonio.

El otro área de acción demoníaca es el enajenamiento, la locura y el terror sobrenatural en el individuo. Se entendía que la conducta irracional, excepcionalmente inmoral o incontrolada, se debía a la posesión demoníaca. En este sentido es útil observar que el Nuevo Testamento no conoce un fenómeno de locura profana, un enajenamiento debido a causas psicológicas, sociales, de estrés, etc. Los autores del Nuevo Testamento entienden que la locura es un proceso demoníaco. Aunque hay que recordar que Mateo también atribuye a la luna un poder maléfico (Mt 4,24; 17,15). Es imposible precisar si el lunatismo se entiende como proveniente de una causa natural o sobrenatural; la distinción entre causas naturales y sobrenaturales es demasiado moderna para venir a cuento en la lectura bíblica.

Por contrapartida el diablo o Satanás parece tener tres campos de acción, también relacionados entre sí:

En primer lugar, Satanás actúa en la mente humana (el corazón humano). Aquí Satanás es la dimensión negativa aunque necesaria del libre albedrío, como acabamos de observar en el capítulo 8.

En segundo lugar, Satanás aparece como protagonista de la oposición al evangelio y la persecución de la iglesia. Se ha hecho totalmente con el poder en la sociedad humana (probablemente por el efecto de la rebeldía contra Dios que estimula en cada individuo). Desde el poder político, intelectual, sociológico y religioso (donde estimula la «injusticia estructural» o sistémica y la deshumanización del individuo) dirige

el curso de las naciones. En este sentido «el mundo» es suyo, es su radio de acción. Así sucede que la expresión «el mundo» tiene un valor negativo en ciertos pasajes del Nuevo Testamento; el mundo se rige por los valores de Satanás. De ahí que el mundo, que ha rechazado ya a Jesús, se ensañe también con sus discípulos (Jn 15,18-19). Es en el Apocalipsis que vemos más gráficamente el papel de Satanás como protagonista en la persecución de la iglesia.

En tercer lugar, en algunos pasajes Satanás aparece como un miembro del Consejo Divino en torno al trono de Dios. Aquí denuncia a los seres humanos como un fiscal riguroso que busca a quien atrapar en su pecado (1 P 5,8), y ejecuta las pruebas sobre aquellos que han de confirmar su lealtad por medio del sufrimiento (1 Co 5,5).

El Nuevo Testamento establece cierta conexión entre Satanás y los demonios, pero no parece que fueran a ser una misma cosa. La relación entre Satanás y los demonios parece ser una de causa y efecto, respectivamente.

Así es que no leemos de ningún caso de posesión diabólica o satánica, aunque leemos de posesiones demoníacas. Satanás puede tener cabida en el corazón de un individuo, incluso del de un cristiano; pero en el Nuevo Testamento esto nunca supone una posesión demoníaca. «Satanás en el corazón», como ya hemos visto, es la opción por el mal conforme al libre albedrío humano.

Así se explica cómo es que en el Nuevo Testamento no leemos de ningún caso en el que Satanás o el diablo haya sido expulsado de un individuo poseso. Si «Satanás en el corazón» es la opción por el mal decidida libremente por el ser humano, el único que puede cambiar la situación es ese mismo ser humano. Una intervención «liberadora» desde fuera supondría la anulación de la integridad del ser humano como agente moral. Esto sería deshumanizante. En cuanto deshumanizante, sería contrario a la voluntad creadora de Dios, destruyendo en el ser humano la «imagen de Dios». Pero si esta supuesta liberación es contraria a la voluntad de Dios, responde entonces forzosamente a la potestad de Satanás. Esto constituiría una situación que Jesús estimó absurda: que Satanás echara fuera a Satanás (Luc. 11,17-18).

¿Cómo ha de echar de su propio corazón a Satanás el ser humano? En 2 Timoteo descubrimos el pasaje que con más claridad lo explica:

> *Porque el siervo del Señor no debe ser contencioso, sino amable para con todos, apto para enseñar, sufrido; que con mansedumbre corrija a los que se oponen, por si quizá Dios les conceda que se arrepientan para conocer la verdad, y escapen del lazo del diablo, en que están cautivos a voluntad de él* (2 Ti 2,24-26).

Aquí vemos que «los que se oponen» están efectivamente cautivos a la voluntad del diablo; han caído en su «lazo» (su trampa, red o celada). Han optado tan firmemente por el mal que ya no pueden optar por el bien. Sin embargo, la corrección amable,

apacible y paciente de los siervos del Señor puede rectificar la situación, renovando en la persona la capacidad del arrepentimiento y el reconocimiento de la verdad de Dios. La importancia de reconocer la verdad es evidente cuando recordamos que la obra típica de Satanás es el engaño (Ap 20,10).

En pocas palabras, la persona moralmente dominada por Satanás obtiene su liberación cuando le es concedida la gracia de reconocer la verdad y arrepentirse.

Para esto son necesarias la evangelización y la sana doctrina. Nótese la importancia de la actitud humilde y sufrida del que le instruye. No es esta una situación en la que hace falta «tomar autoridad». Lo que hace falta es persuadir espiritualmente con razonamientos justos y especialmente con el testimonio de una vida recta.

El ejemplo bíblico de Judas Iscariote es el que se suele esgrimir para decir que (1) los cristianos pueden resultar endemoniados si se descuidan; o (2) pueden arrastrar una posesión demoníaca secreta durante largos años de su vida cristiana (incluso en la plenitud del Espíritu Santo); y que por lo tanto (3) el exorcismo es una respuesta pastoral indicada frente a la carnalidad o el crecimiento arrestado del cristiano.

En la Tercera Parte de este libro se exponen con detenimiento los pasajes que mencionan este caso (bajo la palabra *Satanás*, en Lc 22,3 y Jn 13,27, pp. 170-174 y 175-176, respectivamente). Lo único que resta es exponer aquí como conclusión lo que allí se plantea

como interrogante: Satanás no es un demonio más entre muchos otros demonios. Así se comprende, según las líneas que acabamos de exponer, que Jesús no echara a Satanás de Judas cuando entró en él durante la Última Cena.

Lo que nos dicen los evangelios al contar que Satanás entró en Judas no tiene en absoluto nada que ver con la posesión demoníaca. Tiene todo que ver con su decisión libre y consciente de entregar a Jesús a las autoridades que deseaban matarlo.

Pueden esgrimirse otros argumentos de variada índole para mantener una doctrina sobre la conveniencia de practicar el exorcismo a los hermanos cristianos. Ya que no atañen a lo que podemos aprender sobre Satanás en el Nuevo Testamento, no incumbe entretenerse con ellos aquí. (Esto no es decir que tales argumentos sean desdeñables o carentes de seriedad; sencillamente es atenerse a las limitaciones de este estudio[1].)

---

[1] Sobre el valor relativo de la experiencia personal y las Sagradas Escrituras, recuerde el lector lo expuesto en el capítulo 3 y, especialmente, el capítulo 4.

CAPÍTULO 10.

Respuestas bíblicas al problema del mal

¿Quién es Satanás y por qué existe?

Después de todo este andar, descubrimos que esa no es la mejor pregunta. Mejor sería preguntarnos: «¿Por qué el mal?»

¿De dónde vienen la tentación, el pecado, la maldad, el sufrimiento, la corrupción, la tristeza, la muerte, todo lo que experimentamos como negativo?

La fe monoteísta bíblica vive esto como un auténtico dilema y sus autores se sienten libres de ensayar una variedad de respuestas. Repasemos brevemente algunas de ellas.

1. La explicación más radicalmente monoteísta atribuye al Dios único la responsabilidad por el mal tanto como por el bien. Así vemos en Gn 32,22-32, por ejemplo, que Jacob se queda solo una noche y se le presenta «un varón» con el que entabla una lucha terrible que dura toda la noche. Jacob se defiende como puede, pero cuando el varón descubre que luchando hombre a hombre no puede vencerle, le

«toca» mágicamente provocándole una lesión. Descubrimos al continuar nuestra lectura del párrafo que este varón que ha salido a atacarle en medio de la soledad y oscuridad de la noche, este ser que le deja cojo sin ofrecer la más mínima explicación, es Dios mismo. ¡Esto sucede cuando Jacob cruza el río para volver a su tierra, obedeciendo fielmente lo que Yahveh le ha mandado! (Gn 31,13).

En Éxodo 4,18-31 descubrimos otro episodio por el estilo. Moisés, obedeciendo la revelación de Yahveh en la zarza ardiente, se dirige a Egipto. Y he aquí que Yahveh mismo le sale al encuentro en una posada para matarle. Un rito de sangre que se le ocurre a Séfora logra alejar a este extraño Yahveh malévolo, que se comporta como un vulgar demonio para impedir que Moisés lleve a cabo el plan de salvación y éxodo.

Parecido a estos casos sería también el del sacrificio de Isaac (Gn 22). Dios mismo tienta a Abraham con la idea de ofrecer un sacrificio humano. Esto es algo que los profetas de Israel denunciarían con vehemencia en el futuro de la nación. ¿Hay algo más triste en la Biblia que los reyes de Jerusalén pasando a sus hijos por el fuego? Sin embargo, es lo que Dios le manda hacer a Abraham. ¡Suerte que interviene «el ángel de Yahveh» para impedir la consumación de tamaño crimen!

En estos pasajes se responsabiliza a Dios directamente de la maldad en el mundo, del mal irracional e inexplicable. En este esquema de las cosas, según se

desprende del caso de Faraón cuyo corazón endureció el Señor, Dios puede ser incluso el tentador que atrapa al hombre para que cometa el pecado por el que será condenado.

Este ensayo sobre el origen del mal satisface en cuanto a su monoteísmo radical. Sólo puede haber un ser espiritual supremo digno de ser llamado «Dios». Pero es incompleto porque no se corresponde con otros aspectos de la revelación divina, en particular en cuanto al carácter benévolo de Dios. Si Dios es caprichoso e irracional, pudiendo salirnos en cualquier momento con una de éstas, acaba inspirando terror más que amor.

2. Otra explicación del origen del mal es la que subordina el mal bajo Dios, recogiendo la metáfora del Consejo Divino que ofrecía la cultura cananea en la que se desarrolla la fe hebrea.

Esto no necesita mayor explicación después de lo expuesto en el capítulo 6.

Solamente observar que esta explicación también satisface, al mantener un monoteísmo casi tan riguroso como la primera, sin responsabilizar directamente a Dios del mal inexplicable. Son otros seres espirituales (hijos de Dios, dioses subalternos, ángeles, etc.) los que de vez en cuando toman iniciativas contra los justos. También es incompleta, porque por un lado sigue admitiendo que Dios sea responsable, aunque ahora indirectamente, de la tentación al pecado y del sufrimiento inexplicable de los justos; y por otro lado, nos pone en la complicación de estar sometidos a las

influencias dispares de una multitud de seres celestiales.

3. La tercera explicación es fuerte donde las otras son débiles, y viceversa. Es la que ofrece mayor esperanza; si bien es una esperanza futurista en la consumación de los tiempos cuando Satanás será vencido. Es la que abre mayor distancia entre Dios y el mal, en la persona de Satanás como rival o alternativa moral contra Dios. Su virtud es también su debilidad, ya que para separar a Dios del mal y darnos la esperanza del triunfo final del bien, nos deja en un presente dominado por el antiDios malévolo. Roba de la unicidad de Dios para permitir que Dios sea solamente benigno.

Históricamente ésta es la última explicación en surgir y se nota en ella claramente la influencia de la cultura persa, así como el concepto del Consejo Divino dejaba ver la influencia de la cultura cananea.

Esta tercera explicación también satisface, en cuanto Dios inspira confianza y amor al ser amor y bondad absoluta, sin ninguna sospecha de maldad, ni siquiera indirectamente. «Dios es luz y no hay ningunas tinieblas en él» (1 Jn 1,5). A la vez es incompleta, porque admite de alguna manera que Dios pueda tener un rival, que para colmo de males es el que por ahora tiene preeminencia en los asuntos del mundo.

Puesto que aceptamos como legítimo el canon de las Escrituras, hemos de aceptar también que todas estas respuestas bíblicas al problema del mal son ciertas. Esto solamente es posible si a la vez cada una de ellas es incompleta por sí sola. El problema del mal es

lo bastante complejo como para que necesitemos más de una explicación bíblica. Cada aproximación bíblica al tema aborda un aspecto y por lo tanto es a la vez reveladora y parcial. Todas ellas son necesarias, lo cual significa que ninguna de ellas debe predominar en nuestro pensamiento hasta el punto que olvidemos las demás.

Aquí es necesario reconocer dos cosas fundamentales e importantes acerca de las culturas bíblicas. En primer lugar su manera de pensar y expresarse es distinta a la nuestra. Nuestra manera de concebir la realidad es la de formular proposiciones lógicas. Éstas abren el camino a una serie de proposiciones derivadas mientras excluyen otras por incompatibles. Si $A=B$, $B=C$ y $C\neq D$, entonces $A=C$, $A\neq D$ y $B\neq D$.

Sin embargo, las culturas bíblicas piensan y explican con metáforas y narraciones. Las culturas en las que la Biblia se forjó suelen describir la realidad por medio de mitos. Los mitos son cuentos que explican gráficamente el porqué de las cosas. En el lenguaje de nuestros días, entendemos que las palabras «mito» y «mentira» son sinónimos. Esto es tan injusto como decir que la descripción del universo elaborada por Newton sea «mentira» porque ha sido superada por la teoría de la relatividad general. Los mitos no pretendían ser un engaño, sino una explicación del universo. Una explicación en forma de narración fantástica, ya que esa era la manera predilecta de razonar en esas culturas.

La Biblia es parte de ese mundo. Nosotros nos plantearíamos: «¿Cómo es posible que sufran los justos?», y expondríamos una serie de razonamientos con pretensiones de lógica y coherencia. La Biblia emprende esa misma labor diciendo: «Había una vez un hombre que se llamaba Job…»

La segunda cosa que debemos reconocer es que aunque esta manera de pensar y expresarse es distinta a la nuestra, no es por ello inferior. Al contrario; para explicar ciertas realidades probablemente es superior, por admitir una mayor complejidad conceptual. No hay que pensar que aquellas culturas eran «primitivas». Lo que a nosotros se nos antoja una manera fantástica, supersticiosa, incoherente e ingenua de describir la realidad, puede parecérnoslo porque nuestra propia manera de describir la realidad sea demasiado simplista y unilineal.

Volviendo al tema en cuestión: Satanás, el mal y todo eso. Nosotros reunimos toda la información que nos revela la Biblia y nos hacemos un lío confuso. Hay un solo Dios, creador de todo lo que existe. Dios es amor y bondad. Dios no puede desear el mal y por lo tanto no puede crearlo; no es tentado por el mal ni tienta a nadie. Satanás existe. El mal y la maldad existen. El sufrimiento de los justos es una realidad. Computamos todo esto y cuanto más lo pensamos, menos lo entendemos.

Aquí es donde la presentación bíblica se muestra superior. Sus diversas narraciones no intentan incluir en una explicación única todos los datos posibles, sino

sencillamente ilustran por separado cada aspecto de la cuestión. ¿Es responsable Dios del mal? Sí, según se desprende del endurecimiento del corazón de Faraón; más o menos, según se desprende del permiso de fastidiar a Job que recibe Satanás; en absoluto, según se desprende de la lucha cósmica entre Satanás y Miguel.

A nosotros esto no nos satisface. Queremos saber si sí o si no; a secas y sin rodeos. La Biblia nos dice que sí y también que no, según. ¿Según qué? Según desde qué perspectiva narrativa se aborde el tema.

Es como el destino final de los pecadores. En la Biblia tenemos dos respuestas. Por un lado, la justicia de Dios requiere que los pecadores sean castigados con sufrimientos y muerte eternos. (Ya aquí nosotros entenderíamos que hay una contradicción: ¿Cómo pueden ser coeternos la muerte y el sufrimiento?) Por otro lado la gloria de Dios requiere que toda rodilla se doble y todo ser creado reconozca humildemente y ame fervientemente a su Creador, reconciliándose con él para su alabanza eterna. La muerte misma será la postrera víctima; nadie quedará en su poder.

O sea, que la respuesta bíblica a la pregunta «¿Qué será de los pecadores?» depende de la perspectiva desde que se aborde. Si desde la justicia o desde la gloria de Dios[1].

---

[1] *Cf.* una exposición magistral sobre el particular en M. Eugene Boring, "The Language of Universal Salvation in Paul", *Journal of Biblical Literature*, Vol. 105 (junio, 1986), pp. 269-292.

Los occidentales no sabemos por dónde coger esto. Nuestra manera lineal, proposicional y deductiva de concebir la realidad no puede admitir tal complejidad, desechándola por incoherente. Preferimos limitar nuestra comprensión de la realidad a un solo aspecto. Entonces algunos creen en un castigo eterno y otros creen en la salvación universal. Puesto que ambos se fundan en una lectura (parcial) de la Biblia, se creen justificados para recriminar al contrario su perversa distorsión del mensaje bíblico.

Al hablar de la diversidad de la respuesta bíblica al problema del mal es necesario mencionar, por someramente que sea, otras respuestas además de las que hemos examinado.

1. Algunos pasajes tienden a explicar el mal antropológicamente. Aquí el hombre es el responsable del mal. Es por su libre decisión que existen el pecado, la maldad, la rebeldía contra Dios, el sufrimiento y la muerte. Toda enfermedad, todo sufrimiento, la corrupción de la naturaleza, el peligro ocasionado por animales salvajes, la muerte misma, todo es explicable desde el pecado humano, sin mención de fuerzas sobrenaturales.

2. Otros pasajes, especialmente del Antiguo Testamento, entienden que los dioses de las demás naciones sí existen; que son dioses de verdad. Son dioses falsos no en el sentido de que no existan, sino en el sentido de que la vida que propugnan es una vida falsa, que conduce a la injusticia y la muerte. Dios está celoso de la adoración y obediencia que reciben estos

dioses ajenos, exigiendo una lealtad única a su propia deidad. Estos dioses seducen a Israel, que se contamina con sus abominaciones al no mantenerse separado de los pueblos que los adoran.

3. En ciertos pasajes del Nuevo Testamento, «la carne» y «el mundo» figuran como enemigos. Prácticamente se les llega a atribuir personalidad y voluntad propia en rebeldía contra Dios y sus mandamientos.

CAPÍTULO 11.

Un ensayo sobre el problema del mal

Hemos observado que los autores bíblicos recogen conceptos de su cultura general con toda naturalidad. Si la cultura cananea describe el universo con mitos acerca de la asamblea de los dioses, algunos autores bíblicos recurren al mismo esquema para explicar la realidad desde la perspectiva de la fe hebrea. Si la cultura persa explica el universo recurriendo a una mitología en la que el dios del bien y el dios del mal se enfrentan en una batalla cósmica, algunos autores bíblicos aprovechan estos esquemas lógicos, expresando con ellos la revelación profética.

Ninguna cultura es sagrada en sí misma. No lo es la cultura cananea, por supuesto, ni tampoco la persa. Pero tampoco es sagrada la cultura hebrea. Una parte importante de la revelación bíblica es que Dios se acerca al hombre donde el hombre está. En cada cultura, en cada idioma, Dios se acerca. Por eso no sólo es posible, sino que es necesario traducir las Escrituras al idioma nativo en cada situación misione-

ra. Por eso también es legítima la adaptación del cristianismo a las formas culturales de cada pueblo en el que se predica.

Ahora bien, si las formas culturales en las que se vuelca la revelación que inspira la Biblia no son sagradas en sí mismas, debería ser posible distinguir entre la revelación y sus formas.

La revelación bíblica no consiste en que haya, efectivamente, un Consejo Divino del que Satanás es un integrante, y en el que se decide el destino humano. Esa es la forma cultural (cananea en este caso) que toma la revelación de la soberanía de Dios y su distanciamiento efectivo de lo que motiva el sufrimiento de los justos. La revelación bíblica no consiste en que Satanás sea, efectivamente, un poderoso antiDios que será derrotado al final de la historia. Esa es la forma cultural (persa en este caso) que toma la revelación de la incompatibilidad entre Dios y el mal, y la promesa del establecimiento absoluto del bien en un futuro prometido.

Dada la diversidad de los intentos bíblicos por explicar el problema del mal en formas culturalmente comprensibles, probablemente sea justo intentar un esfuerzo por describir esa realidad desde nuestra propia cultura.

Veamos ahora un intento por explicar estas realidades desde mi propia perspectiva culturalmente condicionada. La ofrezco como un ensayo, un experimento. A alguno le puede parecer profundo. A otros les parecerá una sarta de disparates y espe-

culaciones que no guardan relación con su propia experiencia. Estoy convencido de que la manera que concebimos de la realidad afecta nuestra experiencia de la realidad. Respeto todas las experiencias, sugiriendo humildemente que mi propia experiencia también puede ser válida. Pediría que el éxito o fracaso de este ensayo explicativo se midiese por su correspondencia o no con la revelación bíblica.

La relación entre Dios, Satanás, el universo material y el hombre

Empezaremos con un círculo (Fig. 1) que describe el principio divino; Dios, que es el todo en todo y en quien todas las cosas tienen su existencia. Dios es Yahveh, el que es. Es el principio de la existencia. Por eso en él se halla el principio creador, generador.

Fig. 1.



En él se halla asimismo el principio del Bien. El Bien en Dios, según la revelación bíblica, no es un Bien abstracto. Dios es bueno en relación. Por eso en la Biblia la expresión de Dios como Bien se refiere

siempre a la manera en que se relaciona con los seres humanos: Dios es amor. Es justicia. Es misericordia. Es salvación. Dios es el principio de la armonía en toda su creación. Es decir, que Dios genera *chalom*, paz.

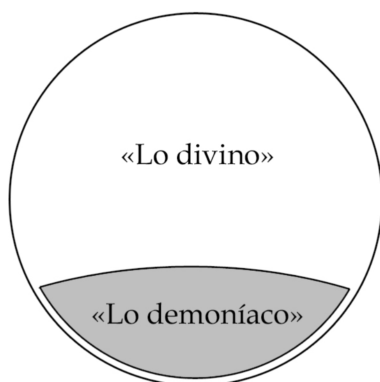
Todos los principios positivos que reúne Dios tienen su contrapartida negativa. Decimos que Dios es Yahveh, el que es. Sin embargo, desde el momento que hay el existir, hay también la posibilidad de no existir. La nada ni existe ni deja de existir en sí misma. Se revela como nada desde el momento que exista algo. Si Dios no existiera no sería posible la «no existencia». El acto de crear, crea en sí mismo la posibilidad de destruir, antes inexistente.

Desde que existe el amor, existe también la posibilidad del rechazo. Fuera de la posibilidad de amar, la posibilidad de rechazar es nula. Desde que Dios expresa su Bondad en relación, existe la posibilidad de la indiferencia. Que Dios sea el Bien da lugar, aunque indeseada, a la posibilidad del Mal. Es como un espejo. Sólo puede reflejar lo que exista fuera de él. Y todo lo que refleja aparece forzosamente invertido. En el espejo la izquierda se convierte siempre en la derecha.

El principio del mal es el espejo de Dios. El mal es, pues, la no existencia, el caos. Y puesto que el Bien del Dios bíblico es siempre Bien en relación con el ser humano, el Mal será siempre Mal en relación al ser humano.

Esto es lo que podríamos llamar del principio de «lo demoníaco» o Satanás (Fig. 2). Está en Dios porque depende de Dios al ser la negación de Dios. Sin embargo es contrario a Dios. Así como la desobediencia necesita que primero haya un mandamiento y sólo tiene sentido con respecto al mandamiento, «lo demoníaco» solamente tiene sentido como la negación de «lo divino». Por eso dibujamos «lo demoníaco» dentro de «lo divino»; su «existencia», que es realmente el principio de la nada, depende de la existencia de Dios; deriva de la existencia de Dios.

Fig. 2.



Si Dios es Verdad «lo demoníaco», Satanás es falsedad, engaño, mentira. Si Dios tiene poder, Satanás no es que tenga poder, sino que es el principio de la negación del poder de Dios. Es el caos, el proceso contrario a la creación. Su presunto poder no es más que la desaparición del poder creador, sustentador y liberador de Dios. Diríamos que los demonios no tienen poder; técnicamente ni siquiera existen. Son sencillamente un hueco de «nada» donde no llega la Gracia, la Creación, el Poder moral sustentador del

universo. Sus supuestas obras y milagros son lo que sucede cuando Dios ya no llega con su gracia, su providencia y su salvación. Son como la explosión de un globo. Hace mucho ruido pero lo único que ha pasado es que la estructura del orden, el globo en este caso, ha cedido al caos. La enfermedad, la locura y la perversión demoníacas son lo que sucede cuando Dios ya no mantiene la salud, la cordura y moralidad del individuo que se ha entregado a «la nada».

Si Dios es personal, «lo demoníaco» no es ni impersonal; eso sería poco. «Lo demoníaco» es anti-personal. Es la negación de la personalidad. Si Dios es comunión y amor hasta tal punto que al crear a la humanidad en su imagen tiene que crearla varón y mujer, «lo demoníaco» es Soledad que destruye a todo lo que toca. Por eso el fin de Satanás, según Apocalipsis 20, es desaparecer, ser nada. De la nada vino, «nada» es, y la nada es su destino. Mientras tanto, ahora, por un poco de tiempo, engaña a la humanidad con la mentira de que «la nada» sea algo por lo que merezca la pena negar a Yahveh, el que es[1].

Si «lo demoníaco» es el reflejo involuntario de la existencia de Dios como ser benigno y creador, el

---

[1] He descubierto que mi descripción de Satanás como un ser cuya esencia es la negación de la existencia no es muy original. Ésta es una entre varias maneras que diversos filósofos cristianos han intentado describir a Satanás. Véase por ejemplo Jeffrey Burton Russel, *The Devil: Perceptions of Evil from Antiquity to Primitive Christianity* (Ithaca: Cornell University Press, 1977), pp. 223-228. En honor a la verdad, Russel le halla ciertas deficiencias a este planteamiento.

universo material es su creación voluntaria y amada. También está en Dios, quien lo ha creado y lo sustenta (Fig. 3).

Fig. 3.



Este es nuestro universo científicamente observable, compuesto de materia, energía, espacio y tiempo. Contiene la vida como principio químico, evolutivo y biológico. La vida biológica incluye ciertos tipos de conducta predeterminada en los organismos vivos, incluso en el hombre. Por la estructura biológica y cerebral, incluye también en los seres humanos la capacidad racional, la lógica, las matemáticas, el lenguaje y la estética; cosas para las cuales cada ser humano normal nace ya predispuesto.

He dibujado el universo material también en Dios, queriendo representar así que Dios está presente en todo él. Así el mundo revela la gloria de Dios aunque sin ser Dios. Su revelación del Creador es siempre incompleta; Dios no es directamente cognoscible desde la observación del universo material porque Dios es mucho más que lo deducible de éste. En parti-

cular, es la revelación bíblica la que nos enseña al que es Bueno en relación con la humanidad.

Llegamos así a la humanidad, representada aquí como Dios la creó a su imagen: varón y mujer (Fig. 4).

Fig. 4.



El ser humano está firmemente anclado en el universo material. Como ser biológico, su primera realidad es la existencia dentro del universo de la creación de Dios. Ya hemos observado que un elevado porcentaje de su conducta diaria y la estructura de sus emociones, su lenguaje, pensamiento y lógica, le viene genéticamente predeterminado. Como ser material que es, está severamente limitado temporalmente: solamente puede recordar el pasado; no puede recordar el futuro.

Sin embargo es consciente de «lo divino» y por tanto también de su reflejo invertido, «lo demoníaco». Es sensible tanto al amor y la esperanza como a la maldad y el terror. Puede relacionarse con Yahveh, el que es, y puede descubrir la soledad, «la nada», Satanás y sus demonios, en una antirrelación que destruye

su personalidad. Desde su sensibilidad a Dios, el ser humano reconoce los milagros, o sea, puede descubrir el significado de ciertos eventos en su existencia material. Consciente del poder negativo de «lo demoníaco», desarrolla técnicas para controlar, y si hace falta exorcizar, la aterradora ausencia de Dios, ausencia que él vive como una presencia malévola.

Sensible a la realidad divina, responde con estructuras culturales para el culto, la adoración y la religión. Sensible a la realidad demoníaca, responde con estructuras culturales para la magia, la manipulación de las fuerzas negativas para su propia ventaja, e *in extremis*, la expulsión de estas fuerzas cuando resultan incontrolables.

Sin embargo Jesús nos abre nuevas posibilidades. En lugar de responder a «lo divino» con estructuras religiosas que se vuelven opresivas dividiendo a la humanidad, su culto es «en espíritu y en verdad» (Jn 4,23). Su invitación es que los demás también adoremos así.

En lugar de responder él a «lo demoníaco» con técnicas de control y exorcismo, ante su presencia son los demonios los que se denuncian solos y desaparecen en el abismo. Esos bolsos de «nada» en la creación de Dios, con su terrible efecto perturbador de la naturaleza y su poder de engaño sobre la mente humana, no le pueden resistir.

Por eso es importante descubrir en el Nuevo Testamento que la iglesia primitiva normalmente no utilizaba técnicas exorcistas paralelas a las de su medio

ambiente cultural, ni reconocía un don o ministerio de exorcista. Sencillamente traían a cada situación la Presencia de Dios. Ante Yahveh el que es, el Espíritu Santo en los cristianos, los demonios siempre desaparecían rápidamente según el testimonio del Nuevo Testamento. Esto se experimentaba como una mejora repentina de la salud o del estado de enajenamiento mental en el individuo afectado por el caos demoníaco. Se restituía el orden de la creación en la persona.

UNA PERSPECTIVA ANTROPOCÉNTRICA

Veíamos anteriormente que la Biblia responde de distintas maneras a nuestras preguntas, según la perspectiva desde que nos viene la respuesta. Si la perspectiva es el monoteísmo, entonces Dios parecería ser responsable del mal. Si la perspectiva es la bondad absoluta de Dios, entonces la maldad proviene de Satanás, a quien Dios ha de expulsar del cielo.

El ejercicio de descripción de la relación entre Dios, Satanás y nosotros que acabamos de hacer, parte de una perspectiva teocéntrica. El punto de vista allí es Dios. Entonces el mal y la maldad son el reflejo negativo del bien y la benignidad divinos.

Ahora si nuestro punto de partido es antropocéntrico, esta nueva perspectiva nos dará una descripción algo distinta de la realidad.

Desde la perspectiva del hombre, el mal y la maldad son una función de la integridad moral del ser humano. Esto es lo que ya hemos expuesto en el capítulo 8. El ser humano sólo puede ser humano (hijo de

Dios a imagen y semejanza de su Creador) si su amor y adoración son una opción elegida. Y solamente se puede elegir si existe más de una posibilidad. Ante el mandamiento de Dios, el ser humano sólo puede obedecer con integridad como agente moral si tiene la posibilidad real de desobedecer.

Desde esta perspectiva Satanás depende absolutamente del ser humano. Desde esta perspectiva antropocéntrica, si ningún ser humano le diera lugar, si todos los seres humanos le resistieran, Satanás desaparecería. Cuando por la libre decisión de cada ser humano ya no exista la posibilidad real de volverle la espalda a Dios, Satanás habrá sido vencido totalmente. Nadie le tendrá en cuenta para nada en nada. Esto equivale a dejar de existir.

Todos los cristianos tenemos áreas de nuestra vida en las que Satanás ya no nos puede tentar de verdad. Hay cosas que tenemos ya tan decididas que ya no las decidimos más. Hemos optado por Dios y no hay vuelta atrás. Para unos son las adicciones a las drogas las que nunca constituirán una tentación real. A otros es imposible tentarlos con la promiscuidad o la violencia de género. Otros ya no pueden dudar de la fidelidad de Dios en los momentos de prueba.

A medida que avanzamos en la relación con Dios, asumiendo una decisión tras otra con integridad, Satanás va desapareciendo de nuestros corazones. Es decir, que su facultad tentadora, su capacidad real de generar el mal en el corazón del cristiano, tiende a desaparecer. Esto será absoluto en la resurrección.

Cruzaremos al otro lado de la muerte con nuestras decisiones ya tomadas conforme a la integridad de nuestro albedrío humano. Desde nuestra perspectiva, Satanás habrá dejado de existir. Habrá desaparecido totalmente su capacidad de tentarnos y tampoco tendrá nada de qué acusarnos ante Dios.

Desde esta perspectiva Jesús es nuestro precursor y ejemplo en la victoria sobre Satanás en nuestro interior. Él fue tentado en todo. Satanás tuvo su momento con él. Sin embargo, su opción fiel y constante por Dios hasta la cruz, rompió definitivamente el poder con el que Satanás tenía cogida a la raza humana. Satanás no le pudo engañar; es decir, no tuvo poder sobre él.

Éste es también nuestro propio futuro en Cristo. La resurrección de Jesucristo ha despojado a Satanás de su poder de engaño sobre nosotros. Según el lenguaje de Pablo, «[despojó] a los principados y a las potestades, los exhibió públicamente, triunfando sobre ellos en la cruz» (Col 2,15). En la fidelidad de Cristo hasta la cruz hemos descubierto que si resistimos al diablo, huirá de nosotros (Stg 4,7).

Somos una nueva creación (2 Co 5,17). El pecado ya no se enseñoreará más de nosotros (Ro 6,14). El viejo hombre ya ha muerto; sólo nos falta despojarnos de él y revestirnos del hombre nuevo (Ef 34,22-24). Habiendo sido justificados, sabemos que por la fe el justo vivirá (Ro 1,17).

> *Y sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su*

propósito son llamados. Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos. Y a los que predestinó, a éstos también llamó; y a los que llamó, a éstos también justificó; y a los que justificó, a éstos también glorificó.

¿Qué, pues, diremos a esto? Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros? El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas?

¿Quién acusará a los escogidos de Dios? Dios es el que justifica. ¿Quién es el que condenará? Cristo es el que murió; más aún, el que también resucitó, el que además está a la diestra de Dios, el que también intercede por nosotros.

¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿Tribulación, o angustia, o persecución, o hambre, o desnudez, o peligro, o espada? Como está escrito: Por causa de ti somos muertos todo el tiempo; somos contados como ovejas de matadero. Antes, en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó. Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro (Ro 8,28-39).

Tercera parte
Concordancia comentada

Esta *concordancia comentada* se ha elaborado empleando una concordancia griega. Puesto que algunas palabras griegas admiten cierta diversidad de interpretación al traducirlas al castellano, una concordancia basada en una traducción resultaría inadecuada. Por este mismo motivo también he recurrido al texto griego al abordar algunos versículos del Nuevo Testamento en los que me haya parecido útil. De vez en cuando esto se notará en los comentarios a continuación, con perdón de aquellos lectores que no sepan griego.

El orden en que se abordan las diversas palabras griegas será el de su traducción más frecuente al castellano, como figura a continuación.

Signos y abreviaturas

//	pasaje(s) paralelo(s)
§	párrafo
=	igual a
≠	diferente
¿?	palabra o interpretación posible, no obligada
AT	Antiguo Testamento
BJ	Biblia de Jerusalén
Cf.	compárese
NT	Nuevo Testamento

RV60	Biblia Reina-Valera, revisión de 1960
v.	versículo
vv.	versículos
VP	Biblia Versión Popular «Dios habla hoy»

A. *ANTÍCHRISTOS* (ANTICRISTO, QUE SE OPONE A CRISTO)

1 Jn 2,18 Los destinatarios de la carta ya saben que un anticristo ha de venir. Obsérvese que:

(1) Ha de leerse «un anticristo», nunca «el anticristo», por faltar en el griego el artículo definido. *Cf.* comentario (1) sobre Jn 8,44, bajo *diábolos*.

(2) Ahora esa doctrina se confirma con la aparición de muchos anticristos.

1 Jn 2,22 El que niega al Padre y al Hijo es el anticristo. Juan se explica en los vv. siguientes: Algunos niegan al Hijo pretendiendo tener al Padre, y otros niegan al Padre pretendiendo tener al Hijo. La única manera de mantenerse fieles a «lo que habéis oído desde el principio» es confesando tanto al Padre como al Hijo. Los que no mantengan esa doble confesión son anticristos. Estos anticristos (v. 19) son personas que se han escindido de la comunidad porque nunca habían sido cristianos de verdad.

Hasta aquí llega la definición concreta de lo que constituye un anticristiano.

Sin embargo, al enterarnos en el v. 18 que los destinatarios de la carta ya sabían que vendría un anticristo en el último tiempo, podríamos entender que, amén de estos diversos anticristo, haya uno en particular (el diablo) que aparecerá cuando regrese Cristo (o un poco antes). Esta interpretación es dudosa. Según ese mismo v. 18, la llegada de los diversos anticristos es señal de que los últimos tiempos ya han llegado. Es decir, que estos diversos anticristos son ya el cumplimiento de lo que se esperaba. El tiempo ya se ha cumplido y esto sucede precisamente en la última década del primer siglo d.C. Evidentemente, ha habido y sigue habiendo muchísimo otros anticristos conforme a la definición que nos ofrecen los vv. 22-24. Seguimos en los últimos tiempos.

1 Jn 4,3 «Todo espíritu que no confiesa que Jesucristo ha venido en la carne» es del anticristo. Según el contexto, Juan está dando criterios por los que sea posible reconocer la diferencia entre profetas verdaderos y falsos. Aquí, por su manera de actuar, el anticristo del que provienen los espíritus de profecía falsa tiene que ser Satanás. Lo vemos en el engaño y la mentira actuando en la mente de los seres humanos, poniendo a prueba la fidelidad de los cristianos. En este v. Juan vuelve a confirmar que el anticristo ya ha llegado. No es que vaya a venir en el futuro. Las falsas profecías (¿falsas doctrinas?) dan fe de que está aquí; el futuro es ahora.

2 Jn 7 Muchos engañadores, que no confiesan que Jesucristo ha venido en la carne. Quien esto hace es el engañador y el anticristo.

B. *BEELZEBOÚL*

(HEB., «SEÑOR DE LAS MOSCAS», 2 R 1,16 dios de Ecrón**)**

Mt 10,25 Nombre insultante que algunos llamaban a Jesús.

Mt 12,24.27 Los fariseos creen que Jesús echa fuera demonios por el poder de este dios pagano de la antigüedad, al que ellos califican de «príncipe de los demonios». Es imposible determinar si ellos creían esto de verdad acerca de Beelzebú, o si con estas palabras solamente pretendían insultar a Jesús.

Mr 3,22 // Mt 12,24; Lc 11,15

Lc 11,15 // Mt 12,24; Mr 3,22

Lc 11,18.19 // Mt 12,27

C. *BELÍAL* (HEB., «INÚTIL»)

En el AT figura especialmente en la expresión «hijos de un inútil», por ej. Dt 13,13, donde RV60 traduce la frase como *hombres impíos* y Jue 19,22, donde RV60 la traduce *hombres perversos*.)

2 Co 6,15 «¿Y qué concordia Cristo con Belial?» Aquí Belial es lo opuesto a Cristo. Remitiéndonos al significado hebreo, Belial sería un falso mesías,

un mesías inútil, sin poder ni autoridad ni capacidad redentora. Es el contraste entre el «todo», Cristo, y un «nada», Belial.

D. *DAIMÓNION* (DEMONIO)

Mt 7,22 Jesús ni siquiera conoce a muchos de los que echan demonios en su nombre.

Mt 9,33 La sanación de un mudo se efectúa echando el demonio que le había hecho enmudecer.

Mt 9,34 Los fariseos atribuyen el poder de Jesús para echar demonios, al «príncipe de los demonios».

Mt 10,8 Misión de los doce: «… resucitad muertos, echad fuera demonios…»

Mt 11,18 La conducta atípica de Juan el Bautista fue atribuida por sus detractores a la posesión demoníaca.

Mt 12,24 Los fariseos atribuyen el poder de Jesús para echar demonios, a «Beelzebú, príncipe de los demonios».

Mt 12,27 Los «hijos de los fariseos», que también echan demonios (y por tanto saben de quién —Dios— procede el poder de todos los que echan demonios), juzgarán a aquellos fariseos que atribuyen ese poder en Jesús a Beelzebú.

Mt 12,28 Que Jesús eche los demonios es una señal de que «ha llegado a vosotros (a los fariseos) el reino de Dios». V. 29: El «hombre fuerte» puede ser saqueado tranquilamente porque ha sido atado.

Mt 17,18 Al echar un demonio, Jesús sana a un chico lunático. Vv. 15 y 16: a) El lunatismo es una enfermedad. b) Su causa es el maleficio de la luna. c) El lunatismo se manifiesta en la pérdida del equilibrio, que ocasiona accidentes peligrosos.

v. 17: Es posible que la exclamación impaciente de Jesús contra la «generación incrédula y perversa» esté dirigida contra los demonios. También puede haber tenido como objeto a los discípulos o al padre del chico. Yo me inclino por esta última posibilidad. Después de todo es él el que le ha dirigido la palabra. Las experiencias que han conducido a la posesión demoníaca del niño probablemente indican un hogar corrupto y depravado, por lo cual es eminentemente lógica esta reprensión dirigida al padre.

Mr 1,34 a) El ministerio de Jesús incluye echar demonios.

b) Nótese que Jesús «no dejaba hablar a los demonios, porque le conocían».

Mr 1,39 Jesús predicaba y echaba demonios.

Mr 3,15 La comisión de los doce incluye echar demonios.

Mr 3,22 = Mt 12,24

Mr 6,13 La misión realizada por los doce incluye echar demonios.

Mr 7,26 La mujer sirofenicia pide que eche el demonio de su hija.

Mr 7,29 La humildad y sagacidad de la mujer ocasionan que Jesús declare libre a la chica endemoniada, sin siquiera haber tratado directamente con la víctima.

Mr 7,30 «Halló que el demonio había salido, y a la hija acostada en la cama». Pareciera que el demonio había ocasionado insomnio o alguna incapacidad para acostarse.

Mr 9,38 Exorcistas ajenos al grupo de discípulos incorporaban el nombre de Jesús a sus conjuros. V. 39: Jesús no estuvo de acuerdo con que se prohibiera esta práctica.

Mr 16,9 María Magdalena, «de quien había echado siete demonios».

Mr 16,17 Echar demonios, una de las «señales que seguirán a los que creen».

Lc 4,31-36 a) «Un hombre que tenía un espíritu de demonio inmundo» (*cf.* Mr 7,25-26, donde demonio = espíritu inmundo).

b) El detonante de la manifestación demoníaca es la enseñanza (con autoridad) de Jesús (ver el v. anterior en el texto: la enseñanza confronta al mal que existe en la sociedad, más que en el individuo).

c) Ante la reprensión de Jesús, la persona se «desmaya», se deja caer; el demonio ha salido sin violencia.

d) La gente se admira de la autoridad de Jesús; evidentemente su forma de echar demonios es muy distinta a los exorcismos normales.

Lc 4,41 Una única frase atribuida a diversos demonios cuando Jesús los echa: «Tú eres el Hijo de Dios».

Lc 7,33 = Mt 11,18.

Lc 8,2 = Mr 16,9.

Lc 8,26-39 El endemoniado gergeseno.

a) Enfermedad mental atribuida a demonios: comportamiento extremadamente grotesco, habitual y continuo, «desde hacía mucho tiempo».

b) Un diálogo con los demonios revela su número.

c) Jesús regatea con los demonios, logrando que éstos accedan a marcharse bajo la condición de poder alojarse en los cerdos.

d) La reacción popular no es admiración, sino temor y hostilidad.

e) En lugar de callar el asunto, Jesús manda al liberado que difunda la noticia.

Lc 9,1 = Mr 3,15.

Lc 9,42 // Mt 17,14-21.

a) Aquí no figura la luna.

b) Aunque se presenta como un caso claro de posesión demoníaca, Jesús no «echa fuera» al demonio, sino que lo «reprendió», y así «sanó» al chico.

c) Los síntomas recuerdan a la epilespsia, por su violencia (en Mt no se trataba más que de los problemas ocasionados por la pérdida de equilibrio).

d) El chico sufre un ataque antes de llegar donde Jesús, pero no se registra ningún diálogo con el demonio, más allá que la reprensión.

e) La reacción popular es admiración por la grandeza de Dios.

Lc 9,49 = Mt 9,38.

Lc 10,17 Gozo de los discípulos ante el poder del nombre de Jesús sobre los demonios.

Lc 11,14 = Mt 9,33.

Lc 11,15 = Mt 12,24

Lc 11,17-22 = Mt 12,27-28.

Lc 13,32 Echar demonios constituye una parte de la descripción normal del ministerio de Jesús.

Jn 7,20 Acusación de posesión demoníaca por decir (supuestas) tonterías.

Jn 8,48-59 a) Acusación de posesión demoníaca por decir (supuestas) tonterías.

b) Para los judíos ser samaritano es equivalente a estar poseído.

c) Comprobación de no tener demonio: «Honro a mi Padre».

d) Las aseveraciones de Jesús sobre sí mismo («blasfemia») supuestamente demuestran que está poseído.

Jn 10,20 Sobre Jesús: «Demonio tiene, y está fuera de sí» (*cf.* 7,20; 8,48.52).

Jn 10,21 Estar endemoniado es supuestamente incompatible con la capacidad para obrar curaciones milagrosas.

Hch 17,18 «Parece ser que es un predicador de demonios extranjeros» (mi traducción). Notar otras traducciones, que ponen con justa razón «dioses» en lugar de «demonios». Las palabras son sinónimos en el griego del Nuevo Testamento.

1 Co 10,20-21 Los dioses extranjeros son demonios.

1 Ti 4,1 Algunas doctrinas contrarias a la de los apóstoles tienen un origen demoníaco (= ¿pagano?)

Stg 2,19 Los demonios (¿= dioses paganos?) tiemblan al reconocer que Dios es *uno.*

Ap 9,20 Los dioses paganos son demonios.

E. *DAÍMŌN* (DEMONIO)

Mt 8,28-34 = Lc 8,26-39. (En este caso los endemoniados son dos, y no son «gergesenos», sino «gadarenos».

Mr 5,1-20 = Lc 8,26-39 = Mt 8,28-34. (Un «geraseno», en este caso).

Lc 8,29 Ver bajo *damónion.*

Ap 16,14 Los reyes se oponen a Dios motivados (no necesariamente poseídos) por «espíritus de demonios».

Ap 18,2 Babilonia «reducida a guarida de demonios»: lenguaje que expresa la totalidad de su destrucción y abandono (*cf.* en Is 13,21 hebreo, los ¿sátiros? que bailarán sobre las ruinas de Babilonia).

F. *DAIMONIŌDĒS* (DEMONÍACO)

Stg 3,15 Sabiduría que es «terrenal, egoísta, demoníaca» (mi traducción).

G. *DIÁBOLOS* (ACUSADOR, CALUMNIADOR, DIABLO)

NOTA: En esta concordancia comentada emplearé por lo general la traducción «acusador», intentando que mi lectura de los textos se aproxime lo más posible a lo que hubiera entendido un lector griego del siglo I.

Mt 4,1 El Espíritu conduce a Jesús al desierto, con el propósito de que el acusador le examine (*peirázō*, examinar, poner a prueba, tentar).

Mt 4,5 El acusador le lleva al pináculo del templo de Jerusalén. (Si esto sucedió físicamente, indicaría que Jesús estuvo dispuesto a ser transportado por los poderes sobrenaturales del acusador; si fue una experiencia interior, una especie de alucinación,

indicaría que el acusador actuaba dentro de la mente de Jesús. Evidentemente esto último no puede significar que Jesús estuviera «poseído» por el acusador, ni que «tenía un demonio de acusación».

Mt 4,8 Lleva a Jesús a un monte alto. Ver comentarios sobre Mt 4,5.

Mt 4,11 El acusador le dejó. Evidentemente no se trata de un exorcismo. Según el versículo anterior lo que sucede es que Jesús da por terminada la conversación con sus viajes (telekinesis o alucinaciones en el poder del diablo, o la imaginación de Jesús mismo, según el grado de literalismo preferido). Nótese también que el v. 10 identifica al interlocutor de Jesús como Satanás, estableciendo una identidad acusador-Satanás.

Mt 13,39 Parábola del trigo y la cizaña. El acusador siembra la cizaña, siendo por extensión «un enemigo» del Hijo del Hombre (Mt 13, 28.37).

Mt 25,41 Al acusador y sus mensajeros les espera un fuego eterno que es donde irán los de la izquierda en el juicio de las naciones. Esto establece que los que no alimentan ni dan de beber ni alojan, etc., son, en efecto, mensajeros del acusador. (Nótese la incoherencia de las traducciones corrientes, que dejan sin traducir la palabra griega *angélois* en lugar de traducir «mensajeros»; si el fuego está preparado para «los ángeles del diablo», ¿por qué iban a arder en él los seres humanos?)

Lc 4,1-13 // Mt 4,1-11. Nótense las siguientes diferencias con Mateo:

1) Lc no dice claramente (como Mt) que el Espíritu Santo lo llevó al desierto con el propósito de examinarle por medio del acusador. Sin embargo, la conexión entre el Espíritu Santo y el examen del acusador sigue en pie: Las frases «fue conducido en el espíritu [¿no en el cuerpo?] al desierto» y «siendo examinado por el acusador durante cuarenta días» parecen ser paralelas. O sea, que las dos se referirían a la misma experiencia espiritual.

2) En RV60, figuran en el v. 8 las palabras «Vete de mí, Satanás…» Al ser distinto aquí el orden de las pruebas, esto no da por concluida la conversación. ¡El acusador no se va hasta el v. 13, cuando *él* determina que el examen ha acabado!

Lc 8,12 El acusador quita la palabra del corazón de los que la oyen, como los pájaros se comen la semilla del campo.

Jn 6,70 Uno de los doce es un acusador (o calumniador, o adversario). Dos observaciones:

1) Hay dos maneras de traducir la ausencia de artículo definido. Se puede dejar sin artículo, como en el griego mismo («es acusador») o se puede suplir el artículo indefinido castellano («es un acusador»). En ningún caso debería sobreentenderse el artículo definido («es el acusador» —o «el diablo»—).

2) El verbo griego indica identidad, ser. Judas Iscariote es un acusador. No está poseído por un

acusador. No tiene un acusador (ni un demonio de acusación). Sencillamente es un acusador. Esto lo confirman sus acciones posteriores.

Jn 8,44 1) El contexto aquí requiere abandonar momentáneamente nuestra traducción de *diábolos* como «acusador» a favor de otro sentido perfectamente legítimo y bien atestiguado. En este párrafo *diábolos* significa «calumniador» o «difamador». El calumniador evidentemente se ajusta perfectamente a la descripción que da Jesús: «Ha sido homicida desde el principio, y no ha permanecido en la verdad, porque no hay verdad en él. Cuando habla mentira, de suyo habla; porque es mentiroso, y padre de mentira». Si acusador, sería en todo caso el condenado por el noveno mandamiento: «No hablarás contra tu prójimo falso testimonio».

2) En este párrafo se discute si los judíos son hijos de Abraham (como ellos dicen) o del calumniador (como dice Jesús). Jesús contesta al orgullo racial (hijos de Abraham) con un giro semita: La expresión «hijo de» indica el rasgo principal de la personalidad. (Recuérdese el caso de Jacobo y Juan, a quienes Jesús apodó de «hijos de trueno», Mr 3,17; también José, apodado Bartolomé, «hijo de consolación», Hch 4,36.) Los judíos con los que discute aquí Jesús son, efectivamente, sus calumniadores; de manera que llamarles «hijos del calumniador» resulta a la vez apropiado y mordaz de cara a su jactancia racial: está claro que no hacen las obras de Abraham (v. 39), sino las del calumniador. Ellos se escudan diciendo que su

padre es Dios. ¡Pero está claro que sus obras tampoco son las de Dios!

Jn 13,2 El acusador ha puesto en el corazón de Judas que entregase a Jesús. La frase, en este contexto, da a entender que Judas está decidido ya a entregarle. ¿Cómo ha sucedido esto? Parece tratarse de una experiencia de tentación; malas ideas que se te cruzan y si las aceptas generan malas acciones.

Hch 10,38 Jesús sanó a los oprimidos por el diablo. El verbo *iáomai* parece indicar sanación de enfermedades, aunque puede referirse al sufrimiento en general. De todas maneras, *diábolos* está en singular. No son multitud de diablos que poseen a las diversas personas causándoles sus enfermedades. Posiblemente el autor entiende que el acusador oprime a sus víctimas valiéndose de demonios que producen estas enfermedades, si es que se trata de enfermedades. Porque puestos a postular la actividad de demonios, la opresión del acusador no requeriría más síntomas que la posesión demoníaca en sí misma. El texto parece requerir una de estas dos posibilidades (enfermedad o posesión demoníaca), ya que las sanaciones que obraba Jesús fueron lo bastante espectaculares como para hacerle famoso.

Hch 13,10 Pablo llama a Elimas «hijo del acusador». (Ver el segundo comentario sobre Jn 8,44).

Ef 4,27 «… ni deis lugar al acusador». Refiriéndose a la necesidad de resolver los conflictos rápidamente, cosa muy difícil de lograr si uno guarda rencor

(dejando que el sol se ponga sobre el enojo) y da acogida en su mente y corazón a las acusaciones contra el adversario. ¿Quién es el acusador aquí? ¿Un ser humano que echa leña al fuego de la ira? ¿Un ser espiritual que influye en nuestros pensamientos? Probablemente no importa. Lo que importa es evitar el efecto indeseable, que la ira momentánea no se transforme en pecado por los resentimientos y rencores.

Ef 6,11 La armadura de Dios es necesaria para poder estar firme contra las asechanzas del acusador. El acusador es un adversario, un enemigo que ataca a los cristianos. Sus «asechanzas» (*methodeías*, métodos, medios, maquinaciones) dan lugar a una batalla espiritual que se estima análoga al combate entre contrincantes humanos, por lo que no es lógico ni obligado suponer que el ataque tome la forma de posesión demoníaca. Más consecuente con el v. 12 es suponer que se refiere a la persecución por parte de las autoridades, motivada por el acusador. Si el acusador es un ser humano o un ser espiritual, queda libre a la interpretación de cada lector. Como en Ef 4,27, es una cuestión que no tiene consecuencias prácticas: de una manera y de la otra, habrá que resistir espiritualmente, aferrándose a las virtudes y verdades cristianas y resistiéndose a odiar como enemigos a los hombres.

1 Ti 3,6 El caso del neófito elevado a obispo, que por envanecerse caería en la condenación del acusador.

1 Ti 3,7 El obispo que no tiene buen testimonio con los de fuera puede caer en descrédito y en lazo (*pagída*, trampa, red, celada) del acusador. La conexión del testimonio con los de fuera sugiere un acusador humano, un enemigo o perseguidor de la comunidad cristiana.

1 Ti 3,11 Las mujeres (esposas de diáconos, o diaconisas en su propio derecho) no deben ser *diabólous* (calumniadoras, difamadoras o chismosas). [Ver Jn 6,70: Judas también fue *diábolos*.]

2 Ti 2,26 Los que se oponen a los siervos del Señor, en los lazos del acusador. Nótese:

1) Están cogidos (en las redes) para [hacer] la voluntad del acusador. Esto indica alguna especie de subordinación de su propia voluntad, una falta de libertad real para resistirse a la voluntad del acusador.

2) El método de liberación que sugiere el v. 25 es sumamente instructivo. Si se les corrige mansamente, es posible que Dios les conceda que se arrepientan para conocer la verdad, y escapen. Ni la más remota sugerencia aquí de recurrir a prácticas exorcistas para obtener la liberación. Lo que necesitan es la verdad, comunicada con mansedumbre (humildad, respeto, capacidad de diálogo), y el arrepentimiento.

2 Ti 3,3 *diáboloi* (calumniadores, difamadores, falsos testigos o acusadores); ésta es una de la lista de palabras que describen a los hombres que vendrán

en los postreros días e intentarán corromper a los santos.

He 2,14 Del acusador era el imperio de la muerte hasta que Jesús lo destruyó por medio de su propia muerte. Asombrosa aseveración: el acusador ya ha sido destruido por la muerte de Jesús. La evidencia en que se basa el autor de Hebreos es que (v. 15) han sido librados de servidumbre todos los que estaban sujetos por el temor de la muerte.

Stg 4,7 Es importante aquí el contexto: «Dios resiste a los soberbios, y da gracia a los humildes. Por lo tanto someteos a Dios: resistid al acusador y huirá de vosotros. Acercaos a Dios y él se acercará a vosotros». El contexto anterior es la instrucción a elegir entre la amistad del mundo y la amistad de Dios. El contexto posterior es la instrucción contra la murmuración entre los hermanos, unos de otros. El acusador es aquí, entonces, un representante del mundo opuesto a Dios, como lo puede ser el soberbio (orgulloso) y el que murmura contra un hermano.

1 P 5,8 *o antídikos ymón diábolos* (RV60: vuestro adversario el diablo). El *antídikos* es el que se pleitea con uno en el tribunal; y *diábolos*, como ya seabemos, es el acusador. De manera que parece ser que Pedro entiende que el acusador nos acusa ante un tribunal del que espera satisfacción. Si a esto añadimos la frase «… como león rugiente ronda buscando a quien tragarse» no parece tratarse de un enemigo personal, sino de un acusa-

dor de oficio: una especie de fiscal, policía o detective, que acusa a quien pille. ¿Cómo defenderse? En este mismo v. Pedro nos manda ser sobrios y velar: una conducta irreprensible y constante en la oración. Más interesantes son los dos vv. siguientes: La acusación de este fiscal supone un sufrimiento que se ha generalizado en la iglesia, que es posible resistir si uno se mantiene firme en la fe, y que rápidamente pasará. Esto nos recuerda otros pasajes de la carta, en las que hay referencias al sufrimiento injusto de los cristianos perseguidos. De manera que el acusador, en cuanto ente espiritual, tiene su paralelo en los múltiples acusadores que persiguen a la comunidad cristiana. Frente a cual persecución el apóstol manda mantenerse firmes en la fe.

1 Jn 3,8 1) «El que comete pecado proviene (sale) del acusador [*ek toû diabólou estín*]». Entiéndase como se quiera esta proveniencia del acusador por parte del pecador, evidentemente no se trata de posesión diabólica. A no ser que estemos dispuestos a suponer que todos los que cometen algún pecado son posesos.

2) «… porque el acusador peca desde el principio». Probablemente es ésta una referencia a la tentación de Eva, estableciendo que la serpiente y el acusador son uno mismo. En este caso, sería mejor entender «difamador» (antes que «acusador»), ya que sus mentiras en aquella ocasión son difamatorias contra Dios.

3) «Para esto apareció el hijo de Dios: para destruir las obras del difamador». Si es verdad que la referencia al «principio» en este versículo nos lleva a la caída en el Edén, tenemos aquí un concepto parecido al de Ro 5, donde Cristo deshace los efectos de la caída de Adán.

1 Jn 3,10 Hijos del acusador. Ver el segundo comentario sobre Jn 8,44. Aquí también la conducta justifica ampliamente el giro semita. La injusticia y la falta de amor suelen venir de la mano de las malas lenguas, acusaciones y difamaciones.

Jud 9 Aquí el acusador es claramente un ser espiritual poderoso, Satanás mismo (*cf.* Zac 3,2, un episodio parecido). Curiosamente Judas cree correcto que el arcángel no se haya atrevido a maldecirle. Lo único que pide es que el Señor le reprenda. El contexto, vv. 8-10, parece indicar que Judas cree que el acusador tiene una autoridad legítima en el orden de las cosas bajo Dios. (Véase también la presunta colaboración entre el Espíritu Santo y el acusador durante la examinación de Jesús en el desierto, Mt 4,1 y //; y el papel del acusador como fiscal que nos acusa ante un tribunal, 1 P 5,8).

Ap 2,10 El acusador, protagonista (lógicamente) en la persecución.

Ap 12,9 El gran dragón, la serpiente antigua, llamado Diablo, Satanás.

1) Este v. no admite dudas: aquí no es posible traducir «el acusador». Diablo es su nombre griego, Satanás su nombre hebreo. Engañó a Eva en el

Edén y ahora persigue a los santos en los últimos tiempos. Nótese que en ningún caso posee a la gente como los demonios. Su obra con Eva fue tentarla. Su obra contra la iglesia, la persecución. Sus métodos: engaña a todo el mundo.

2) Lo principal de este v. (en su contexto, Ap 12) es establecer que en conexión con el nacimiento de Jesús, este Diablo/Satanás ya no está en el cielo (como parte del Consejo Divino —*cf.* Job 1 y 2), sino que ha sido arrojado a la tierra.

Ap 12,12 Mismo mensaje: Por obra de la sangre del Cordero y el testimonio de los santos, el acusador ya no tiene cabida en el cielo. Ha sido arrojado a la tierra, con gran ira porque sabe que tiene poco tiempo. Lo cual explica la intensidad de la persecución que sufren los lectores a quienes está destinado Apocalipsis, descrita a continuación en los caps. 12 y 13 (*cf.* 1 P 5,8 y Ef 6,11-12).

Lo más destacable de la mención de Diablo /Satanás, el acusador, en este capítulo, es sin duda su expulsión del Consejo Divino (donde le vimos en Job), en conexión con determinados hechos concretos de la vida de Jesucristo. La encarnación y muerte de Jesús suponen un cambio definitivo, de trascendencia universal, en la relación entre Dios y los hombres. (*Cf.* Ro 8,33: «¿Quién acusará a los escogidos de Dios?»)

Ap 20,2.10 El destino final de Diablo/Satanás, el acusador. Ni siquiera en la tierra tendrá cabida.

H. *DAIMONIZÓMENOS* (ENDEMONIADO)

Mt 4,24 Traían endemoniados a Jesús, y él los sanaba.

Mt 8,16 Traían endemoniados a Jesús. «Y con la palabra echaba a los demonios» (RV60. La frase griega es bastante rebuscada; posiblemente signifique lo que interpreta la VP: «y con una sola palabra expulsó…» Así también lo entienden la BJ y Nácar-Colunga.)

Mt 8,28.33 Ver bajo *daímōn.*

Mt 9,32 Ver bajo *daimónion.*

Mt 12,22 Un ciego y mudo sanado por echar de él un demonio.

Mt 15,22 = Mr 7,26

Mr 1,32 = Mt 4,24, etc.

Mr 5,15.16.18 Ver bajo *daímōn.*

Lc 8,36 Ver bajo *daimónion.*

Jn 10,21 Ver bajo *daimónion.*

I. *PNEÚMA* (ESPÍRITU)

CUANDO INDICA ESPÍRITU MALIGNO

Mt 8,16 Ver bajo *daimonizómenos.*

Mt 12,45 Ver bajo *pneúma akáthartos.*

Mr 9,17.20.25 Ver bajo *pneúma akáthartos.*

Lc 4,33 Ver bajo *daimónion.*

Lc 7,21 «Sanó» a muchos de «espíritus malos» ante los discípulos de Juan (entre otras señales), para que éstos informaran a Juan sobre su ministerio.

Lc 8,2 Mujeres «sanadas de espíritus malos».

Lc 9,39 Ver bajo *daimónion* (v. 42).

Lc 9,55 «Vosotros no sabéis de qué espíritu sois».

Lc 10,20 No hay que deleitarse en la autoridad sobre los espíritus; el único motivo de gozo ha de ser que «vuestros nombres están escritos en los cielos».

Lc 11,26 Ver bajo *pneúma akáthartos.*

Lc 13,11 Jesús sana a una mujer con «espíritu de enfermedad». Síntomas: «andaba encorvada y de ninguna manera se podía enderezar».

Lc 24,37.39 Los discípulos creían en fantasmas, y les tenían miedo.

Hch 16,16.18 Una muchacha de quien Pablo echa un «espíritu de adivinación».

Hch 19,12 Con los paños o delantales que les traían del cuerpo de Pablo: «las enfermedades se iban de ellos, y los espíritus malos salían».

Hch 19,13.15 Algunos exorcistas ambulantes judíos incorporan el nombre de Jesús a sus conjuros, con resultados nefastos.

Ro 8,15 «No habéis recibido el espíritu de esclavitud para estar otra vez en el temor, sino…» (Probablemente no se trata de un demonio, sino de una

cualidad propia de la persona: esclavitud como lo contrario de adopción.)

Ro 11,8 «Dios les dio espíritu de estupor» (Probablemente no se trata de un demonio. Ver todo el argumento del capítulo.)

1 Co 2,12 *cf.* Ro 8,15.

1 Co 12,10 «Discernimiento de espíritus». ¿Aquí «espíritus» equivale a demonios? ¿O se trata de cualidades personales, como es frecuente en el NT? *Cf.* Ro 8,15; 11,8; 1 Co 4,21; 12,11.12; 2 Co 4,13; 11,4; 12,18; Ga 6,1; Ef 1,17; 2,2; 1 P 3,4; Ap 19,10.

2 Ts 2,2 Otro caso ambiguo: ¿aquí «espíritu» equivale a «demonio»?

1 Ti 4,1 Aquí: espíritu = demonio (¿ = dioses paganos?) *cf.* 1 Co 10,21; Ap 9,20.

2 Ti 1,7 *cf.* Ro 8,15.

1 Jn 4,1 *cf.* 1 Co 12,10, etc.

1 Jn 4,6 *cf.* Ro 8,15, etc.

Ap 16,14 Ver bajo *daímōn.*

J. *PNEŨMA AKÁTHARTOS* (ESPÍRITU INMUNDO)

Mt 10,1 = Mt 10,8, etc.

Mt 12,43-45 El espíritu que ha sido expulsado no halla reposo y vuelve con otros siete perores que él. Ésta no es la enseñanza de Jesús, sino una creencia popular que le sirve a Jesús de ilustración para

advertir a «esta mala generación» que acabarán peor de lo que empezaron.

Mr 1,21-27 = Lc 4,31-36. (Aquí, la salida del demonio es algo más dramática que lo indicado en Lucas. Mr: «… sacudiéndole con violencia, y clamando a gran voz, salió de él».)

Mr 3,11.12 = Mr 1,34; Lc 4,41.

Mr 3,30 = Mt 9,34

Mr 5,2.8.13 Ver bajo *daímōn*

Mr 6,7 La única potestad otorgada para la misión de los doce: «Les dio autoridad sobre los espíritus inmundos».

Mr 7,25 Ver bajo *daimónion.*

Mr 9,14-29 = Mt 17,14-21 = Lc 9,37-43. Aquí: a) Los discípulos (para su propia sorpresa) no han podido liberarle. b) No describe al joven como «lunático» (= Lc, pero ≠ Mt). c) El espíritu es mudo y sordo (¿y el joven también?). d) Los síntomas son claramente epilépticos (= Lc). e) Cuando el espíritu «ve» a Jesús, da lugar a un ataque epiléptico.

f) El joven está haciendo visible una situación familar: (f.1) Le sucede desde niño; (f.2) El padre clama: «Ten misericordia de *nosotros* y ayúda*nos*»; (f.3) La condición necesaria para la liberación es la fe del padre. (f.4) En vista de esto la exclamación original contra la «generación incrédula» probablemente se dirige al padre, al que Jesús está contestando.

g) Una vez liberado, el joven no da señales de vida hasta que Jesús lo levanta.

h) Jesús explica el fracaso de los discípulos: «Esta generación con nada puede salir, sino con oración» (algunos manuscritos inferiores añaden: «… y ayuno»).

Lc 4,33.36 Ver bajo *daimónion.*

Lc 6,18 = Mt 4,24.

Lc 8,29 Ver bajo *daimónion.*

Lc 9,42 Ver bajo *daimónion.*

Lc 11,24 = Mt 12,43.

Hch 5,16 Traían enfermos y «atormentados de espíritus inmundos» a Pedro, y él sanaba a todos.

Hch 8,7 «De muchos que tenían espíritus inmundos, salían éstos dando grandes voces» con el ministerio de Felipe en Samaria. Los demás: ¿No salían? ¿No daban voces al salir?

Ap 16,13 Ver Ap 16,14 bajo *daímōn.*

Ap 18,2 Ver bajo *daímōn.*

K. *EXORKISTĒS* (EXORCISTA)

Hch 19,13 Exorcistas ambulantes judíos.

L. *EXORKÍZŌ* (EXORCIZAR)

Mt 26,63 El sumo sacerdote invoca el Nombre para obligar a Jesús a revelar la verdadera identidad de su espíritu.

M. ***FANTÁSMA*** **(FANTASMA)**

Mt 14,26 La aparición visual de Jesús sin explicación material es motivo de terror. (*Cf.* Heb 12,21, *tó fantazómenon*, «lo que vieron» en el monte de Sinaí los llenó de terror.)

Mr 6,49 = Mt 14,26.

N. ***O KAKÓS***

(Normalmente un adjetivo: malo, perverso, maligno, etc.; en contadas ocasiones *kakós* funciona como sustantivo con un artículo definido, pudiéndose traducir «el malo», «el maligno», etc., siendo posible en estos casos que el autor pudiera tener en mente a Satanás.)

Ro 7,21 «… queriendo yo hacer el bien, hallo… que el mal está en mí» (RV60). O, «… el maligno (entendiéndose Satanás) está en mí». Sería una manera potencialmente esclarecedora de interpretar el conflicto interno descrito por este párrafo, en el que el apóstol describe una persona incapaz de realizar el bien que se propone, como si su voluntad se viera anulada por otra voluntad. Sin embargo una lectura cuidadosa del párrafo nos conduce a rechazar esta posibilidad. El conflicto no es entre la voluntad de la persona y la de Satanás, sino entre la mente (instruida por la ley divina) y la carne. Entendiendo «carne» como la inclinación moral humana hacia la desobediencia y el pecado. La solución que explica Pablo no es la del exorcismo, sino la de morir al pecado y vivir en Cristo.

Ro 12,21 «No seas vencido de lo malo» (RV60). O, «… por el maligno». De una manera o de otra, el apóstol confía en que el mal (o el malo) puede ser vencido haciendo el bien. En el contexto del v. anterior, lo más probable es que si entendiéramos «el malo», se tendría que tratar de un ser humano.

3 Jn 11 «Amado, no imites lo malo, sino lo bueno» (RV60). O, «… al malo, sino al bueno» (entendiéndose seres humanos). O, «… al Maligno, sino al Bueno» (entendiéndose Satanás y Dios o Cristo). De todas maneras, el apóstol da por hecho que el destinatario de la carta tiene plena capacidad para determinar su propia conducta.

O. ***O PONĒRÓS***

(Normalmente un adjetivo: malo, perverso, maligno, etc.; en contadas ocasiones *ponērós* funciona como sustantivo con un artículo definido, pudiéndose traducir «el malo», «el maligno», etc., siendo en estos casos posible que el autor pudiera tener en mente a Satanás.)

Mt 6,13 «Y no nos metas en tentación, más libranos del mal» (RV60). O, «… del malo», «… del maligno». ¿Humano? ¿Demonio? ¿Satanás mismo? ¿O es mejor entender simplemente «… del mal?», una abstracción o generalización de todo lo malo que puede sobrevenir?

Mt 13,19 // Lc 8,12 (*cf.* bajo *diábolos*); Mr 4,15 (*cf.* bajo *Satanás*).

Mt 13,38 «Los hijos del malo». (O ««… del mal», con criterios parecidos a los que nos decidirían en Mt 6,13, *cf.*). Ver también el comentario (2) sobre Jn 8,44, bajo *diábolos*.

Jn 17,15 «No ruego que los quites del mundo, sino que los guardes del mal» (RV60). O, «… del malo», «… del maligno». *Cf.* comentarios sobre Mt 6,13; 13,38.

Ro 12,9 «Aborreced lo malo, seguid lo bueno» (RV60). O, «Aborreced al Malo, seguid al Bueno».

Ef 6,16 «… apagar todos los dardos de fuego del maligno». Ya que esto es algo que se combate con la fe, hay que suponer que estos dardos son pensamientos de duda, de desconfianza o desesperanza en cuanto a las intenciones de Dios, etc. El maligno tiene acceso a la mente para plantar estos pensamientos, pero también es posible escudarse de ellos manteniéndose firme en la fe. Nótese que el maligno en este caso podría ser perfectamente una persona cuya conversación siembra la duda. Como también podría ser Satanás mismo.

2 Ts 3,3 «… el Señor (…) os (…) guardará del mal» (RV60). O «… del malo», etc. *Cf.* comentarios sobre Mt 6,13; Ro 12,9, etc. Nótese esta promesa de protección, que podría ser especialmente significativa caso de entender que aquí *o ponērós* es un sinónimo de «Satanás».

1 Jn 2,13 «… habéis vencido al maligno» (RV60). O «… el mal». Los destinatarios de la carta ya han

vencido. ¿En alguna ocasión concreta? ¿Han sobrevivido alguna persecución? Imposible precisar.

1 Jn 2,14 *Ídem.*

1 Jn 3,12 Caín era del maligno. Dado el relato de Génesis, esto no puede significar que Caín era un endemoniado. Antes y después de su crimen, Caín hablaba con Dios como no nos consta que lo haya hecho Abel, y gozó de promesas y protección especiales de parte de Dios, a pesar de que lo desterrara. Ciñéndonos estrictamente a Génesis, lo único que podemos entender de esta aseveración, es que Caín cedió ante la tentación. ¿Es esto equivalente a lo que dice Juan acerca de Judas (Jn 13,27: «Satanás entró en él»); o a lo que dice Pedro acerca de Ananías (Hch 5,3: «… llenó Satanás tu corazón para que mintieses…»)? Es una posibilidad intrigante, verosímil, que arroja mucha luz sobre estos dos casos.

1 Jn 5,18 Todo aquel que ha nacido de Dios… el maligno no le toca. ¿Es ésta una promesa de protección contra la adversidad, el sufrimiento, la persecución? Imposible. La protección divina probablemente atañe a por lo menos una de las siguientes amenazas: (1) La posibilidad (negada aquí) de que un cristiano pueda llegar a ser poseído por demonios. (2) La posibilidad (negada aquí y también en 1 Co 10,13) de que alguien pueda ser tentado más allá de lo que pueda resistir.

1 Jn 5,19 «… el mundo entero está bajo el maligno» (RV60). O «… del mal». Esto nos recuerda cuando

el diablo le mostró todos los reinos del mundo a Jesús y le dijo: «Todo esto te daré», dando a entender que era suyo para dar; algo que Jesús no negó. También nos recuerda Ro 8, donde Pablo habla de la creación entera que anhela ser libertada de la esclavitud de corrupción cuando se manifiesten los hijos de Dios. En un caso el diablo es dueño de la política; en el otro, destruye el ecosistema. Evidentemente las dos cosas están íntimamente unidas.

Sin embargo tampoco podemos olvidar que la Biblia nos enseña a ver los designios de Dios en la historia de las naciones; y que la naturaleza nos sigue enseñando la gloria de Dios. Entiéndase como se entienda el poder sobre el mundo que tiene el maligno, siempre es un poder subordinado al de Dios mismo. Negar esto sería abrazar el politeísmo, adoptando por ejemplo un sistema zoroástrico.

P. *DEISIDAIMONÍA* (RELIGIÓN) *DEISIDAIMONÉSTEROS* (RELIGIOSO AL MÁXIMO)

Hch 17,22 Pablo describe la actitud de los atenienses. La palabra traducida «religión», en castellano, significa temor o reverencia de lo divino, demoníaco o sobrenatural, donde «demonio» tendría un sentido moralmente neutro como «espíritu» en castellano.

Hch 25,19 Festo describe con esta palabra la religión de los judíos (y cristianos).

Q. ***SATÁN***

(Transliteración más correcta al griego de la palabra hebrea que aparece en nuestra literatura normalmente como «Satanás».)

2 Co 12,7 Un trastorno corporal que sufre Pablo es «un mensajero de Satán». El sentido del v. obliga a entender que este mensajero, aunque «de» Satán, le ha sido enviado por Dios. Su propósito es cultivar en Pablo la virtud de la humildad. Esto da a entender que Satán de alguna manera está al servicio de Dios mismo. Lo cual no nos sorprende si el cristianismo es de verdad una religión monoteísta. (*Cf.* Job 1; 1 Co 5,5; etc.)

R. ***SATANÁS***

Mt 4,10 Ver Mt 4,1.5.8.11 bajo *diábolos.* El acusador que examina a Jesús en el desierto por iniciativa del Espíritu, se llama Satanás.

Mt 12,26 Satanás figura en este contexto como «el príncipe de los demonios», llamado también Beelzebú. Jesús dice que si Beelzebú (singular) echara fuera demonios (plural) sería la situación inconcebible de Satanás echarse a sí mismo. Entonces de alguna manera cada demonio «es» Satanás, sin que esto, aparentemente, dé lugar a suponer que haya más que un Satanás.

1) Es imposible saber hasta qué punto Jesús intenta ser preciso con su terminología aquí: ¿Los demonios son seres personales, como los seres humanos y Dios mismo? ¿Satanás también lo es?

¿Ha de concebirse como la Trinidad, uno solo y personal, y a la vez distintas personas diferenciables entre sí? ¿Es una persona única que adopta diversas formas y manifestaciones en cada caso de posesión demoníaca? ¿Es la personificación figurativa de una abstracción, empleada para describir el súmmum del mal en todas sus manifestaciones demoníacas, aunque en realidad impersonal?

Todas éstas no son más que especulaciones imposibles de deducir de este pasaje. Yo personalmente me inclino por pensar que Jesús se hubiera sorprendido ante tales preguntas. Que su lenguaje no pretende una precisión conceptual de la que se puedan desprender tales cuestiones. Que nos hallamos aquí ante una serie de palabras, títulos, nombres propios, figuras y ejemplos que no tienen otra pretensión que la de negar que Jesús tuviera trato con Beelzebú.

2) Por este mismo motivo probablemente sería incorrecto deducir de este pasaje que cada vez que el NT menciona que Satanás tiene que ver con las acciones de una persona, nos encontramos ante un caso de posesión demoníaca. Ésta podría ser una explicación verosímil en algunos casos; pero no es la interpretación obligada en todos los casos. Normalmente Satanás y los demonios en particular no parecen ser absolutamente equivalentes en el lenguaje del NT.

Mt 16,23 He aquí un caso concreto de esto mismo. ¿Es obligatorio imaginar que Pedro estaba poseído por

un demonio simplemente porque pensaba que Jesús debía intentar evitar la muerte? En este pasaje todo parece indicar que el enfrentamiento es entre Satanás y Jesús: que es Jesús el que está siendo tentado por Satanás (mediante las palabras de Pedro). Pedro no se entera de la necesidad de la cruz, pero tampoco parece un endemoniado. Es el hombre de confianza de Jesús. Aparte de esta exclamación, no hay nada en la conducta de Jesús que indique que él pensara que Pedro fuera un endemoniado. Tampoco hay nada en su conducta o integridad física comparable a los efectos de posesión demoníaca que vemos en otros casos del NT. Parece gozar de excelente salud y se comporta y expresa razonablemente.

Mr 1,13 // Mt 4,1-11 // Lc 4,1-13. Aquí el que examina o pone a prueba a Jesús no es «el acusador», sino Satanás, a secas. Es curioso este relato de la tentación por su brevedad e inmensa divergencia estructural con los relatos //. Leyendo desde el v. 10:

Y a continuación*, saliendo del agua vio abrirse los cielos,*
y *el espíritu como paloma descendiendo sobre él,*
y *vino una voz desde los cielos: Tú eres mi hijo amado, en quien me felicito.*
Y a continuación*, el Espíritu lo destierra al desierto,*
y *estuvo en el desierto cuarenta día siendo probado por Satanás,*
y *habitó entre las bestias salvajes,*
y *los ángeles le sirvieron.*

Es evidente que tenemos aquí dos tiempos de acción. El primer «y a continuación» nos da el tiempo simultáneo de las primeras tres frases. De la misma manera, el segundo «y a continuación» establece el tiempo de las cuatro frases siguientes. Se entiende que ser desterrado al desierto por el Espíritu, ser puesto a prueba por Satanás, convivir con las bestias salvajes, y ser objeto del servicio de los ángeles, son cuatro aspectos de una misma experiencia. De todas maneras el aspecto más sorprendente y acaso inquietante que hemos observado en Mt y Lc se confirma en Mr: La presunta colaboración entre el Espíritu y Satanás. Impresión acrecentada en Mr por la mención adicional de ángeles y bestias salvajes (*cf.* Is 13,20-22 en hebreo, especialmente la frase «allí danzarán los sátiros», donde las bestias salvajes parecen ser presencias demoníacas asociadas a la muerte y desolación).

Mr 3,23 // Mt 12,26. Ver comentarios sobre //.

Mr 3,26 *Ídem.*

Mr 4,15 // Lc 8,12. Nótese que aquí Mr vuelve a poner «Satanás», donde los // suelen traducir al griego *diábolos*, «acusador», palabra que no figura en absoluto en Mr. De todas maneras, aunque Satanás tiene entrada en los corazones de los oyentes de la palabra (es la parábola del sembrador), no parece necesario u obligado suponer que estos oidores son todos posesos. La experiencia narrada en los evangelios no establece diferencias entre

posesos (siempre liberados en su trato con Jesús) y los demás oyentes en cuanto a su capacidad de retención de las palabras de Jesús.

Mr 8,33 // Mt 16,33.

Lc 4,8 RV60 inserta aquí las palabras «Vete de mí, Satanás», siguiendo manuscritos griegos muy inferiores. Probablemente es un intento de armonización con Mt 4,10.

Lc 10,18 Aquí tenemos lo que yo considero otro testigo independiente de la tradición cristiana primitiva de la expulsión de Satanás del cielo por la venida de Jesús de Nazaret. Ver comentario sobre *diábolos,* Ap 12. Aquí en Lc 10 no es la encarnación y crucifixión lo que da lugar a esa expulsión, sino el ministerio liberador de los discípulos. Es una variante intrigante, especialmente si es que da lugar a entender que la expulsión de Satanás del cielo se repite cada vez que un ser humano es liberado de su opresión.

Lc 11,18 // Mt 12,26. Aquí el asunto no es que si Satanás puede echar fuera a Satanás, sino si es posible que él esté dividido contra sí mismo, cosa que Jesús niega. Curiosamente, los seres humanos tenemos una personalidad lo bastante compleja como para poder estar frecuentemente divididos contra nosotros mismos. Si esto no es posible en Satanás, puede deberse a que no tenga una personalidad completa. Una personalidad completa admite múltiples contradicciones internas, la capacidad de duda, reflexión, flexibilidad y cambio. La

de Satanás parecería ser una personalidad truncada, incompleta, inhumana; artificial. Como una máquina que sólo puede actuar de la manera preestablecida en su creación. ¿Es Satanás verdaderamente un ser «personal» Evidentemente tratar de decidirlo en base a estas palabras de Jesús es imposible. No es esto lo que él trataba de revelar con estas afirmaciones.

Lc 13,16 Jesús «sana» (v. 14) a una mujer «con un espíritu de enfermedad» (v. 11), que «Satanás había atado» (v. 16). De alguna manera es Satanás quien ata a la gente mediantes los espíritus (¿demonios?) de enfermedad. ¿Sugiere esto una identidad absoluta entre Satanás y ese espíritu de enfermedad en particular? La intención de Lucas aquí no parece ser explicar con precisión estos detalles, ni dar lugar a que éstos se deduzcan de unas pocas palabras. Lo que está claro es que el evangelista entiende que el ser humano es una unidad inseparable espíritu-cuerpo, cuyo sufrimiento es atribuible (por los menos en algunos casos) a la voluntad y actividad directa de Satanás. La intervención de Jesús desata a la persona atada por Satanás; que según el texto es lo mismo que decir que la persona recobra su salud corporal.

Lc 22,3 Satanás entró en Judas. Existen (por lo menos) tres maneras verosímiles de entender esta frase:

(1) Las actitudes negativas de Judas acerca de Jesús abren la puerta a la entrada de Satanás, que sería un demonio (expulsable) como cualquier

otro. A partir de este momento Judas es un endemoniado típico. Ésta parece ser la interpretación requerida por los que exponen este caso de Judas como principal fundamento bíblico para una doctrina que admite que una persona pueda ser poseída por demonios después de creer en Cristo.

Primer problema: ¿Es realmente posible equiparar directamente a Satanás con un demonio en particular? ¿Aclara o confunde las cosas borrar toda distinción entre Satanás y los demonios? ¿Son éstos realmente idénticos en el NT?

Segundo problema: En los evangelios los demonios hacen sufrir a los posesos. Aunque éste fuera un caso más de posesión demoníaca, sigue siendo necesario reconocer que el efecto práctico de esta posesión es fundamentalmente distinto al de los demás casos del NT. El único sufrimiento que se conozca en Judas es un lógico remordimiento desesperado de conciencia, que no obliga en sí a pensar en posesión demoníaca. La entrada de Satanás, según este texto, no origina sufrimiento, sino traición.

Tercer problema: Si Satanás es un demonio más (y por definición expulsable), es sumamente extraña la conducta de Jesús, quien hasta ese momento había echado a todos los demonios que pudieran tener los que trataban con él. ¿Por qué no ahora?

(2) Las actitudes negativas de Judas acerca de Jesús abren la puerta a la entrada de Satanás, que

no sería en este caso un demonio. Satanás sería algo así como el antiDios. El rival directo de Dios en un universo dualista como el concebido por los persas; uno de los protagonistas de la batalla entre un Dios bueno y un antiDios perverso. Los persas entendían que el dios del mal era momentáneamente el más poderoso, explicando así el misterio del sufrimiento humano. Sin embargo llegaría un momento, al final de la historia, en el que el Dios del bien triunfaría incondicionalmente. Adaptando estas creencias a la revelación cristiana, veríamos en este momento particular de la batalla, la pasión y resurrección de Jesucristo, el factor desequilibrante que asegura la victoria final del Bien. Entonces, en este momento especialísimo de la batalla universal entre Dios y el antiDios llamado Satanás, este último entra en Judas en un intento desesperado por destruir a Jesucristo, su eventual vencedor. El desenlace obligado de cruz y resurrección es lo que impide la expulsión de Satanás de Judas.

Pregunta obligada: Los *demonios* son siempre fácilmente expulsables en el NT. ¿Hay algún ejemplo en el NT de que un antiDios llamado *Satanás* haya sido expulsado de una persona que él poseyó directamente? (Esto es imprescindible si es que el ejemplo de Judas ha de ser útil para mantener que pueda ser necesario expulsar demonios de cristianos con problemas espirituales.)

(3) Las actitudes negativas de Judas acerca de Jesús abren la puerta a la entrada de Satanás,

quien no «posee» a Judas, sino que es una influencia moral permanente en todo ser humano. Satanás sería en este caso el acusador, el tentador, el que pone a prueba en todo momento la fibra moral del ser humano, obligándolo a tomar una decisión moral con respecto al bien y el mal y en última instancia con respecto a Dios mismo. En este sentido Satanás habría tenido una función legítima en la vida de Jesús mismo, obligándolo a hacer uso de su conciencia y decisión moral, de su integridad como ser con voluntad propia, incitándolo en toda situación a la rebeldía contra Dios, como lo hace con cualquier otro ser humano.

Lo descrito con esta frase, «entró Satanás en Judas», sería entonces, sencillamente, que Judas tomó una determinación moral de acuerdo con la tentación de Satanás y contraria a la voluntad de Dios. La capacidad de decisión moral y la integridad del albedrío de Judas nunca estarían en cuestión. Pero en ese momento, en cuanto a este tema en particular (la traición a Jesús), la decisión estaba tomada; y esa decisión se inclinaba totalmente por el consejo de Satanás. En este caso no se entiende que Satanás haya «poseído» a Judas por el hecho de haber entrado en él con respecto a esta decisión moral en particular.

Entendido de esta manera, echar a Satanás del corazón de Judas no es nunca una posibilidad para Jesús. El único que podía echarle era Judas mismo, por el sencillo procedimiento de cambiar de opinión, decisión y conducta con respecto a Jesús.

Esto significa que Judas se podría haber arrepentido, por ejemplo, como lo hicieron Pedro y los demás discípulos de sus propias traiciones aquella noche (¡*cf.* el v. 31!); en cuyo caso probablemente hubiera llegado a ser el apóstol que Jesús siempre creyó que podía ser.

Estas tres maneras de entender la frase son cada una de ellas verosímiles, si bien la primera presenta algunos problemas. Dos de estas interpretaciones, la segunda y la tercera, gozan de cierto grado de compatibilidad entre sí. La primera interpretación es incompatible con las otras dos. Nuestra comprensión de quién es Satanás dependerá en gran parte de cuál de estas interpretaciones (u otras que a mí no se me ocurren de momento) creamos que sea la correcta. Ya que este versículo, de por sí solo, no da más de sí que *una gama de posibles interpretaciones*, tenemos que recurrir al resto del NT para luego volver a este texto con ideas claras recogidas allí. Las dos preguntas claves probablemente serían: (1) ¿En el resto del NT Satanás es un ser único, o es uno más entre muchos demonios? (2) ¿Existe algún ejemplo en el NT de que alguien echa a Satanás de un endemoniado?

Lc 22,31 Satanás ha pedido a Pedro para zarandearle como a trigo. Las palabras de Jesús nos obligan a pensar en Job 1. El paralelismo es claro y directo. Jesús no puede (o no quiere) impedir que Pedro sea entregado a Satanás para esta examinación de su fibra moral. Lo que puede hacer es rogar a Dios

por Pedro, para que su fe no le falte en esas circunstancias (v. 32).

Jn 13,27 // Lc 22,3. *Cf.* comentarios sobre //.

En el v. 2 (ver comentario en *diábolos*) Juan ya ha dicho que el acusador puso la traición en el corazón de Judas. ¿Con la frase «Satanás entró en él», quiere Juan indicar algo distinto, una etapa posterior a lo indicado en el v. 3; o es ésta simplemente una manera de repetir la misma cosa, por los efectos necesarios para este punto de la narración? A pesar de la entrada de Satanás en Judas, Jesús sigue siendo el Maestro y Judas el discípulo obediente.

En este sentido este pasaje es extraordinario. Según lo narra Juan, esto es lo que sucede: (a) Jesús anuncia a sus discípulos que uno de ellos ha de (¿tiene que?) entregarle a las autoridades. (b) Los discípulos se miran unos a otros, esperando cada uno no ser el elegido para tan desagradable misión. (c) Por el procedimiento de la entrega del pan mojado Jesús señala a Judas, el tesorero del grupo, como el elegido. (d) Como consecuencia de esto, o sea, por la acción de Jesús, Satanás entra en Judas. [Juan no nos dice cómo sabe este detalle. No es algo que haya dicho Jesús. Tampoco parece ser algo que él haya discernido en el momento mismo, ya que nos cuenta que nadie se enteraba de nada. De manera que ésta es con toda probabilidad una interpretación que hace Juan posteriormente a los hechos.] (e) Una vez que en una misma acción

Judas recibe el pan mojado y entra en él Satanás, Jesús le da sus instrucciones en clave secreta. (f) Entonces Judas sale para… ¿traicionarle? No, para entregarle, según las instrucciones recibidas de Jesús mismo. (g) Jesús declara a los que quedan a su lado que ha llegado la hora de su glorificación, refiriéndose probablemente a su muerte.

¿Pero entonces quién es Satanás, y cuál es su relación con Jesús, con el pan mojado y con Judas? Me inclino por pensar que el evangelista no pretende dar lugar a especulaciones sobre estas cuestiones con su narración de aquellos hechos. Sencillamente se limita a atribuir a Satanás un protagonismo lógico en el acto de entrega, que Juan sin duda, a pesar de todo, concibe como una traición. La teoría de que a partir de este momento Judas es un endemoniado típico no parece más justificable que cualquier otra teoría que se pudiera elaborar en base a estos versículos.

Hch 5,3 Satanás llena el corazón de Ananías. Aquí tampoco parece ser obligado entender que Ananías se ha convertido en un demoníaco típico.

(1) La pregunta de Pedro («¿Por qué llenó Satanás tu corazón…?») va dirigida a Ananías, suponiéndolo plenamente responsable de la situación en todo momento. Nada parece indicar que Ananías hubiera perdido la responsabilidad moral por sus acciones. Es él mismo quien ha sustraído y mentido, haciendo uso de un libre albedrío que no parece cuestionarse a pesar de tener el corazón

lleno de Satanás. En el v. siguiente descubrimos que fue Ananías mismo quien puso «esto» en su corazón. ¿Qué es «esto»? ¿Satanás? ¿La decisión de mentir a Dios? ¿Las dos cosas? ¿Son idénticas las dos cosas que Pedro denuncia en el corazón de Ananías?

(2) Sus facultades mentales y su salud no parecen trastornadas, síntomas que el NT asocia generalmente con los estados de posesión demoníaca.

(3) La Solución al problema de Ananías no es echar de él un demonio. En realidad, su situación no tiene solución. El juicio de Dios acaba con él fulminantemente. Esto no nos recuerda en absoluto a los encuentros con endemoniados que conocemos en el resto del NT, cuando los demonios eran siempre expulsados y las personas quedaban siempre en libertad, con salud y en sus cabales. Nos recuerda mucho más la consecuencia del pecado en ciertas ocasiones del periplo por el desierto de Sinaí en tiempos de Moisés.

Hch 26,18 Los judíos y los gentiles están bajo la potestad de Satanás; el evangelio que ha de predicar Saulo/Pablo, los trasladará a la potestad de Dios. Esto (especialmente si tenemos en cuenta el contexto del resto del v.) indica un cambio fundamental de lealtad, una conversión o redención.

Ro 16,20 Dios aplastará a Satanás bajo los pies de los cristianos de Roma a la brevedad. El contexto (v.

17) nos indica que lo que está en juego es la superación de divisiones en la comunidad cristiana.

1 Co 5,5 Pablo recomienda a la comunidad cristiana de Corinto que entregue a un miembro pecador a Satanás «para destrucción de la carne, a fin de que el espíritu sea salvo…» La única manera que hallo de encontrarle pies y cabeza a esto es refiriéndome a Job 1 (*cf.* Lc 22,31.32). Si ésta es una referencia apropiada, entonces entregar a alguien a Satanás sería algo así como abandonarlo a enormes pruebas, tentaciones y sufrimientos con los que Satanás logrará establecer cuál es la verdadera lealtad fundamental de la persona. Pablo parece confiar que este hermano superará la prueba («a fin de que el espíritu sea salvo…»), recapacitando en la adversidad y eligiendo una vida de santidad arropada por la comunidad cristiana.

1 Co 7,5 Satanás es el tentador. (Lo cual requiere que tenga entrada directa a cada mente y corazón.)

2 Co 2,11 Satanás puede ganar ventaja sobre la comunidad cristiana si ésta no es capaz de perdonar a un pecador arrepentido. Lo cual indica un conflicto de intereses entre Satanás y la iglesia.

2 Co 11,14 Satanás se disfraza como ángel de luz. No me imagino que Pablo pretenda que se entienda esto literalmente. Más bien, la función tentadora, acusadora y perturbadora que desempeña Satanás no es otra que la de hacer que el mal parezca el bien, con el fin de engañar a los seres humanos.

1 Ts 2,18 La intervención de Satanás, quien es causa final de todo estorbo, prueba, fastidio y problema humano (*cf.* contexto), puede llegar a trastornar los planes misioneros del apóstol.

2 Ts 2,9 Satanás figura aquí otra vez como causante final de los problemas, engaños, pruebas y sufrimientos de la humanidad.

1 Ti 1,20 Himeneo y Alejandro, entregados por Pablo a Satanás. Ver comentario sobre 1 Co 5,5. Aquí también el objetivo de Pablo parece ser didáctico y restaurador de vidas.

1 Ti 5,15 «Se han apartado en pos de Satanás» parece ser equivalente a decir que han apostatado de la fe, o que han vuelto a la vida de pecado que caracteriza a los que no son cristianos.

Ap 2,9 Sinagoga de Satanás. No es necesario imaginar una secta satánica en el sentido moderno. Con toda probabilidad esta frase es una manera de describir a los judíos que no aceptan a Jesús como Mesías. Creen ser fieles a la verdad, pero viven engañados.

Ap 2,13 El trono de Satanás. En Pérgamo «mora» Satanás. ¿Se trata de un gobernador que persigue a la iglesia con especial saña? ¿Vive en Pérgamo el propulsor de una herejía especialmente peligrosa? Lo que está claro es que los cristianos de Pérgamo están siendo puestos a prueba con intensidad extraordinaria. Por ello Antipas, testigo fiel, ya ha muerto como mártir.

Ap 2,24 Una secta con doctrinas esotéricas que ellos mismos llaman «las profundidades de Satanás». Lo único que sabemos sobre esta secta, por el contexto, es que practicaban inmoralidad e idolatría y que de alguna manera se habían insinuado dentro de la comunidad cristiana de Tiatira.

Ap 3,9 // Ap 2,9.

Ap 12,9 Ver comentario sobre este pasaje bajo *diábolos.*

Ap 20,2 Ver comentario sobre este pasaje bajo *diábolos.*

Ap 20,7 Cuando Satanás está suelto, lo que hace es engañar. Con esta palabra (*cf.* v. 10) resume Juan el poder, la autoridad y la actividad de Satanás, el acusador, y originador de los sufrimientos de la humanidad.

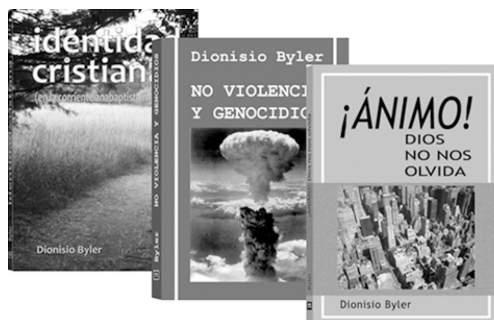
BIBLIOTECA MENNO

Si este libro le resultó interesante o de ayuda, Biblioteca Menno le ofrece otros libros por el mismo autor:

La Triología de Byler sobre la Biblia:

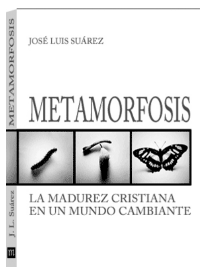


• La autoridad de la Palabra en la Iglesia
• Todo lo que te preguntabas sobre la Biblia
(y algunas cosas que preferirías no saber)
• Hablar sobre Dios desde la Biblia



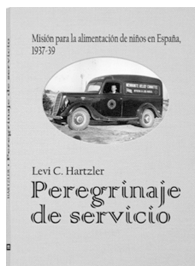
• Identidad cristiana
(en la corriente anabaptista/menonita)
• No violencia y Genocidios
• ¡Ánimo! Dios no nos olvida

Otros libros de la Bilblioteca Menno:



Metamorfosis
La madurez cristiana
en un mundo cambiante
por José Luis Suárez

La vida está llena de cambios. Uno de los rasgos esenciales del proceso humano de maduración es saber gestionar los cambios. El autor nos conduce por numerosas reflexiones sobre diferentes temas en relación con la maduración. Por ejemplo: Paciencia. Flexibilidad. Paradojas. Humor. Riesgos. Generosidad. Y muchos más.



Peregrinaje de servicio
por Levi C. Hartzler

La historia de los cooperantes estadounidenses enviados por *Mennonite Relief Committee* (Comité Menonita de Ayuda Humanitaria) durante los años 1937-39 de la Guerra Civil Española. Se dedicaron especialmente a alimentar a niños refugiados de guerra. Levi C. Hartzler, uno de aquellos cooperantes menonitas, escribió sus experiencias basándose en su diario personal y en las actas de MRC.

¿Qué (o quién) es el diablo? ¿Qué son los demonios? La definición popular del diablo y los demonios es algo compartido con la sociedad en general. Viene dada por una extraña combinación de supersticiones medievales y películas de Hollywood.

Pero, ¿qué es lo que dice la Biblia? En este libro Dionisio Byler hace un estudio detallado y minucioso del testimonio bíblico.

«Me parece que nadie sería capaz de negar la realidad de su experiencia personal» escribe, refiriéndose a algunas prácticas exorcistas en el mundo evangélico. «Cada uno sabe lo que ha vivido. O lo que cree que ha vivido, que desde el punto de vista propio es lo mismo. Sin embargo necesitamos todos mucha humildad acerca de nuestra capacidad real de describir los fenómenos que vivimos. No negamos la validez ni la realidad de la experiencia; sencillamente rehusamos elevarla por encima de las Escrituras».

Una extensa y detallada concordancia de los casi doscientos pasajes pertinentes del Nuevo Testamento griego (comentados en castellano) figura como tercera y última parte del libro. Las conclusiones recogidas del estudio de estos pasajes se hallan expuestas en las primeras dos partes: El fenómeno de los demonios según el Nuevo Testamento, y: Satanás y el problema del mal en el mundo.

El autor combina aquí una hermenéutica sobria y un claro interés pastoral. El resultado es una exaltación de la obra liberadora de Cristo en la cruz.

DIONISIO BYLER es profesor de griego y Biblia en la Facultad de Teología SEUT, en El Escorial (España). Secretario durante muchos años de la asociación de anabautistas y menonitas en España, ha escrito, entre otras obras, una *Trilogía sobre la Biblia*. Es también director de la revista mensual *El Mensajero*, que se puede leer en Internet (www.menonitas.org).